LOS ABORÍGENES DE AMÉRICA

No. .....

BIBLIOTECA "AMÉRICA"
DE COMPOSTELA

Donante Comisión Protectora
de la Biblioteca
Buenos Aires.

f. 2424

RAFAEL DELORME SALTO

LOS ABORÍGENES DE AMÉRICA

DISQUISICIONES ACERCA DEL ASIENTO,
ORIGEN, HISTORIA Y ADELANTO EN LA ESFERA CIENTÍFICA
DE
LAS SOCIEDADES PRECOLOMBINAS

con un prólogo del General

D. VICENTE RIVA-PALACIO Y GUERRERO

MINISTRO PLENIPOTENCIARIO Y ENVIADO EXTRAORDINARIO
DE MÉJICO EN ESPAÑA



MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

HABANA
LA PROPAGANDA LITERARIA
ZULUETA, NÚM. 28.

1894

Es propiedad de *La Propaganda Literaria*, de la Habana.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de E. Rubiños, calle de San Hermenegildo, 32, Madrid.

DEDICATORIA

América, extensísimo continente privilegiado por la Naturaleza, no puede menos de ser venerado por la Historia.

En las tierras americanas apareció por vez primera el hombre en el globo; en América existieron civilizaciones colosales, imperios brillantes en progreso y en cultura; finalmente, en América, región virgen para el despotismo europeo, la reacción bochornosa del viejo continente, se refugiaron las nacientes ideas republicanas democráticas, que allá en los siglos XVI y XVII aparecieron en Europa como viril protesta á la opresión y á la tiranía, y que fueron los gérmenes, por decirlo así, de las florecientes nacionalidades republicanas que hoy existen.

Por eso dedico con júbilo esta humilde obra á los representantes genuinos de las naciones americanas, **Sres. Presidentes de los Estados Unidos de Norte América y de Méjico, Costa Rica, Nicaragua, San Salvador, Honduras, Guatemala, Haití, Santo Domingo, Colombia, Venezuela, Ecuador, Estados Unidos del Brasil, Perú, Bolivia, Chile, Paraguay, Uruguay y República Argentina.**

Recíbanla, pues, como prueba del sincero respeto, de la veneración profunda que me inspiran las nobles, nobilísimas nacionalidades republicanas de ambas Américas.

El Autor.

PRÓLOGO

Si los orígenes de las grandes cosas, ó de los grandes acontecimientos, están envueltos siempre en la obscuridad, y á costa sólo de grandes esfuerzos pueden irse explorando y descubriendo, hay algunos que parecen desafiar constantemente todos los trabajos de la inteligencia humana, por más que llegue armada con los portentosos adelantos de la ciencia, en manos y en espíritu privilegiado con todas las energías del genio.

El origen de los primeros pobladores de América es uno de esos problemas que parecen destinados á permanecer eternamente en la obscuridad, por más que para explicarlo lleguen, unas tras otras, las más atrevidas utopías, ó las hipótesis más bien fundadas; que por más que

se almacenen estudios y conocimientos y exploraciones y datos, la misma sombra cubre siempre este origen misterioso.

Durante mucho tiempo, como cosa indudable se ha tenido que los habitantes de América procedían de tribus asiáticas que, atravesando por el estrecho de Bering, penetraron al Continente Americano, y que allí, sin duda, se multiplicaron de una manera prodigiosa: se dividieron en multitud de razas, de nacionalidades y de tribus; dieron origen á diversas civilizaciones, é inventaron idiomas que no tienen entre sí el menor punto de contacto.

Ya por sí misma semejante hipótesis deja entrever todo lo que tiene de absurdo; pero hay que agregar que como ninguno de los animales domésticos del antiguo mundo conocido, se encontró en América por los conquistadores, aquellos emigrantes que debían sin duda de ser una inmensa muchedumbre para dar origen á los muchos millones de habitantes que tenía América, no llevaban consigo ni un caballo, ni un buey, ni un perro, y sí debieron conducir venados, tigres, bisontes, y todos esos animales que tanto abundaban en el Nuevo Continente, y que no pueden ser el resultado de la generación espontánea. Al mismo tiempo, no hay razón ni

motivo para suponer que por donde pasara el jaguar, no pudieran también llegar el toro y el caballo.

Investigar el origen de los primeros pobladores de América, sin preocuparse al mismo tiempo de la formación de la fauna americana, es pretender la resolución de un problema echando en olvido uno de los datos más importantes. En tal estudio, antes que arrostrar con la dificultad del análisis, preciso es fijarse, como en una gran síntesis, en estas consideraciones. Si toda la familia humana viene de una pareja; si se adopta la multiplicidad de las especies en su origen, entonces es preciso suponer que la superficie del globo terrestre ha sufrido un completo trastorno, hundiéndose unos continentes, convirtiéndose en islas muchos de sus restos y cambiando de tal manera la cuestión geográfica, que el paso por el estrecho de Bering viene á ser enteramente innecesario. Si se supone que el hombre y el animal son productos de la naturaleza en todos los países del mundo, como resultado de la evolución progresiva, y se aceptan las teorías darwinianas y se profesa la doctrina de la unidad de la especie, entonces puede creerse autóctona la población americana, lo mismo que la asiática ó la australiana; y no hay para qué imaginar,

en tal caso, una muchedumbre de emigrantes atravesando con mujeres y niños por donde la audacia del comercio no lleva todavía sus explotaciones, y apenas algunos atrevidos navegantes han llegado á penetrar.

Puede alegarse que en este tiempo no presentaría el estrecho el peligroso camino entre los hielos, que hoy ofrece. Realmente puede haber sucedido así; pero en este caso, ya la tierra tenía distinta superficie que hoy; sus climas no estaban distribuídos de la misma manera, y entonces no hay que buscar el tránsito de la humanidad por allí, cuando debió haberlo encontrado por otros muchos puntos, pues no porque hoy es el único que ofrece á la vista como más practicable, hay necesidad de creer que así debió haber sido, cuando la tierra tenía otra conformación.

Los monumentos que como vestigio de antiguas civilizaciones y de perdidas razas se encuentran sembrados por toda la superficie del Continente Americano, prueban hasta la evidencia, la diversidad de civilizaciones, y por consecuencia también, las de las razas constructoras.

Pero estas civilizaciones, que la inteligencia concibe como los mantos de una estratificación, no presentan el signo característico del progreso

constante; por el contrario, muchas de las capas inferiores, es decir, las que denuncian mayor antigüedad, indican un nivel más elevado en la civilización y en la cultura. Y si bien es cierto que hay alguna semejanza entre aquellos monumentos y algunos de las antiguas civilizaciones asiáticas y africanas, ellos mismos, tras un ligero examen, dicen que no pueden haber sido construídos por la misma raza de hombres; y quizá más, ni por razas que hayan tenido entre sí alguna comunicación.

Las grandes ruinas que existen en Yucatán, sirven á algunos para querer probar, por su semejante con los monumentos del Egipto ó de la India, que fueron obra de razas que habían adquirido su civilización en la India ó en el Egipto. Realmente entre todos esos monumentos existe gran similitud; pero en los de América no aparece, ni como ornamentación siquiera, la figura de alguno de esos animales, verdaderos ó fabulosos, que tan comunmente se encuentran reproducidos en las construcciones del Antiguo continente. Ni una reminiscencia siquiera del elefante ó de la esfinge; y, sin embargo, aunque el elefante no fuera conocido en América, aunque no hubiera nacido, ni se hubiera aclimatado allí, la fábula de la esfinge, los hombres que

traían y recordaban otros detalles más insignificantes de la arquitectura, no podían haber perdido repentinamente la memoria de aquellos animales gigantescos de las pagodas de la India ó de los templos de Egipto. El león de melena, no existía ni existe en América; y, sin embargo, los arquitectos y los escultores españoles lo hicieron aparecer en la mayor parte de los grandes edificios levantados desde los primeros días que sucedieron á la conquista.

Probará la semejanza de unos con otros monumentos, una verdad que cada día va haciéndose más perceptible; y es, que tomando en cuenta las variaciones que debe originar el medïo, las razas producen espontáneamente, y sin necesidad de contacto, objetos de civilizaciones más semejantes, á medida que son más primitivas.

El hacha, y el cuchillo de silex ó de piedra que pueda suplirle; el arco, la flecha, la aljaba y el escudo, todas las razas, con ligeras excepciones, los han tenido, sin necesidad de que otra raza más adelantada se los enseñase á fabricar.

Por otra parte, si las razas que pueblan la América llegaron en peregrinación desprendiéndose de pueblos relativamente civilizados, ¿cómo volvieron á caer tan inmediatamente,

como por una metamorfosis regresiva, á la edad de piedra, al hacha y al cuchillo de pedernal?

Si se estudian también los documentos humanos en América, se encuentran á cada paso cráneos de hombres primitivos, como los cráneos más antiguos que se han descubierto en Europa; y sin necesidad de muchos argumentos ni de extensas disertaciones, cualquier antropólogo en cuyas manos caiga uno de estos cráneos, dirá, con razón, que razas que tales cráneos tenían, no pudieron haber emprendido esa terrible peregrinación para entrar por el estrecho de Bering; peregrinación que demandaba tanta energía y tanta inteligencia para dirigirse y llegar á buen término, y al lado de la cual sería un juego de niños el Exodo de los judíos y el acierto de Moisés para conducirlos.

Los cráneos de los mismos indígenas que los conquistadores encontraron en Nueva España, por la construcción y por la evolución dentaria que manifiestan y que corresponde, por la ley de correlatividades, á manifestaciones curiosas en el organismo, como, por ejemplo, en los indios de raza pura, la absoluta falta de pelo en la cara, en las axilas y en la unión de los cuatro miembros, caracteres que se pierden en el primer cruzamiento del indio con un asiático, un africano

ó un europeo, prueban que aquella raza no puede descender de ninguna de las otras conocidas en el Viejo Continente.

Todo este cúmulo de dificultades tan ligeramente iniciadas, pero que toman proporciones colosales, examinadas detenidamente, vienen á probar cuánto es de estimarse la penosa labor contenida en libros como éste, en que el autor llega á ofrecer para la solución del problema, el resultado de sus estudios, sus hipótesis y quizá hasta sus mismas ilusiones, poco probadas, pero que mañana pueden convertirse en una realidad; y de todo esto resulta siempre un fruto para los hombres curiosos, una nueva joya para el tesoro siempre creciente de los conocimientos del espíritu humano.

Un honrado tributario de la ciencia y de la verdad es siempre para mí acreedor á gran consideración; hasta sus errores son hijos generalmente de su deseo de acertar; por eso con tanta satisfacción he tomado la llave para abrir este libro, en donde los lectores pueden comprender lo que el autor ha hecho para procurar el acierto.

Profesadas de buena fe, lo mismo en la ciencia que en la religión, todas las creencias merecen profundo respeto.

El General RIVA PALACIO

LA CIENCIA

EN LAS ANTIGUAS CIVILIZACIONES AMERICANAS

INTRODUCCIÓN

Desde el momento en que aquel cuadrumano perfeccionado, perfeccionadísimo, que se llamó *antropopiteco* hubo, á fuerza de tiempo y generaciones, modificado su organismo, conformándolo de modo y manera que la oxidación que la sangre experimenta en el cerebro, se verificara con regularidad y precisión pasmosa, originadora, sin duda, del pensamiento, que á mi entender, y sentando una hipótesis algo atrevida, sí, pero que tal vez el tiempo consagre como verdad, no es otra cosa, sino un espíritu, un gas, un compuesto químico hidrocarburado de la misma familia de los alcoholes, se presentó en la tierra un nuevo primate, el hombre cuyo cerebro elaboraba ya más inteligencia, más fuerza reflexiva que el de su antepasado el antropopiteco ó mono modificado.

El hombre primitivo se encontró en los bosques, morada de los otros animales: como éstos, saltaba de rama en rama y de árbol en árbol, para procurarse su necesario alimento y dormía en las copas de los árboles, construyéndose una especie de cama con hojas y hierbas.

Poca diferencia, pues, debió existir en los primeros tiempos entre el hombre primitivo y el antropopiteco, en lo que respecta al género de vida; pero más tarde la necesidad por un lado, y la imagen de los objetos naturales que se estereotipaba en su cerebro, que se transformaba en él en materiales de conocimiento capaces de servirle para procurarse la satisfacción de sus gustos y de sus apetitos, de sus exigencias y de sus caprichos, obligáronle á diferenciarse más y más del modo de vivir que su tosca inteligencia hubo copiado de los demás animales.

Veíase perseguido por éstos; sucumbía vencido por la fuerza y la corpulencia; no podía competir con las fieras de las selvas, mejor conformadas que el para la lucha; no tenía garras, como muchas de ellas; sus dientes no eran tan cortantes y tan puntiagudos, y su razón indicábale que en la Naturaleza había piedras; que éstas, al ser arrastradas por la impetuosidad de un torrente y chocar unas con otras, se rompían, disminuyendo de volumen, y entonces, por ese maravilloso trabajo de selección mental que en sí lleva la fuerza reflexiva, dedujo que golpeando una piedra contra otra, se hacían más pequeñas, podían adoptar una forma puntiaguda de tal manera que, peleando con los demás animales, supliese la superioridad que éstos sobre él tenían en fuerza y en valor, y le facilitara el problema de la caza, para aquellas remotísimas generaciones de importancia suma y primordial.

Clara y perfecta idea da de lo que era el hombre en los primeres tiempos de la prehistoria, el distinguido antropólogo y catedrático de Gimnástica en Salamanca, mi querido amigo D. José Fraguas, en su hermoso trabajo *Los Dioses de la Fuerza*.

«Por despreciable que sea la posesión de una fuerza extraordinaria—dice el Sr. Fraguas—cuando tratara de llevarse su influencia á la constitución de la legislación de los pueblos modernos, no lo es hasta el punto de que el historiador prescinda de aquilatarla al escudriñar las causas de los desenvolvimientos sociológicos y recordar la miserable condición del hombre, en aquellos oscuros tiempos que la prehistoria apenas vislumbra al claro oscuro de la inducción y de la paleontología. En los cuales, solo, inerme, ictiófago sin saber apoderarse de los peces, carnívoro sin medios de coartar á las aves en su vuelo, ni de atajar á los mamíferos en su carrera, frugívoro, ignorando los rudimentos para explotar la fecundidad de la tierra, debió ser un animal errante, vagabundo, hoy en

los llanos, mañana en la meseta de las montañas, siempre caminando en pos del botín, en lucha constante con la identidad de necesidades de sus convecinos, hasta que surgió en él la idea de matar para conservarse, y tras esta imperiosa exigencia de la animalidad, sugestionó su espíritu el amor á la fuerza, y adiestróse en la carrera y en la resistencia con furor salvaje y primitivo, que Anteo y Cecion deifican y Teseo, Hércules y Apoló moralizan.»

Hasta aquí el Sr. Fraguas.

Las luchas que con las fieras sostuvo, aquellas tremendas batallas que en los montes se libraron, demostráronle que era muy peligroso pelear con leones, tigres y osos, á brazo partido: su observación le enseñaba que las piedras y objetos algo pesados adquirían una velocidad tanto mayor, cuanto más importante era la fuerza con que eran lanzados, y entonces nació la flecha, con la que podía herir á los otros animales, á cierta distancia y aun sin ser por ellos advertida su presencia. La experiencia y el tiempo, y sus luchas en los bosques, le enseñaron que apoyando su flanco izquierdo en un árbol ó en otro obstáculo cualquiera, podía tirar cubriendo la mayor parte de su cuerpo; que los terrenos escarpados y salpicados de gruesas piedras con arbustos ó árboles eran muy ventajosos para batirse; que al tirar las flechas no debía precipitarse, debiendo apreciar con serenidad y calma las desigualdades del terreno que le rodeaba, y no dejar de tirar con tanta más lentitud cuanto más lejano estuviese el blanco objeto de sus tiros; que debería atravesar con la mayor rapidez los sitios descubiertos, caminos, brechas y escarpados, y que un valor irreflexivo podía á veces ser funesto para el éxito de las batallas.

De aquí nació, sin duda, la táctica y el arte militar; observaciones que aplicó más tarde en sus luchas con otros hombres cuando ya sus necesidades y gustos le demandaban exigencias á las cuales se oponían aquéllos.

El hombre primitivo tampoco pudo dejar de oir el misterioso y sublime lenguaje de la naturaleza, que á todos los seres indica sus necesidades y sus exigencias, de donde dimana esa imperiosa y potente atracción que la hembra ejerce sobre el macho, y el macho sobre la hembra; esa voz que á ambos impulsa á unirse, estimulados por sensaciones de intenso, aunque momentáneo placer generador de nuevas vidas, las cuales son más perfectas, mientras mayores son las simpatías entre los individuos de uno y otro sexo, simpatías

originadoras de esas convulsiones nerviosas cuya intensidad decipe de la perfección física intelectual y moral de los seres que de los ayuntamientos entre la hembra y el macho se derivan.

En la mayoría de los brutos, esta unión se efectúa sólo á impulso de esas secreciones genésicas que, causadas por oxidaciones de la sangre, llegan á predominar en una época dada en los organismos: éstos necesitan entonces descargarse de ellas, y por eso se buscan los machos y las hembras con esa furia, con esa impetuosidad salvaje inherente á las pasiones animales.

Pero el hombre, al adquirir mayor desarrollo en sus facultades intelectuales, ha sido necesariamente á expensas de las físicas; ya el dinamismo que sus órganos forma, no reviste el carácter físico, por decirlo así, que en los demás animales: ya no puede buscar con tanta facilidad aquellos elementos necesarios para el mantenimiento de la vida, sus gustos aumentan á medida que su inteligencia es menos tosca, la sedentaria é individual existencia que los cuadrumanos sus antepasados llevaban en los bosques no cuadra á su naturaleza, necesita auxiliarse, pedir ayuda á los demás hombres, vivir con ellos la vida de la sociedad, y entonces nacen las instituciones colectivas que, aunque bárbaras y groseras, constituyen la base y origen de nuestras modernas sociedades, de nuestra presente civilización, la fuerza impulsora é inicial de donde se derivarán futuras y más perfectas civilizaciones.

Aquellos primitivos habitantes de los bosques, pertenecientes á nuestra especie, no podían efectuar sus actos genésicos como los demás seres de la escala zoológica; el instinto de la sociabilidad, que su nueva naturaleza había impreso con indelebles caracteres en su organismo, le ordenaba que las uniones sexuales no debían sólo verificarse al conjuro de la propagación de la especie, sino también subordinarse á una mutua ayuda entre el varón y la hembra que, partiendo de la base de idénticos gustos y hasta de iguales necesidades orgánicas entre ambos, tuviese por fin primordial el amparo y protección de los hijos durante su más tierna infancia.

De aquí nació la familia, y por eso no pudieron estar motivadas las uniones sexuales en el hombre; únicamente por virtud á las exigencias genésicas de su organismo; debía la hembra leer en las condiciones morales del macho, y éste en las de aquélla, antes de pactar su unión, si bien las prendas físicas, la belleza corporal, debería

servir de indicadora de las prendas morales, á la vez que de excitadora de los sexuales instintos.

Esta fué la causa de que el hombre, aguzando su inteligencia para reemplazar en su físico, de una manera artificial, los encantos que la naturaleza había omitido, buscase colores ya entre las plantas, ya entre los minerales, para pintar su cara, se adornase ésta y todo su cuerpo con plumas y aun con tejidos y objetos más ó menos toscos, pero de origen vegetal ó procedentes de pieles de animales. Este, y no otro, fué el principio, la causa creadora de los primeros rudimentos de la Química y de los más imperfectos conocimientos de la Mecánica, ciencias que formaron la industria llamada también artes industriales.

Aunque el hombre desde los primeros tiempos tuvo que modificar sus instintos genésicos y amoldarlos, supeditarlos, si se me permite la frase, á exigencias de carácter social, encontróse con que la Naturaleza vedaba á las civilizaciones reglamentar y legislar el amor, desviándolo de sus naturales límites, porque es éste un sentimiento exclusivamente individual, que si bien debe relacionarse con fines sociales, jamás puede dejar de ser, como dice Schopenhauer, *la sugestión del genio de la especie.*

La exigencia imperiosa, inherente al organismo humano, de vivir en sociedad, de hacer vida colectiva, trajo consigo nuevos gustos y nuevas necesidades.

Tuvo el hombre, en primer término, que torturar su inteligencia á fin de procurarse un medio para entenderse con sus iguales, y de aquí nació el lenguaje, cuya adquisición, dice Whitney, es obra de la educación, como todos los demás conocimientos.

El sér racional primitivo tuvo por fuerza que comenzar á darse á entender por movimientos, por gestos, ya de las manos, ya de la cara, con los cuales expresaba los afectos de su ánimo; pero después, á medida que el órgano del pensamiento iba conformándose mejor para producir las oxidaciones de la sangre, que se efectuaba en sus células de una manera más acabada, iba perfeccionando y dando forma á aquellos gritos inarticulados formando el lenguaje, dando origen al idioma y designando á todos los objetos con nombres distintos, porque obedecía, á no dudarlo, á esa ley que, según el gran Herbert Spencer, rige la evolución de todo cuanto vive, y que consiste en que *en el Universo todo marcha de lo homogéneo é indefinido á lo heterogéneo y definido.*

De la estrecha relación que los demás conocimientos tienen con el lenguaje, da una idea acabada en su artículo *Filosofía del lenguaje*, inserto en *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, de Madrid, del 4 de Noviembre de 1892, mi ilustrado amigo el, aunque joven, ya sábio psicólogo D. Eduardo Zamacois.

«Cuanto más perfecto es un idioma—dice el Sr. Zamacois—tanto mejor se expresa el pensamiento: para cada idea, para cada pensamiento, existe una palabra que expresa con exactitud perfecta lo que se quiere decir; esta multitud y heterogeneidad de palabras y de giros, es precisamente lo que da riqueza á la lengua: en los dialectos salvajes ocurre lo contrario; las frases escasean y se ven obligados á representar con una sola, conceptos muy diversos. Así, por ejemplo, nosotros tenemos palabras con que expresar los distintos números, por grandes que sean, mientras que los australianos sólo tienen las palabras *uno*, *dos*, *tres*; todos los números que siguen los designan por *muchos*. Del mismo modo, nosotros tenemos un nombre determinado para designar cada una de las especies de árboles; el salvaje, en cambio, aun cuando comprenda que no todos los vegetales son iguales, los designa con el nombre común de *árbol*.»

Concretando más que Zamacois, dice el erudito filólogo é ilustre marino español D. Francisco Javier de Viana, en su *Vocabulario del idioma vavao*, que las voces no son otra cosa sino el signo de las ideas, y, por lo tanto, deben leerse las costumbres de los hombres en sus propios idiomas.

Al progresar el lenguaje, progresaron los otros conocimientos, los demás ramos del saber humano, siguiendo la ley de Spencer, de lo homogéneo é indefinido á lo heterogéneo y definido. Las civilizaciones, pues, tuvieron que conformarse á esa ley biológica que rige en todos los organismos y que preside á sus transformaciones. Los organismos tienden siempre á su perfección; tienen constantemente desgastes, pérdidas de fuerzas; pero al recuperarlas, al elaborarse en los órganos digestivos aquellos elementos que restauran las precitadas fuerzas, se efectúa algún adelanto, adquieren nuevos bríos todos los órganos, y aun con el tiempo tienen lugar progresos que vienen á cambiar la faz toda del organismo. Esta misma ley, aplicada al orden sociológico, es la que preside á las civilizaciones.

Así, pues, necesitaban las primitivas sociedades humanas algún procedimiento para conservar sus tradiciones y transmitir su pensa-

miento á otras generaciones, y nació la escritura, primero, groseramente ideográfica, para sufrir infinitas transformaciones después y aparecer esos signos geométricos que componen nuestro alfabeto.

Condición precisa para vivir en sociedad, es estar próximos unos de otros, habitar, si no bajo un mismo techo, porque eso sería imposible, en condiciones tales que estuviesen cerca para poder prestarse mutuo auxilio y precaverse de las peligrosas asechanzas de las fieras. Vivieron indudablemente primero en los bosques; pero la inclemencia de las estaciones, la lluvia, el frío y el calor obligáronles más tarde á guarecerse en las cavernas que la Naturaleza construyera en sus majestuosas revoluciones geológicas, ó mediante la acción incesante de las aguas. No estaba exenta de peligros su estancia en las cavernas; en ellas entraban fácilmente las fieras; había, por lo tanto, que crear construcciones ó cabañas formadas al principio de troncos de árboles y hojas de éstos; pero la entrada en ellas era asimismo accesible con facilidad suma á fieras y alimañas, los constantes enemigos, la perpetua pesadilla del hombre primitivo. Entonces observó sin duda que entre las aves, por ejemplo (y tuvo que fijarse en esta clase de animales porque, habitando en las ramas de los árboles, encima de su cabeza, no siendo temibles para él, y, por lo tanto, no teniendo que esconderse de ellas, podía con más facilidad estudiar sus costumbres), existen excelentes arquitectos que, como los siteles, construyen las sólidas paredes de su nido con una especie de arcilla gruesa que deslíen en su saliva, ó como los ploceideos, el petilorinco y el clamidero manchado, cuyos nidos gigantescos se hallan divididos en compartimientos destinados á la incubación, salones de descanso y habitaciones para comer y hacer centinela.

Observaba, como dice el insigne ornitólogo Hermann Müller, que las aves, cuando están tranquilas, echan en la excavación interior del nido los materiales de que van á construirle, y después los comprimen, los arreglan cuidadosamente con el pico y los guarecen con esmero bajo su cuerpo; que se sirven con preferencia de las patas para distribuir y repartir las ramitas con una habilidad admirable, apretándolas para darles firmeza; que la forma de la cavidad interior la dan con el pecho, lo cual ejecuta el ave girando dentro de ella con la cola vertical; que por esto el muro del nido es pendiente por la parte superior, donde recibe su forma por el trabajo variable del pecho, parte anterior de las alas y cuello, y, finalmente,

que el borde del mismo es moldeado con la porción inferior del pico, pero principalmente mediante un movimiento rápido y de báscula de la cola, y después alisado por los repliegues de debajo del pico.

De todas estas observaciones dedujeron nuestros antepasados de los tiempos prehistóricos que la manera más segura de ponerse á cubierto de la voracidad de las fieras y de la inclemencia de las estaciones, era construir grupos de casas con una mezcla de arcilla, ramas y hojas de árboles: y éste, y no otro, fué el origen de las primeras poblaciones, cuyos restos no han escapado á la perspicaz é investigadora mirada del arqueólogo.

Pero el hombre no tenía suficiente con esto: á medida que su inteligencia se iba desarrollando, progresaban sus gustos y aumentaban sus necesidades, porque es una ley constante de la sociología, que nosotros tendemos siempre á vivir bien, todo lo mejor que se pueda y con el menor esfuerzo posible.

Necesitaba, desde el momento que fué á vivir la vida de sociedad con los demás de su especie, restringir muchas de las libertades, de los derechos individuales, mermar en algo el derecho natural y crear, en cambio, el deber; y de aquí nació la idea de gobierno, en los comienzos de la sociedad bárbara, cruelmente restrictiva hasta degenerar en espantosa tiranía; necesitaba, para consolidar los principios de gobierno, sujetar y aun domar las pasiones animales, al propio tiempo que para saciar la natural exigencia, ingénita en el pensamiento humano, de explicarse todo cuanto nos rodea, crear teogonías, esto es, acallar la voz de su inteligencia y adormecer los gritos de su fantasía con esa *humanización de los fenómenos naturales*, que dice el sabio naturalista suizo Guillaume, base y fundamento de las religiones positivas, no del todo provistas de sentido moral, puesto que dimanan de una idea primordial de opresión y de oscurantismo; necesitaba, para llenar todas las condiciones que el fin social demanda, no separarse de los principios de igualdad, de justicia, de libertad y de solidaridad que éste en sí entraña; y para esto, para servir de contrapeso á la tiranía, al abuso y á la arbitrariedad, sentimientos tan genuinamente humanos, pronto la naturaleza misma le había de indicar dos procedimientos, el arte y la literatura, que, fundados en la belleza, habían de sacar de ésta inspiración para fustigar la injusticia y defender la verdad, hacer la apología del derecho y maldecir el error.

Por eso lo bello, copiado de la Naturaleza y representado en el

barro ó en el lienzo, en la arquitectura, en la música ó en la poesía, son los azotes de los tiranos y de los conculcadores de las libertades humanas.

El hombre, por último, el hombre, fotografiando siempre en su cerebro los fenómenos naturales que su experiencia y su observación le sugerían, amontonaba, y amontonaba cada vez más, caudales y caudales inmensos de conocimiento y de cultura; conocimiento y cultura que le sirvieron para fundar esas ciencias de experimentación y de cálculo, merced á las cuales obtiene algo práctico en todo lo que con la materialidad de la vida se relaciona, tanto en el orden físico como en el moral, lo mismo para el cuerpo que para ese dinamismo de la materia, asombroso, porque es la esencia de la materia misma, y que recibe el nombre de espíritu ó alma.

Estos son, pues, los orígenes de la Física y de la Geología, de la Química y de la Botánica, de la Astronomía y de la Mineralogía, de la Aritmética y de la Geometría, de la Medicina y del Algebra y de todas cuantas ciencias se relacionan con el estudio del espacio, de la cantidad, de la composición y fenómenos de los cuerpos, así como del conocimiento de los seres que pueblan ese conjunto maravilloso y magno que se llama Universo.

Merced á la ciencia, que es para la civilización lo que el espíritu para el cuerpo, adelantaron en grado sumo las antiguas civilizaciones y progresará más y más la especie humana, hasta que llegue un día en que la libertad por nadie sea desconocida, y todos vivan compenetrados de que sin estímulo exterior alguno, con sólo la imperiosa convicción de tal manera estereotipada en el propio sér, de que los hombres, sin excepción alguna, somos iguales ante la Naturaleza, tenemos un mismo derecho para vivir, desaparecerán esas vetustas y añejas preocupaciones, que se oponen al imperio de la autonomía individual y á la abolición de poderes y fiscalizaciones onerosas; porque al hombre, como al ave que surca la atmósfera, al pez que habita en las profundidades del Océano, ó al cuadrúpedo que vive en las selvas, no deben servirle de pauta para su vida sino las libres, libérrimas prescripciones de su propia naturaleza, con tal de que no se oponga al desarrollo completo del derecho de sus iguales: para eso vive en sociedad y recibe auxilios, sin los cuales sería imposible su existencia.

Interesante, por lo tanto, es todo cuanto con el pasado ó el porvenir de la ciencia se relacione, y por eso consagraré los sucesivos

capítulos al examen de los progresos que en las antiguas civlizaciones americanas, en aquellas interesantísimas sociedades precolombinas, llegó á adquirir.

No hay que olvidar que los adelantos en el orden social no dejan nunca de estar influidos, regulados, si se me permite la frase, por la experiencia que en pasadas edades recogió la Historia.

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO PRIMERO

Del origen y antigüedad del continente americano.

Casi es una teoría admitida hoy sin discusión alguna, la que nos presenta á los seres siderales todos, lo mismo los conocidos con los nombres de estrellas fijas ó soles, que los quizá más numerosos que reciben el calificativo de estrellas errantes ó planetas, como formados por desprendimientos incandescentes de aquellos remotísimos montones de materia que, formados por la acción de su energía misma, dieron origen á esa maravillosa armonía que preside á la Naturaleza, y de cuya edad podemos representarnos ligera idea con sólo imaginarnos que la Tierra, fragmento desprendido de nuestro Sol, uno de los más modernos del sistema del Universo, tuvo lugar su nacimiento hace 25.000 000 de años, según el cálculo matemático ha demostrado recientemente á Newcomb, William Thomson y otras eminencias de la Astronomía contemporánea.

Muy posible es que el grandioso astro, centro de nuestro sistema planetario, haya sido precedido en su existencia por millares de otros, tal vez más voluminosos y testigos de otras vidas, de lejanas manifestaciones de la continua é incesante obra transformista de la materia y de la fuerza. Parece como que nuestra imaginación empequeñecida y agobiada ante el peso de tanta magnificencia, de grandiosidad

tan sublime, entreve allá, en tiempos casi escapados á la acción del más minucioso cálculo matemático, moles inmensas obedientes á la misteriosa voz de la atracción universal, cual humilde y tierno corderillo á los conmovedores balidos de la madre, rodar constantemente, alimentando en su continua carrera, miles de cientos de mundos en que quién sabe si existirían civilizaciones cien veces más perfectas que la nuestra. Pasó el tiempo, corrió velozmente, aquellos astros hiciéronse viejos, muy viejos, y como lo que es caduco, la naturaleza se encarga de transformarlo en nuevo, sonó la hora de que aquellas moles inmensas se hiciesen inaptas para mantener la vida: cesó en ellos la atracción directa que los unia á otros centros; vagaron á la ventura, chocaron por fuerza unos con otros, y entonces, como si en esos tremendos choques aquellos astros apagados quisieran entonar un himno á la eternidad de la materia, originároнse nuevos fragmentos incandescentes que el tiempo y la fuerza impulsora de las vidas de que la Naturaleza tan saturada se halla, dieron lugar á esas transformaciones de la energía universal, que se llaman organismos, seres naturales, de donde dimanan todos esos mundos que, en una noche clara de estío, se ofrecen á nuestra mirada como formando una ascua de oro de la bóveda celeste, cuyos mundos, más grandes que nuestro sol, serán quizá centros de sistemas planetarios en que, como en el nuestro, bulla y se agite la vida orgánica.

Paremos á nuestra imaginación en su vagar por los infinitos espacios del Universo, y circunscribámosla á nuestro planeta. Astrónomos y naturalistas eminentes creen que hace doce millones de años comenzó en él la vida orgánica; pero antes, condensáronse los vapores, los gases que en la atmósfera flotaban; enfrióse la materia pastosa, resultado de la masa incandescente desprendida del sol, dando origen á los continentes más ó menos extensos, pero siempre rodeados de agua por todas partes.

Movimientos de elevación y de descenso del suelo, causados por los gases que en el interior de la tierra se agitaban, dado el carácter ígneo de aquél, debieron repetirse con mucha frecuencia en aquellos primeros tiempos de la infan-

cia de nuestro globo, y, por lo tanto, continentes enteros tuvieron que sumergirse en el fondo de los abismos oceánicos para dar paso á otros nuevos; cambios y transformaciones geológicas que según Lyell, no se verifican desde el fin del período terciario, como parece comprobarlo los animales fósiles de dicho período encontrados en determinadas y distintas regiones, y análogos á los que en la actualidad en ellas viven.

Así, pues, en la Australia los fósiles mamíferos que allí se encuentran en el terreno terciario, son pertenecientes al órden de los marsupiales, idénticos á los kanguros y sarigüeyas, que en aquella vastísima región, para muchos continente, habitan. En la América del Sur había en las referidas edades seres del orden de los desdentados, que son los mamíferos que en ella en la actualidad abundan, y, finalmente, en las épocas miocena y pliocena se encuentran monos, elefantes y rinocerontes, animales conocidos en nuestros tiempos.

De igual opinión que Lyell es el ilustrado geólogo austriaco Suess, que en su *Das Antlitz der Erde* ó *La faz de la tierra,* demuestra que desde la edad terciaria no han aparecido nuevos continentes; pero no todos los geólogos sostienen lo mismo. Difieren de Lyell y Suess, en mi concepto equivocadamente, Dana, Geikie, Wallace y Murray.

De todos los continentes actuales, indudablemente el más antiguo es América, y sobre todo la América del Norte, como lo prueban el citado Suess, y Marcel Bertrand en el *Bulletin de la Société géologique de France,* de 1887; M. de Margerie en *L'Annuaire géologique international*, de 1888; Fernand Priem en *La terre, les mers et les continents*, y aun los sabios geólogos españoles D. Manuel Fernández de Castro y D. Vicente Vera y López.

En el período secundario ambas Américas hallábanse separadas, como yo intento demostrar en mi trabajo *La edad de América*, pues el itsmo de Panamá aún no había emergido y ya existía en la septentrional un vasto mar de agua dulce, el mar de Laramia, el cual formó durante la edad terciaria, grandes depósitos.

La América del Sur, antes de la edad terciaria, no exis-

tía tal cual hoy está formada, y estaba unida á Europa por la Atlántida, cuyos fragmentos bien pueden ser las Antillas, grandes y pequeñas, las islas Azores, Cabo Verde, Madera y Canarias. Eran mar, según la geología nos dice, las cuencas del Plata y del Amazonas, y, por consiguiente, una gran isla el Brasil. De un gran continente, hoy sumergido, formaba parte la Patagonia y de él era peninsula Bolivia, aislada de Colombia, que se extendía mucho más al N. y al E.

Las islas Falhlands ó Malvinas, la Nueva Zelanda, Tasmania y Australia, formaban un continente alargado de Este á Oeste, el cual rompióse, no súbitamente, sino poco á poco, coincidiendo asimismo su ruptura con la del continente situado al N. de la América Septentrional, y del cual la Groenlandia, que se comunicaba con Europa, formaba parte.

Fueron, pues, las revoluciones geológicas del período terciario las que dieron nacimiento al continente americano, tal como hoy le conocemos, revoluciones alejadas de nuestra época por unos trescientos cincuenta mil años aproximadamente; pero doscientos mil años antes de la edad terciaria, la América del Norte situábase entre dos grandes continentes, y multitud de archipiélagos unidos en la actualidad al que impropiamente se llama Nuevo Mundo.

Éste, tal como se halla constituído, existía ya cuando aún el desierto de Sahara era un mar; el África estaba unida por Marruecos con España; el Mar Negro se enlazaba con el Caspio, y el Aral y otro mar ocupaba el desierto de Gobi, en Asia,

No obstante, no quiere decir que posteriormente á la gran catástrofe geológica que constituyó el continente americano, tal cual existe al presente, no haya habido ligeras modificaciones en el suelo de América. No sólo el estudio geológico de aquellos terrenos nos lo muestra, sino la ciencia viene á confirmar semejante hecho.

En los trescientos cincuenta mil años que aproximadamente hace que se formó la América del Sur, y quedó unida á la del Norte, han debido formarse grandes desigualdades del terreno, desigualdades que denominamos montañas, las cuales surgieron en la Naturaleza sin duda para facilitar la acción fertilizadora de las aguas y contribuir de una mane-

ra enérgica al conveniente desarrollo de los organismos.

¿Cómo debieron originarse estas desigualdades? Pues á consecuencia de las filtraciones de las aguas, que, evaporadas por el calor enorme desprendido del rozamiento de las rocas en el interior de la tierra, daban lugar á los terremotos, formaban los volcanes y las montañas.

No de otra manera se han formado los volcanes como el Cotopaxi, el Tunguragua, el Chimborazo, el Pichincha, el Arequipa, el Popoca-Tepelt, ó montaña humeante, el Cílatl-Tepelt, ó pico de Orizaba, y la solfatara de Guadalupe, todos pertenecientes á América.

Que de esta suerte se pueden formar las montañas, que tales desprendimientos de vapores ocasionan asombrosos fenómenos, nos lo prueban los siguientes hechos:

El Cotopaxi, en los Andes, arrojó sus olas de fuego, en 1738, á 3.000 pies de elevación, y en 1744 las materias combustibles, pugnando por hallar una salida, rugían con tan formidable estrépito, que sus detonaciones resonaban á 600 millas de distancia.

En 1797 el Tunguragua, en la misma cordillera, arrojó raudales de betún, abrió lagunas, y en valles, anchos de 1.000 pies, practicó grietas de 6.000 pies también.

El Chimborazo y el Pichincha elevan sus escorias, respectivamente, á una altura de 6.700 y 5.875 metros.

En 1759, una fértil llanura situada al Oeste de Méjico, después de sesenta días de violentas sacudidas y ruidos subterráneos, se convirtió en una montaña de 6.000 pies de elevación, y de base de tres millas cuadradas. En la cumbre estalló el Jorullo, en donde asciende el termómetro á 95 grados cuando se introduce en las grietas del terreno.

Todos estos hechos geológicos, y los análogos acaecidos desde mediados del período terciario acá, no han sido producidos seguramente por el llamado fuego central. Éste, desde que la corteza terrestre adquirió consistencia y fuerza, ya no puede variar la faz del planeta, como hacía antes de la edad terciaria, porque las variaciones que después de ella se han producido en el terreno, no obedecen á otra cosa que á la evaporación del agua por virtud del calor formado mediante el rozamiento de las rocas.

¿No parece enunciarlo así el hecho de que los temblores, los terremotos, son más frecuentes en las costas que en parte alguna?

Y no se diga que en las costas es mucho más frecuente este fenómeno que en el interior de los continentes, porque en tanto que la fuerza de los gases castiga y rompe el terreno por un lado, otra fuerza exterior, el continuo batir del agua, secunda la obra del fuego central. No: ésto es un sofisma, una teoría destituída de fundamento, y nada más. Las montañas y todos los fenómenos seísmicos ocurridos después del período terciario, derívanse sólo de las filtraciones de las aguas y del rozamiento de las rocas, como ya he afirmado.

Y estos fenómenos seísmicos son de intensidad diversa. Hay comarcas en que el temblor de tierra se manifiesta, mediante una trepidación irregular, con un movimiento horizontal siempre en línea recta, y las sacudidas entonces son poco temibles. Otras veces el movimiento es *ondulatorio*, la tierra sube y baja alternativamente, se levanta el suelo de pronto, estalla, se abre y se llena de hendiduras, donde muchas veces se sepultan ciudades enteras. Pero aún son más temibles los movimientos *rotatorios*, que también suelen afectar los temblores. Sánchez Ramón, en su obra *Las maravillas de la naturaleza*, dice hablando de ellos: "Nada puede compararse al cuadro de horror y desolación que la Naturaleza ofrece en este caso. Los movimientos varían de un lado á otro, se cruzan en todas direcciones, horizontal y verticalmente á un mismo tiempo; parece que la tierra baila, da vueltas, se hunde y crece á nuestro alrededor, y es raro que ningún edificio, por sólido que sea, pueda resistir sin arruinarse la fuerte sacudida.„

A esta clase de movimientos subterráneos obedece, sin duda, la desaparición de la Atlántida, después del período terciario y posterior á la existencia del hombre; desaparición que aisló por completo el continente americano del impropiamente llamado viejo continente, formado por Africa, Europa y Asia.



CAPÍTULO II

Formación de los organismos en América.

En el capítulo anterior dije que la Tierra en un principio no fué sino una nebulosa, sometida á elevada temperatura, imposible de ser habitada por seres organizados. Esta nebulosa, moviéndose rápidamente en el espacio, se fué enfriando, por efecto de la radiación, quedando constituída por un núcleo central incandescente, una corteza sólida, merced al enfriamiento y *oxidación*, y una atmósfera cuyos vapores, precipitándose sobre la superficie de la tierra, dieron origen á los mares y á las diferentes capas terrestres que son, como dice un naturalista contemporáneo, las hojas del gran libro de la historia de nuestro planeta.

Estas capas divídense en cinco grupos, que la Geología denomina edades, y son la primordial, la primaria, la secundaria, la terciaria y la cuaternaria.

En la edad primordial, llamada también azoica porque en ella no existía aún la vida orgánica, aparecieron las primeras capas sólidas que alrededor del núcleo ígneo se formaron con los granitos y rocas originadas por cristalización lenta, al influjo de la presión atmosférica entonces reinante y de las masas de agua que sobre dichas capas se depositaron.

Merced á este trabajo de solidificación, fueron combinándose entre sí los cuerpos simples, impulsados por la porten-

tosa ley de la afinidad química, y entonces apareció el biógeno, base y fundamento de la materia orgánica, como resultado de la transformación de los elementos inorgánicos.

La vida así organizada comenzó en la edad primaria y en las aguas, porque en este elemento pudo efectuarse, en condiciones más convenientes esa combinación estrecha de los cuerpos simples que dió nacimiento á los organismos, y así vemos aparecer en los terrenos primarios los tribolites, los primeros peces y plantas gesinospermas barrestres, los primeros batracios y hexápodos y criptógamas vasculares y los peces ganoideos.

Viene la edad secundaria, y espantosas revoluciones geológicas, ocasionadas por la acción ígnea del núcleo central, determinan grandes levantamientos, y entonces se verifica un cambio notable en la orografía é hidrografía del globo; vino la sedimentación de las rocas, y con ella la transformación de la fauna y de la flora.—Por eso los organismos de este período geológico, tales como los primeros ammonites, aves y mamíferos, los belemnites, enaliosaurios, plesodáctilos y vegetales angiospermos, difieren tanto de los seres organizados de la edad primaria.

De estos grandes levantamientos de la edad secundaria originóse, como ya se ha visto en el anterior capítulo, la América del Norte, en cuyo continente, que fué el único que subsistió de todos los formados en la referida edad, hubieron de recogerse sin duda aquellos organismos mejor conformados para la respiración aérea, y esta es la razón de que la Paleontología, no solo en la América del Norte sino en la del Sur, que también existía en la época secundaria, si bien no se hallaba unida á la del Norte, ni formaban parte de ella importantes regiones que hoy le pertenecen, demuestre con singular elocuencia que las transformaciones orgánicas eran allí más perfectas y se verificaban primero que en parte alguna de la tierra. Esta fué la causa de que el hombre apareciese antes en América que en otro sitio del planeta, como trataré de demostrar en el siguiente capítulo.

Carlos Darwin, en mi concepto, el mejor naturalista que ha producido la humanidad, tratando sobre este punto decía á Haeckel en carta fechada el 8 de Octubre de 1864:

"Tres clases de fenómenos me causaron una profunda impresión en la América del Sur: la manera cómo ciertas especies, muy afines, se sucedían y se reemplazaban unas á otras á medida que iba de Norte á Sur; el inmediato parentesco de las especies que habitan las islas del litoral de la América del Sur con las que son peculiares á este continente, lo cual me sorprendió por demás, así como la variedad de las especies que habitan el archipiélago de los Galápagos, inmediato á tierra firme; y, finalmente, la íntima conexión que existe entre los mamíferos desdentados y los roedores de la época actual y las especies extinguidas de las mismas familias. No olvidaré jamás la sorpresa que sentí al desenterrar una reliquia de un animal gigantesco, análoga á la de un animal viviente.

„Reflexionando sobre estos hechos y comparándolos con otros del mismo género, parecióme inverosímil que las especies afines fuesen la posteridad de una forma progenitora comun. Mas por espacio de muchos años me fué imposible comprender cómo se había podido adaptar semejante forma á tan distintas condiciones de vida. Apliquéme, por lo tanto, á estudiar sistemáticamente los animales y las plantas domésticas, y al cabo de algún tiempo vi claramente que la influencia modificadora más importante residía en la libre elección del hombre y en la preferencia de individuos señalados para propagar las especies. Como había estudiado algunas veces el género de vida y las costumbres de los animales, estaba completamente preparado á formarme una idea exacta de la lucha por la vida, y mis trabajos geológicos me habían hecho concebir la inmensa duración de los tiempos pasados. Habiendo leído entonces, gracias á una feliz casualidad, el libro de Malthus sobre *El principio de la población*, acudió á mi imaginación la idea de la selección natural. Entre los principios de segundo orden, el último cuyo valor supe apreciar, fué la significación y las causas de la divergencia.„

¿Qué significan estos elevadísimos conceptos del gran Darwin? Pues dos cosas: es la una la confirmación, en parte, de la idea por mí expresada respecto á la prioridad de América en la transformación de los organismos; es la otra,

que el estudio de la paleontología americana le llevó al descubrimiento de las leyes biológicas que rigen su asombrosa teoría del origen de las especies y de la selección natural.

Siguiendo en el rápido examen que aquí estoy haciendo respecto á la formación de las edades geológicas de la Tierra, debo consignar que en la edad terciaria, ó de los terrenos terciarios, continuaron los levantamientos parciales de terrenos, originándose una disminución en la superficie de los mares y un aumento en la de las tierras, siendo menos sensible la acción calorífica del nucleo ígneo sobre la superficie terrestre, en la que dominó la acción solar, dando origen á la variedad de estaciones y climas y revistiendo aproximadamente la fauna y la flora los caracteres que hoy revisten. También en el período terciario apareció el hombre en América, allá en las selvas del Perú y del Brasil, como quedará razonado en el capítulo III.

En la edad cuaternaria, la superficie terrestre habia adoptado ya, según se cree, la división de continentes hoy conocida, envueltos, en el hemisferio boreal, de enormes masas de nieves perpetuas y hielos, que en su retirada del continente antiguo produjeron más tarde grandes inundaciones y lluvias, que constituyeron el *Diluvium,* fenómeno que fué además promovido por numerosos levantamientos de terrenos, causados á no dudarlo, por las aguas que al filtrarse por las capas subterráneas, fueron evaporadas por el calor producido mediante el rozamiento de las rocas en el interior de la Tierra.

En el período cuaternario apareció también, en mi concepto, una raza de hombres dimanados de los antropopitecos, primates, precursores de nuestra especie, según me esfuerzo en razonar en mis trabajos *Simón Chaux y la Antropología en Colombia, y La Civilización guatemalteca en la Exposición Histórico-Americana.*

CAPITULO III

Aparición del hombre en América.

Ya hemos visto en la *Introducción* que en el Universo todo marcha de lo homogéneo é indefinido á lo heterogéneo y definido. De acuerdo, pues, con esta ley biológica, han tenido que aparecer por fuerza en la Naturaleza, primero los organismos más sencillos, los cuales han dado nacimiento á los más complicados, como si aquélla quisiera sólo, con este cambio incesante de forma que la materia y la fuerza adquieren, preparar de una manera más acabada y perfecta la asombrosa obra de su transformación.

Once millones seiscientos cincuenta mil años hacía que la materia organizada había surgido en nuestro planeta en la edad primaria, cuando en la terciaria apareció el hombre en él, como resultado de la obra de perfección que la Naturaleza impusiera á aquel fragmento incandescente que hace veinticinco millones de años húbose desprendido del sol.

Trescientos cincuenta mil años hace que se formaron los terrenos terciarios, y en esta misma fecha apareció el hombre en la superficie de la Tierra, según afirmo en mis trabajos *La Civilización en el Perú antes de los Incas*, *La Civilización Chibcha en la Exposición Histórico-Americana*, y *La Raza Ibero-Americana*.

Sólo la Geología enuncia que el hombre dimana de formas organizadas inferiores pues ¿á que iba á presentarse en el

globo á los once millones seiscientos cincuenta mil años, de haber aparecido el primer organismo, si el sér racional ha sido creado por un Dios á su imagen y semejanza, según afirman las religiones positivas, esas explotaciones organizadas de la ignorancia, como con tan buen sentido las define un sábio naturalista español?

Pero hay más: la Fisiología une su voz elocuente á la de la Paleontología y Geología y proclama muy alto, con la Psicología moderna, que el hombre no es sino el resultado de sucesivas conquistas progresivas, hechas por las formas organizadas que desde la edad primaria se han sucedido sobre la Tierra.

El hombre no podrá separarse nunca del reino animal; como el perro, la merluza y el caracol, nace de un huevo; sus órganos son los mismos que en los mamíferos superiores, pues su conformación corporal presenta grandes analogías con las formas inferiores en la escala zoológica; está constituído sobre el mismo tipo ó modelo que los demás mamíferos; todos los huesos de su esqueleto son comparables á los huesos de un mono, de un murciélago, de una ballena ó de una foca. Entre los tejidos del hombre y el de los demás animales existe una gran similitud, como lo prueba el hecho de que aquél puede comunicar á éstos, ó viceversa, enfermedades tales como la rabia, la viruela, etc. Los monos padecen idénticas enfermedades que el hombre, y Darwin afirma que el nervio del gusto es igual en el mono y en el hombre, y que de un modo análogo puede ser afectado el sistema nervioso de ambos.

Existe, pues, gran analogía entre el hombre y los demás animales, principalmente con los monos antropomorfos, tanto en la conformación general y la estructura elemental de los tejidos, como en la composición química y en la constitución.

Huxley dice: "Es incontestable que el modo de origen y las primeras fases del desarrollo humano son idénticos á los de los animales que ocupan los grados inmediatamente inferiores á él en la serie zoológica, y que desde este punto de vista está mucho más cerca de los monos que éstos lo están del perro."

Bischoff, contrario á la idea transformista, afirma que cada hendidura principal y cada repliegue del cerebro humano tiene su análogo en el del orangután.

Vulpián, célebre anatómico y fisiologista francés, dice: "Las diferencias reales que existen entre el encéfalo del hombre y el de los monos superiores, son excesivamente tenues. Sobre este particular no podemos hacernos ilusiones. Por los caracteres anatómicos de su cerebro, el hombre se asemeja más á los monos antropoformos que éstos no sólo á ciertos mamíferos, sino también á ciertos cuadrumanos como los macacos.„

Hablando del desarrollo del embrión, dice Darwin: "El hombre se desarrolla en un óvulo de cerca de dos centímetros de diámetro, que no difiere en ningún punto del que da origen á los demás animales. Con dificultad se puede distinguir el embrión humano mismo, en un período precoz del de otros individuos del reino de los vertebrados.„

Bäer afirma que "las patas de los lagartos y mamíferos› las alas y patas de las aves, como las manos y los pies del hombre, todos derivan de una misma forma fundamental.„

Bischoff asegura que, á fines del séptimo mes, las circunvoluciones del cerebro de un embrión humano, se presentan en el mismo estado de desarrollo que en el babuino adulto.

Existe, por último, en las aves un párpado, la membrana nictitante, membrana que la tienen asimismo algunos reptiles y anfibios y peces como el tiburón. Entre los monotremas y los marsupiales, órdenes de mamíferos cercanos á las aves, existe también dicha membrana, y aun en el hombre, los cuadrúpedos y mamíferos restantes se nota, bajo la forma de un simple rudimento, el pliegue semilunar, que en opinión de muchos anatómicos eminentes, es lo que en ellos reemplaza á la nictitante de los seres alados.

¿Qué significa todo esto? Pues sencillamente que el hombre procede de formas orgánicas más inferiores que él, y sobre todo del mono; por consiguiente, hay que clasificarlo, como Linneo, Isidoro Geoffroy y Huxley, entre los primates, orden formado por el ser racional, el gorila, el chimpancé el orangután y los demás monos, y no, como Blumenbach y Cuvier, entre los bimanos, por entender equivocadamente

que el mono tiene cuatro manos y ningún pie, estando hoy ya probado que el referido animal no es cuadrumano, porque esas pretendidas manos son verdaderos piés.

Como intermediario entre el mono y el hombre apareció en la edad terciaria, sobre la superficie de la Tierra, el antropopiteco, mamífero inteligente, como lo demuestra la existencia de diferentes hallazgos de trozos de silex tallados y quemados en diferentes pisos del terreno terciario, lo cual significa que eran seres inteligentes, puesto que fabricaban instrumentos y encendían fuego, según asegura el gran arqueólogo francés M. de Mortillet.

En dos puntos diversos han sido encontrados obras ó productos de los antropopitecos, á saber: por Bourgeois, en una formación caliza miocena en Thenay, departamento del Loir-et-Cher, y por Ribeiro en una formación de agua dulce, también miocena, en los alredodores de Lisboa.

Las épocas correspondientes á estas formaciones son bien distintas, y por eso se admiten en la actualidad dos especies de antropopitecos, el A. Bourgeoissii y el A. Ribeiroisii.

El examen de los utensilios de silex fabricados por estos seres muestra que ambos antropopitecos eran menores que el hombre actual y que el A. Ribeiroii, era un poco más fuerte y crecido que el Bourgeoissii.

De estos antropopitecos, pues, derivóse el hombre que á mediados de la edad terciaria apareció en la América del Sur, en las selvas brasileñas y peruanas, puesto que recientemente han sido hallados restos humanos en aquellas regiones, los cuales revelan que allí hubo seres de nuestra especie sobre terrenos que en el antiguo continente se ha creído hasta ahora habían precedido largos períodos geológicos á la existencia del hombre, sobre terrenos clasificados en la edad terciaria.

Viene en apoyo de esta tesis el ídolo encontrado en terrenos terciarios de América, y que hoy posee la condesa viuda de Guaqui, duquesa de Villahermosa.

Del Perú y del Brasil debieron salir tal vez, en la misma edad terciaria, ejércitos de hombres que dirigiéndose unos á la América Central, originaron las razas de esta región y

aun muchas primitivas de América, y encaminándose otros por la Atlántida al África, quizá fuesen los precursores de aquellas razas camíticas que poblaron la Berbería y la Península ibérica en los tiempos prehistóricos.

¿No parece enunciarlo así el cerebro braquicéfalo de estos pueblos, contrario al de las razas célticas, que era dolicocéfalo, y que muchos creen productos del ya extinguido continente lemuriano, y muy posteriores á la existencia de los pueblos braquicéfalos que poblaron á América?

Según esto, la raza ibérica y la egipcia, á quienes tanto deben la civilización y el progreso, tienen que reconocer como casa solariega los bosques seculares de la América del Sur.

CAPITULO IV

La prehistoria y las razas americanas.

Se ha visto en el anterior capítulo que el hombre existe en América desde mediados del período terciario, y desde esta época arranca el principio de la civilización americana.

En la América Septentrional como en la Meridional, se han extraído de terrenos cuaternarios, armas y utensilios de piedra, juntos con restos de animales cuyas especies se extinguieron hace siglos.

En los terrenos de aluvión depositados por el río Missisipí, sobre los cuales se levanta la ciudad de Nueva Orleans, ejecutóse hace años un corte en el terreno, con propósitos industriales, que puso al descubierto selvas formadas por árboles que há muchos siglos desaparecieron; y en una de las capas, entre los troncos de árboles y fragmentos de madera quemada yacía el esqueleto de un hombre cuya antigüedad fijó M. Bennet Dowler, en 57.600 años.

En 1857, el doctor Winslow envió á la Sociedad de Historia Natural de Boston, un cráneo encontrado en California á 60 metros de profundidad, con huesos fósiles de grandes animales desaparecidos.

También en California, y en las galerías mineras de Table Mountain, á 100 metros de profundidad, de los que más de 30 eran de lava se encontraron, en 1862, huesos fósiles de mas-

todonte y otros paquidermos, y con ellos un mortero de granito, un adorno de pizarra silícea, puntas de lanza de pedernales y una cuchara de esteatita.

Algunas minas de mercurio en California presentan huellas de explotación en siglos remotísimos; pues hay puntos en que las rocas se hundieron sepultando á los trabajadores, cuyos restos aparecen mezclados con sus útiles de piedra toscamente pulimentada.

En un conglomerado calizo que formaba parte de un arrecife de coral de la Florida, se hallaron huesos humanos que según cálculos de Agassiz, deben datar de 10.000 años.

En la América Meridional, un sabio dinamarqués, el doctor Lund, halló, en 1844, en cavernas de las inmediaciones de Lagoa Santa, provincia de Minas Geraes (Brasil), restos humanos fósiles, de muchos individuos, viejos y niños, confundidos con los de animales de razas desaparecidas.

En la formación pampeana de Mercedes, pocas leguas al O. de Buenos Aires y á unos tres metros de profundidad, se han encontrado restos humanos, asimismo asociados á piedras groseramente talladas y á especies de animales extinguidas. Parece ser que estos antiguos pobladores de la Pampa argentina construían sus habitaciones bajo la concha de una tortuga gigantesca, el *gliptodons elegans,* conocida sólo en el estado fósil.

Todo esto significa, en mi concepto, que aunque el hombre apareciese en la edad terciaria, no comenzó á civilizarse sino en la cuaternaria; pues lo anteriormente citado demuestra que la arqueología no ha encontrado en América vestigio de civilización, sino en los comienzos del período cuartenario, de donde arrancan los tiempos llamados antróficos, que comprenden desde la aparición del hombre en la superficie de la tierra, hasta los tiempos históricos.

Piette divide los tiempos antróficos en dos edades, agreste ó de la caza, y geórgica ó del cultivo.

La primera en dos períodos, el Basilítico ó de la piedra pesada, que se subdivide en dos épocas, la Aqueolítica y la Morteriana, y el Leptolítico ó de la piedra delgada, que también comprende dos épocas, la Salutránica y la Magdalénica.

La edad geórgica se divide en tres períodos, el Neolítico ó de la piedra nueva ó pulimentada, el Calcético, ó del bronce y el Protosidérico, ó del hierro primitivo.

En todas estas épocas, el hombre americano adelantó, mucho en su civilización, hasta el punto de que cuando en los demás continentes vivían los salvajes de la edad de piedra, ya la América se hallaba poblada por hombres que construían ciudades y monumentos grandiosos.

Prueba de ello son los mounds ó construcciones piramidales que se hallan en los Estados Unidos, los grandiosos palacios de Copán, de Palenque, de Tihuanuco y tantos otros, anteriores y muy anteriores á las pirámides de Egipto.

Ya he dicho, y creo que probado, que el hombre desciende del mono; pero las transformaciones que experimentara el organismo de éste hasta la aparición del sér racional, debieron efectuarse en distintos puntos del globo: primero en América y después en el continente lemuriano.

El hombre, pues, procede de un tronco común, sin diferencia de raza alguna, como lo prueban los distintos cruzamientos y la semejanza que existe entre los gustos, disposiciones y costumbres de los hombres de todas las razas. Demuéstralo el placer que encuentra en la danza, en la audición de la música y en pintarse y adornarse.

También son argumentos en pró de la teoría de la unidad de la raza, su mutua comprensión del lenguaje articulado, la expresión fisiognómica y los gritos inarticulados que excitan en los hombres todos, de una manera parecida, las diversas emociones.

La raza primitiva de América debió ser negra, pero su color se modificó con el tiempo y con las invasiones asiáticas y camíticas que allá en tiempos remotísimos, influyeron mucho en las condiciones antropológicas de las razas que á la llegada de Colón habitaban aquel vastísimo continente, así como en el grado de civilización que habían alcanzado. De ello me ocuparé en otro capítulo.

CAPÍTULO V

Invasiones asiáticas y camíticas en América, y razas que de ellas procedieron.

En el capítulo IV he sostenido que allá en edades alejadas de nuestros tiempos por millares de años, habitaba en América una raza civilizada, relativamente más civilizada que las de Europa en igual período, raza que era autóctona.

Fundado en las tradiciones, dice el sabio, sapientísimo americanista D. Francisco Pi y Margall, que si el hombre americano no había nacido en América, debía ser por lo menos tan antiguo en ella, como el europeo en Europa, y que hubo de vivir siglos y siglos en el mayor aislamiento.

Esto no es negar que hubiese invasiones del Oriente, pues tal asersión la afirma un detenido estudio de las costumbres, tradiciones, indumentaria, idiomas y artes de los antiguos americanos.

Pero estas invasiones fueron tan remotas, que si bien llevaron rudimentos de su civilización á las tierras americanas, debieron influir poco en la cultura de las sociedades que Colón encontró á su arribada á tan lejanos paises.

Yo creo, opinión que he dejado sentada ya en anteriores capítulos, que el hombre terciario de América, impulsado por su naturaleza eminentemente cosmopolita, dirigióse en busca de tierras desconocidas, escuchando sólo una miste-

riosa voz que constantemente le decía buscase nuevos climas, procurase goces y mejoramientos en su vida material y moral. Debió correr, pues, muchas selvas, atravesar infinito número de montañas, vadear ríos sin cuento y caminando así durante muchos años, llegar por la Atlántida al África, porque la raza que creó en ésta, que dió origen á los pueblos camíticos, era de cráneo braquicéfalo y de cráneo braquicéfalo era también el hombre terciario de los bosques del Perú y del Brasil.

Transcurrieron muchos, muchísimos años; aparecieron en Africa los pueblos camíticos, á mi modo de ver, como resultado de una civilización lejana, que en aquellas ardorosas y cálidas selvas echó los cimientos de los progresos egipcios y de los adelantos de la raza ibérica, puesto que ésta dimanaba de los cromagnon y bereberes, procedentes de la enunciada civilización, y que en los tiempos prehistóricos vinieron á poblar la península española.

En la edad de piedra, en los comienzos de los tiempos neolíticos, el cambio de clima determinó la huída del reno sacia el Norte, buscando temperaturas más frías, y entonces los cromagnon de España, y muchos de los bereberes del Africa, marcharon con el precitado animal, cuyos despojos constituían el principal alimento y medio de vida de aquellas razas.

En los países septentrionales, los cromagnon y bereberes, pueblos, como he dicho ya, de cráneo braquicéfalo, es decir, de cabeza ancha y corta, debieron confundirse con razas dolicocéfalas, ó de cabeza larga y angosta, que eran las que habitaban en Europa y en el Asia, como procedentes de aquellos hombres que aparecieron en la edad cuaternaria en el Continente lemuriano.

Esta mezcla de dolicocéfalos y braquicéfalos dió origen á pueblos nuevos, que, impulsados por su cosmopolitísmo, caminaron buscando tierras desconocidas, y de esta manera debieron llegar al Norte de Siberia y entrar por el entonces itsmo de Behering, en América.

En parte, confirma esta opinión mía el sabio Virchow.

«La raza roja ó americana—dice este gran arqueólogo—no es una raza autóctona, originaria de este continente; la

población primitiva de América, pertenece á razas de los otros continentes; los pieles rojas ó americanos del Norte, provienen de los esquimales; las poblaciones de las costas occidentales de América revelan la existencia de inmigraciones asiáticas; el cráneo particular de los peruanos induce á creer que proceden de los filipinos, ó quizá de la Indochina; las costas orientales parecen habían sido pobladas por inmigraciones de Europa y del Atlántico.»

Las razas que procedentes del Asia, entraron por Behering en América, encontraron, á no dudarlo, civilizaciones progresivas, hijas de la reflexión y de la facultad de abstraer de los descendientes del hombre terciario, que los fundadores de las razas camíticas dejaron en las selvas americanas al salir de ellas, miles de años antes, de la invasión en que me ocupo.

Los invasores dieron nuevos impulsos á aquellas civilizaciones que encontraron y tuvieron por fuerza que dejar impresas en ellas, las huellas de su origen oriental.

Las mujeres mejicanas vestían unas telas ceñidas al cuerpo y ajustadas á la cintura, y que sólo le cubrían hasta los tobillos; vestido análogo á los de las mujeres egipcias, según nos indican los monumentos faraónicos.

Los mismos mejicanos llevaban los cabellos largos, peinábanlos cuidadosamente, y los cubrían con una tela; tocados que recuerdan los de los egipcios.

Los monumentos que de las antiguas civilizaciones precolombinas quedan, no sólo confirman los datos anteriores, sino que señalan marcadas analogías, entre los monumentos egipcios, asirios, indos y etrurios.

En el palacio de Palenque f(América Central) existen unos nichos de albañilería cuya orma se asemeja á la de la letra T, ó más bien al *Thau* hebraico.

El friso del llamado *Templo de la Cruz*, de Palenque, está cubierto con figuras, entre las cuales hay una cabeza y dos tarsos que Stephens compara, por la perfección de formas, con las obras griegas.

En el interior de dicho *Templo de la Cruz* hay tres habitaciones, y en la del medio un altar que se parece á una caja abierta, adornada con un friso, en cuyos extremos se desple-

gan dos alas, que recuerdan un asunto muy usual en los monumentos egipcios.

La indumentaria de las estatuas del *Templo de la Cruz* de Palenque ofrece algunas semejanzas con la egipcia.

En las ruinas de Chichen-Itza (Yucatán) se ha encontrado la tumba de Chaac-Mol, reclinado en el suelo y con unas sandalias rectangulares, iguales á las que tienen las momias guanches de Canarias.

Existen muchos monumentos precolombinos en el Perú, que son anteriores á los Incas, los cuales consisten en túmulos funerarios, fortalezas y templos de carácter pesado, pero de un parecido artístico sumamente marcado con los monumentos asiáticos.

Las estatuas de las ruinas de la antigua ciudad de Tiaguanaco (Perú), asímismo anterior á los Incas, están talladas y pulimentadas con una perfección comparable á la de los granitos de los *pilones* egipcios.

La puerta de la llamada *Sala de Justicia*, de la misma ciudad de Tiaguanaco, es de jambajes monolitos y friso adornados con rostros humanos en relieve, muy semejante á las puertas egipcias.

Las formas de los vasos americanos se asemejan á los prehistóricos del antiguo continente, y aun á las formas modernas, ofreciendo interesantes analogías con los productos del arte egipcio, del fenicio, de los de los pueblos bárbaros del Norte de Europa, y del etrusco.

H. L. Seris, en su libro *Le Brésil pittoresque,* afirma que las tradiciones recogidas por los misioneros y los historiadores de la conquista enseñan, que cuando el almirante portugués Cabral llegó a la península austral del *Nuevo Mundo*, dos naciones, los tupis y los tapuyas, disputábanse las orillas del Atlántico. Los primeros, tribu de la inmensa familia de los guaranis, procedían del Sur y parecían representar á los verdaderos indígenas del suelo americano. Su tipo particular y la naturaleza de su idioma, hablan en pró de su prioridad etnográfica, como todavía lo comprueban los Bugres de Santa Catalina y de San Pablo, últimos vestigios de esta raza.

En cuanto á los tapuyas, representados por los Botocu-

dos que aun vagan en las montañas de Minas Geraes, recuerdan sensiblemente el tipo mongol.

César Cantú dice que los antiguos americanos *eran parientes del Egipto y de la India.* Acreditan esta opinión del ilustre historiador italiano las grandiosas ruinas de Palenque, Mitla y otras; los templos, murallas é ídolos mejicanos y peruanos, que tienen la grandeza de los monumentos y obras de arte asiáticos, y la cerámica de las *huacas* peruanas, que en sus formas y relieves es una copia del arte egipcio.

Diego Andrés Rocha, en el tomo I de su *Origen de los indios del Perú, Méjico, Santa Fe y Chile*, dice lo siguiente:

"La tercera opinión es de muchos doctores que dicen que estos indios descienden de los chinos y tártaros, como lo traen el Sr. Solorzano, el P. Torquemada y el P. Calancha, que se inclinan á esta opinión; y de verdad que consideradas las razones que por ella se pueden ponderar, y la conformidad y color de unos y otros indios, parece tener mucha probabilidad esta opinión.

„Lo primero, porque no hallo mucha diferencia, por los mapas, desde la China al reino de Annam, de donde pudieron venir los chinos por tierra al de Quivira, que es continente con Nueva España y Perú.

„Lo segundo, por el color, facciones y disposición de los cuerpos.

„Lo tercero, porque los chinos adoran al sol por Dios, y lo mismo hacen estos occidentales.

„Lo cuarto, porque los chinos tienen un dios por mayor que los otros, y lo mismo observan los indios de Nueva España y Perú; éstos, entre sus dioses, tenian uno por mejor y más grande, y le llamaban Viracocha, Pachayachachic, y aquellos de Nueva España ó Méjico, otro dios superior que nombraban Vitzilipuztli, como consta de lo que escribe el P. Fr. Gregorio García, lib. IV, cap. XXII.

„Parécense también en las ceremonias, como dice el citado Padre, y unos y otros indios, orientales y occidentales, usan de lavatorios en algunas fiestas, y que con esto juzgaban quedar sin pecados."

„Añade que chinos, mejicanos y peruanos contaban los meses por la luna, y que todos, en algún tiempo, contaron

sus historias por cordeles, nudos y ramales, sustituyendo esto en lugar de letras; y juntamente prueba cómo los chinos y mexicanos y éstos del Perú se sepultaban con sus criados, y que entraban en sus guacas y sepulcros mantenimientos y riquezas, y juzgaban que todo lo llevaban á la otra vida, donde los había de servir; y finalmente, prueba cómo los chinos tienen una ley peregrina, y es que no heredan los hijos á los padres, sino los sobrinos, y en algunas naciones de estos indios occidentales se observaba lo mismo, para lo cual se vale de la autoridad de Gomara en la primera parte, folios 17 y 41.

"Y todo lo dicho lo aplica el referido padre también á los tártaros, probando que guardan los mismos ritos y ceremonias que los chinos."

Menasseh Bén Israel, en su libro *Origen de los americanos ó esperanza de Israel,* obra escrita en Amsterdam en 1650, dice hablando acerca de este particular.

"Grande ha sido la variedad entre muchos y diversos escriptores, sobre la origen de los Americanos, ó primeros pobladores del nuevo Orbe, é Indias Occidentales: porque siendo de fé que todos quantos hombres y mugeres en el mundo uvo, y ay desde su exordio, traen su origen y proceden de aquellos solos dos principios de nuestros padres primeros, Adam y Hava; y por el consiguiente después del diluvio de Noeh y sus hijos, pareciéndoles que este nuevo orbe es totalmente diviso, y separado del viejo, y al mismo passo, hanse forzoso que los Indios se hayan passado allá, de una de las otras tres partes del mundo, Europa, Asia y África, empezaron á dudar que gentes fueron estos Indios y de que parte salieron. Y como la claridad y conocimiento destas cosas depende hasta de alguna antigua historia, parte de conjeturas del hábito, lengua y costumbres, y todo esso se observa differente entre varias naciones de la América, quedó por esta via más difficil el acierto. Y assi aun aquellos que con propias experiencias diligentemente investigaron las cosas de aquel orbe, no pudieron en esto conformarse. Unos dixeron que procedían de los Cartagineses, otros de los Fenicios ó Chenahaneos; otros de los Indios ó chinos; otros de los Noroegios; otros de la isla Atlántica; otros de los Tár-

taros; y aun otros de los diez Tribus: y todos ciertamente apoyan la opinión que siguen, no con demostracion alguna, más con muy ligeras y flacas conjecturas, llenas de difficultades, como se podrá ver en el progresso deste breve Tratado. Por lo qual, aviendo yo examinado con suma curiosidad todo aquello que hasta agora se tiene sobre esta materia escrito, no hallando cosa mas verissimil, ni mas consentanea á la razon, que la del maestro Montesinos, la supongo como más provable, mostrando que los primeros pobladores de América fueron parte de los diez Tribus; y que después los de Tartaria (en que más me afirmo), les siguieron y hizieron guerra: con que de nuevo se volvieron á ocultar detrás de las Cordilleras. Muestro juntamente, que assi como los diez Tribus fueron expulsos de sus tierras por diversas vezes, assí estan por diversas provincias dilatados, y que éstas son la América, Tartaria, China, Media, rio Sabático y Ethiopía.„

Algo indican los antecedentes que dejo apuntados; indican lo que al principio del capítulo señalaba: que las razas americanas que habitaban en aquel continente al llegar á él Colón y los marinos españoles sus heróicos compañeros, descendían de unos pueblos, que en los últimos tiempos de las edades prehistóricas ó primeros de las históricas, procedentes de una mezcla de las razas camítica y asiática, arribaron por el entonces istmo de Behering. Más bien supongo yo que el pueblo progenitor de los antiguos americanos era el mismo de donde se derivaron los tártaros y chinos, confundidos y mezclados con tribus africanas, hijas de aquella raza famosa, madre de la civilización en el Viejo Continente, de donde procedieron bereberes y egipcios.

Vienen á confirmar, en mi concepto, tal suposición, las marcadas semejanzas que entre americanos, asiáticos y africanos muestran, sus respectivas civilizaciones.

Por lo demás, que los indios americanos dimanaban de un tronco comun lo prueba el ilustre matemático y marino español D. Antonio de Ulloa, en su interesante libro *Noticias Americanas*, escrito en 1772.

En dicho libro, y en su capítulo XVII, página 308, se lee: "Visto un indio de qualquier Región, se puede decir que se han visto todos, en quanto al color y contextura: pero en

quanto á corpulencia no es así, variando segun los parages. Los de la tierra *Alta* del Perú son de mediana estatura; los de la *baxa* la tienen algo mayor, aunque la diferencia es poca. No así los de las partes *Meridionales* desde los 36 grados para el *Sur*, ni los de los Cayos en la parte de la *Florida* ni los de la parte *Septentrional* desde los 30 grados para el *Norte*, en quanto hay conocido por el *Misisipi*, el *Canadá*, y ácia la parte de la *Nueva España*, que son de estatura alta, bien hechos y fornidos, cuya diferencia no puede atribuirse ni al frio, ni al calor, mediante que en el *Perú* hay de uno y de otro, en tanto grado como en los Paises de mucha latitud, ó en los que no la tienen. Poco menos que con el color sucede por lo tocante á usos y costumbres, al caracter, genio, inclinaciones y propiedades, reparándose en algunas cosas tanta igualdad como si los territorios más distantes fuesen uno mismo. Todas las naciones de Indios han gustado mucho de pintarse los cuerpos de colorado, buscando para ello las tierras que dan este color; y la Mina de *Guancavelica* no tenía otro uso entre los del *Perú*, que servirse del cinabrio para este fin: los de las *Luisiana*, del *Canadá*, y los mas remotos ácia el *Norte*, propenden á pintarse con extremo y no hay mejor mercancía para ellos que el *Bermellon*.„

En la pág. 311 del mismo capítitulo dice Ulloa: "Las *indias* reducidas de toda la *América Meridional* usan lo que llaman el *urcu*, que significa el cerro, y estirarse el cabello desde la mitad de la cabeza, sobre la frente, y cortarlo todo alrededor, desde las orejas por encima de los ojos, tapando con él la frente y cejas. Esto mismo practican las del *Norte;* unas y otras atan el pelo atrás, haciendo coleta, y son tan iguales en ello, como si se hubiesen modelado las unas por las otras. Esta uniformidad hace ver venirles la moda desde la primera raza en que empezaron á esparcirse poa aquella inmensidad de paises.„

Más adelante, en el capítulo XVIII, páginas 324 y 25, dice Ulloa: "Es costumbre de ciertas naciones de *indios del Perú* abrirse las orejas todo alrededor por el pliegue más exterior, para hacerlas mayores, teniendo esto por galanura, lo qual se conserva ácia las partes del *Marañón*, en las que por alusión los llaman *Orejones:* otros acostumbran hacerse

agujeros en las ternillas de las narices, en los labios y en la barba, para poner en ellos unas varitas delgadas, como de una quarta de largo, al modo de las púas del *puerco-espín*, Esto mismo practican las naciones generalmente del *Norte*, y así están conformes en ello unos y otros, no dexando duda de haberse conservado en ellos estos usos desde los primeros pobladores de aquel Mundo, y que su antigüedad viene de los más remotos tiempos. Lo notable en este particular es, que guardando tanta uniformidad las naciones que habitan aquel *Nuevo Mundo*, á tan grandes distancias las unas de las otras, no se encuentra igual semejanza con los pueblos de las otras partes del Mundo antiguo, cuya circunstancia induce á concluir que desde los primeros hombres que se repartieron por aquellas tierras han conservado los usos y costumbres sin variación y que los que tienen son coetános á su población.„

En el capítulo XXI, páginas 381 y 382, sigue diciendo el ilustre marino: "Esta generalidad de cosas que se ve entre los *indios*, iguales á las que fueron comunes á las gentes de las demás partes, persuade á que los que pasaron á ser pobladores de aquellas tierras no eran en corto número; porque para mantener las especies de muchos asientos se necesitaba que hubiese pueblo formal de gentes que los observasen. Los antiguos *persas*, griegos y las demás naciones *orientales*, yendo á la guerra, tomaban figuras particulares para animar el valor y aterrorizar al enemigo: se vestían ó se pintaban de *serpientes*, de *leones*, de *tigres*, y de otros animales feroces, y se cubrían el rostro con máscaras que les desfiguraban. Esto mismo han practicado los *indios* y practican todavía las *naciones* que subsisten en libertad. El uso de las plumas de los *pájaros* para engalanarse, puestas en forma de penachos ó garzotas en las cabezas, en los brazos, y en las piernas en forma de brazaletes, el de los carcases de flechas y de arcos engalanados para defenderlos, el de las lanzas para tirarse á la mano, y todo lo demás que se ha referido, no dexa duda en que salieron de un mismo origen las primeras razas.

„El cubrirse por las espaldas con pieles de animales, es otra costumbre común, engalanándolas con pinturas, y así

miradas con cuidado las cosas de los *indios* y las de los pueblos antiguos, se hallan muy conformes, tanto quanto son diversas y disonantes de los modernos.„

No me cansaré, pues, de repetirlo: todos cuantos antecedentes acerca del origen de los americanos se han examinado en este capítulo, demuestran una cosa, y es, que los pueblos primitivos que con los indígenas del hombre terciario diéron nacimiento á las razas de indios que encontraron Hernán Cortés, Pizarro, Almagro, Alvarado, Ponce de León, Valdivia, Solís, y otros valientes españoles, eran aquellos magdalenios ó cromagnon que, procedentes de Africa, emigraron á las comarcas septentrionales allá en los comienzos de la edad neolítica, y mezclándose con los pueblos amarillos del Asia, pasaron al itsmo de Behering, siempre en busca de ese más allá de bienestar y de progreso que una voz secreta y misteriosa, emanada de lo más íntimo de la conciencia humana, indica á los individuos de nuestra especie.

Estos pueblos, esta confusión de razas, hallaron civilizaciones que, como las de Copan en la América Central, quizá fuese más progresiva que la por ellos importada. Mezcláronse con los descendientes de aquellos que, en remotas edades no quisieron seguir á los que por la Atlántida se internaron en las selvas africanas; pero esta mezcla no se efectuó en todas las regiones del Nuevo Mundo; hubo tribus tan amantes de su libertad y de sus individuales fueros, que considerando la presencia de aquellos hombres orientales, en sus bosques, como la señal de la desaparición del sol de su independencia y de su autonomía, opusieron una resistencia feroz á tal invasión.

Aquellas vírgenes florestas que encontraron los guerreros españoles, debieron ser testigos de estos sangrientos combates entre ambas razas, la primitiva y la invasora. En unos sitios, triunfó ésta; pero en el Sur, en los bosques de las orillas del Plata, del Paraguay y del Brasil, dominaron siempre los guaranis y los tupis, descendientes del hombre terciario americano.

Lindando con los mencionados tupis, habitaban en el Brasil los tapuyas, cuyo tipo, marcadamente mongol, denotaba un origen asiático, distinto, muy distinto de sus vecinos los

tupis y demás guaranis. De ambas razas, la invasora asiática-camítica y la genuinamente americana, descendían aquellos pueblos de *indios*. que en los siglos XV, XVI y XVII midieron sus armas con las de los heroicos, aunque muchas veces crueles soldados españoles.

Estos pueblos, estas razas, dividíanse en cuatro grandes grupos: los de la América del Norte, los de la Central, los de la del Sur y los de las islas Antillanas, que por comoleto han desaparecido, y de los cuales me ocuparé con extensión en la parte segunda.

Las razas indígenas de la América del Norte se dividían también en cuatro grandes grupos: los esquimales, de raza ugro-mongola; los pieles rojas, las tribus de California y del Oregón, de color cobrizo, y los mejicanos, de color amarillo acentuado obscuro.

Los esquimales habitaban en la Groenlandia, en el Norte del Labrador y de la Nueva Bretaña, en las tierras árticas más meridionales y en el litoral Norte de lo que fué America rusa. Á este grupo pertenecen los koloches de la costa Noroeste, cerca del Fraser, los aleutas, de las islas aleutianas, y los athabascas, de la cuenca del Mackenzie.

Los pieles rojas hallábanse en algunas regiones del Canadá y en los territorios de los Estados Unidos situados al O. del Misisipí. Los principales pueblos ó naciones eran los algonquinos, en el Canadá; los iroqueses, en el Canadá, en Nueva York y en el territorio indio; los chipeguays, en el Canadá y en el Wiscousin; los menomonios, en el Wisconsin Central; los dakotas, en el territorio de este nombre, y los utagamis ó zorros, los omahás, arrapahoes, kansas, osagas, semínolas, chactas y comanches.

Las tribus del Oregón y de la California eran pieles rojas mezclados con ugro-mongoles.

Finalmente, al grupo de los mejicanos correspondían los apaches, aztecas, mayas, coras y tarascas.

Los indios de la América Central eran descendientes de los mayas, que fueron sometidos por los toltecas doscientos setenta y nueve años antes de Jesucristo El idioma maya tenía gran analogía con el tonkinés, el algonquino, el finés y con diversos idiomas comunes á la Siberia. Los pueblos de

Centro América más notables fueron los cocomas, olmecas, xicalancas, toltecas, chichimecas, aztecas, tutulxios, cheles, itzaes, chiapanecas, izendales, quelenes ó zotziles, mames, pocomames, quichés y cakchiquéles.

Las razas indígenas de la América del Sur se fraccionaban en tres grupos: ando-peruano, caribe ó brasileño-guaraní y pampas.

Al grupo ando-peruano pertenecían los muyscas ó chibchas, quechuas, aymaras, aucas ó araucanos y fueguinos.

Al caribe, los guaranis, botocudos y caribes.

Y, por último, al de los pampas, los majos, chiquitos, puelches, charruas, tehuelches ó patagones, y chimus.

Así se dividían los indios americanos, de cuyo estado de civilización y de cultura me voy á ocupar en los capítulos que aún restan de la parte primera.

CAPÍTULO VI

Lenguas americanas.

Ya expresé en la *Introducción* mi punto de vista acerca del origen de los idiomas.

En América, pues, debieron nacer los primeros esfuerzos del hombre por crearse un idioma, puesto que, como se ha visto en este vastísimo continente, en sus selvas verificóse primero que en parte alguna la transformación del antropopiteco en el primate más perfeccionado que se llama hombre.

Y esto no es sólo una suposición lógica, consecuencia del hecho real de que el hombre apareciese en América primero que en continente alguno, no; la idea de que los orígenes del lenguaje dimanan y provienen de las tierras americanas, nace del estudio de aquellos idiomas mismos.

En capítulos anteriores he hecho notar que los guaranis y otros indios del Mediodía de América eran los genuinos descendientes de los primeros hombres que en la edad terciaria aparecieron en las selvas del Perú y del Brasil. Como dichos indios, descendían también del hombre terciario, los Collas, Huancas, Huaras, Huamachucos, Cajamarcos, Huancabambas, Ayabacas, Huacrachucos, Chachapoyas y Panos, pueblos todos ellos creadores de la gran nación quechua.

Pues bien: un ligero estudio de la lengua de esta nación demuestra que es, si no la genuinamente primitiva, la que

más se acerca á la pronunciación de los niños; y conste que el Quechua es muy parecido al lenguaje de todos los pueblos autoctonos de la América del Sur.

En el quechua existe una frase, entre otras varias, que es la primera que pronuncian los niños de todos los países y razas, cuando sus nacientes inteligencias quieren domar y regular los sonidos guturales de sus gargantas. Esta frase es *apa*, que es la primera del verbo *apani, apanqui,* traer, cuyo imperativo es *apamui*; y si se repara bien cuando los niños la pronuncian, es para que se les entregue algún objeto que desean y señalan con las manos. Comúnmente no se les hace caso, las más de las veces porque no se les entiende; pero entre los *indios*, dice Ulloa en sus *Noticias americanas*, se conoce esta alusión de los párvulos y cuidan de darles lo que señalan. *Apachy* es el imperativo de remitir ó enviar, y *apary* el de tomar ó llevar; y así, para pedir, para enviar y llevar empiezan estos verbos del quechua con las dos sílabas *apa*.

La voz *mama*, que en todos los idiomas es asimismo de las primeras, es la que propiamente significa madre entre los quechuas; y así, aunque en todos los pueblos empiezan los niños á prorrumpir la voz *mama* para indicar á la madre, después varían el lenguaje natural, conservándolo solo en su ser y primitivo estado los indios quechuas, cuyo idioma, como ya he dicho, es muy parecido á los de los pueblos autóctonos ó naciones primitivas de la América del Sur.

Las lenguas del continente americano indican, que allí, en sus bosques, en aquellas seculares selvas de cuyo majestuoso aspecto fueron testigos los compañeros de Pizarro, Solís - Valdivia, Almagro y otros, debieron oirse los primeros balbuceos, los primeros esfuerzos guturales de los hijos y de los nietos de los antropopitecos, para crear una serie de sonidos articulados con que poder expresarse entre sí y entenderse, base y fundamento de la vida social, cosa que tanto necesita y reclama el organismo humano.

El estudio de las lenguas americanas también nos indica que allá, en remotas edades, fueron invadidas las tierras americanas por pueblos originarios de otros continentes.

Las lenguas de la familia quicho-maya, propias del Sur de

Méjico, de muchas naciones de la América Central y de la mayor parte de las Antillas, tienen gran analogía con el tonquinés, el algonquino, el finés y diversos idiomas comunes á la Siberia, vastísima región asiática.

Por lo demás, las lenguas americanas se dividen en seis familias, que comprenden gran número de idiomas y dialectos. Estas familias son: el idioma de los esquimales, cuyo dialecto más conocido es el groenlandés; las lenguas de la América del Norte, kenai, altrapaska, algonquina, iroquesa, dacotah, apalache y arrapako; las mejicanas y del Centro América, nahualt, otomi, maya y quiché; las lenguas andoparinas y ando-peruanas, habladas en el N. y O. de la América Meridional, Caribe, Quechua y Aymara; los idiomas guaraníes propios de los países situados entre los Andes, el Atlántico, el Orinoco y el Plata; y, finalmente, el araucano é idiomas de la Patagonia, archipiélago de Magallanes y Tierra del Fuego, puelche, tehuel, etc.

Con estos idiomas escribieron los indios americanos páginas de gloria en los anales de la civilización humana, porque el idioma es la base, el instrumento más apropiado de educación y de cultura.

CAPÍTULO VII

Origen y primer estado de la ciencia en América.

El hombre, dice Condorcet, nace con la facultad de recibir sensaciones, de percibir y distinguir las sensaciones simples de las compuestas; retener, reconocer y combinar; comparar entre sí las combinaciones. Desarrollóse esta facultad en el hombre por la acción de las cosas exteriores, es decir, por la frecuencia de ciertas sensaciones compuestas, cuya constancia, ya en su identidad, ya en las leyes de sus modificaciones ó cambios, es independiente de su voluntad. Las sensaciones van acompañadas de dolor, y el hombre goza de la facultad de transformar esas impresiones momentáneas en sentimientos de presente ó en sensaciones de pasado. Esta facultad, unida á la de formar y combinar ideas que nacen entre él y sus semejantes, dan origen á la historia de la humanidad, ó sea á la historia de la ciencia.

La ley de la necesidad enseñó al hombre una cosa que sus antepasados los monos no tenían; le enseñó á hacer ciencia, porque ciencia no es más que lo que se debe hacer para saber lo contrario del arte, que es aquello que se debe saber para hacer.

Los animales, aun los más inferiores, saben hacer, saben buscar sus alimentos más apropiados; saben construir viviendas para guarecer al fruto de sus amores; saben encon-

trar los elementos necesarios para neutralizar los agentes químicos que en su organismo se forman, porque las enfermedades no son otra cosa sino reacciones químicas más ó menos complicadas; saben, en fin, hacer lo que necesitan para satisfacer todas, absolutamente todas sus necesidades orgánicas, pero no saben generalizar y abstraer; es ésta una facultad psicológica propia del organismo humano; pueden observar y comparar operaciones de la inteligencia animal, necesarias para saber hacer; son artistas, no son científicos; la ciencia es hija predilecta de la abstracción y ésta es sólo patrimonio de cerebros perfectamente organizados, del cerebro del hombre.

Por eso la ciencia nació el día en que el tiempo y las leyes mismas que presiden á las transformaciones de los organismos, hubo transformado el antropopiteco en hombre. Entonces, debieron los habitantes todos de los bosques cargarse de esa tristeza, pariente cercana de la envidia y precursora de la separación de aquellos seres que han sido compañeros nuestros, que han compartido con nosotros la miseria y la fatiga, la escasez y la abundancia, y á quien la suerte ha llamado á mejores destinos; el hombre se alejaba de la miserable condición de sus antepasados; la facultad de generalizar y de abstraer, le separaba de las selvas y le aproximaba al templo de la perfección y del progreso por el amplio sendero que resulta, de la acción combinada, del arte y de la ciencia. Acerca del origen de la ciencia, dice el famoso naturalista francés Jorge Cuvier, lo siguiente:

"Arrojado débil y desnudo en la superficie del globo, parecía el hombre haber sido creado para una destrucción inevitable; los males le asediaban por do quiera; los remedios le quedaban ocultos, pero había recibido el genio para descubrirlos.

„Los primeros salvajes cogieron en las selvas algunas frutas alimenticias y raíces saludables, y con ellas satisfacieron sus más apremiantes necesidades; habiendo notado los primeros pastores que los astros siguen una marcha fija, sirviéronse de éstos para dirigir sus correrías al través de las llanuras del desierto: tal fué el origen de las ciencias matemáticas y de las ciencias físicas.

„Seguro desde entonces de que podía combatir á la naturaleza con sus propias armas, no descansa ya el genio que, espiándola sin cesar, hizo continuamente sobre ellas nuevas conquistas, marcadas todas por alguna mejora en el estado de los pueblos.„

La facultad genuinamente humana de generalizar y de abstraer, unida á la necesidad, dió nacimiento á la ciencia de los números, ó sea á la Aritmética; la necesidad de navegar para buscar mejores condiciones de vida, motivó el nacimiento de la Geometría, y la necesidad de buscar habitación hizo que naciese la Mecánica.

El dolor, ó sea la enfermedad, originó las investigaciones médicas, hasta el punto de que en América como en Asiria había la costumbre de exponer los enfermos en los caminos para que los viesen los transeuntes, con el fin de averiguar si alguno había padecido enfermedad semejante y preguntarle el remedio para su curación.

La ley de la necesidad ha sido el principio educador del hombre, y la ciencia nació por empirismo, por inspiraciones sucesivas, porque siendo por naturaleza el hombre inteligente la contemplación de los productos de las artes, y sobre todo la ya mencionada ley de la necesidad, que dió nacimiento á las mismas artes, le sugirieron ciertas concepciones teóricas que fueron los principios rudimentarios de la ciencia.

La guerra, ley fatal de la humanidad, dió nacimiento á la Metalurgia, que, en unión de la superstición, fueron las madres de la Física y de la Química.

El dolor, la ignorancia y la superstición: he aquí las tres piedras fundamentales sobre que descansa el edificio de la ciencia.

Por la superstición, comenzó elhombre á estudiar las leyes á que obedecen los cuerpos celestes, porque creíase en aquella época que existía una muy estrecha relación entre los movimientos de los astros y los sucesos de la vida humana, y por el dolor descubriose la Medicina.

Este mismo proceso siguió el desarrollo de la ciencia en América, porque son unas mismas las leyes sociológicas que impulsan y determinan la civilización en todas las razas.

El hombre primitivo americano, en vez del silex, empleaba el granito, la sienita, el jade, el pórfido, el cuarzo y sobretodo la obsidiana, roca vidriosa muy abundante en Méjico y en otros lugares de América.

Fragmentos de esta roca, hábilmente partidos por la percusión, servíanle para cortar.

Cuchillos cortantes como navajas, puntas de flechas y de lanzas, arpones y anzuelos para la pesca, objetos de tocador y de adorno y fragmentos de alfarería evidentemente prehistóricos, han sido encontrados en Méjico y en otros países del continente americano.

Se han recogido también perlas de obsidiana, destinadas á ser suspendidas de los labios, perlas verdaderas, dientes y conchas taladrados para collares, botones cincelados en tierra cocida ó secada al sol, y espejos redondos de pirita.

En diferentes partes del suelo americano se hallan ruinas monumentales de construcciones gigantescas, á las que no es posible asignar edad probable sino fijándola en millares de años.

La ornamentación de los diferentes monolitos y demás figuras labradas que se encuentran en Copán, ciudad una de las primeras construídas por la primitiva civilización americana, revela ante todo mucha paciencia y exquisito buen gusto por parte de los artífices, y la arquitectura general del circo, admirable por su grandiosidad y por el inmenso trabajo que supone, da á conocer que los que hicieron esta obra conocieron los primeros principios de la Geometría y de la Mecánica.

Los chichimecas recurrían para curar sus enfermedades á los baños de vapor y al uso de algunas hierbas.

Los charruas del Uruguay curaban las enfermedades con hierbas, de las que algunas conservan hoy los nombres que ellos les dieron, como el guaycurú, isipo y otras; pero su principal sistema de curación consistía en chupar fuertemente en el estómago del enfermo, como queriendo producir una especie de ventosa por donde saliese el mal.

Este sistema de curación, que indica algun conocimiento en la Medicina, pues mediante la succión hacían salir la malignidad de que estaba cargada la sangre, por los poros de la

piel, era muy usado asimismo, por muchos pueblos de la América del Sur.

Oviedo dice hablando de los buhites ó sacerdotes de los indios de Haití ó Santo Domingo, que "por la mayor parte eran grandes hervolarios é tenian conoscidas las propiedades de muchos árboles, é plantas, é hiervas; é como sanaban á muchos con tal arte, teníanlos en gran veneracion y acatamiento como á Santos.„

En el vasto imperio de los Motezumas tambien había grandes médicos, y sobre todo cirujanos. Los médicos tlascaltecas curaron de una manera rápida al gran Cortés, de las heridas que recibiera en la famosa batalla de Otumba.

El ilustre doctor norteamericano Le Plongeon, que ha estudiado las ruinas del célebre castillo de Chichen-Itza, en el Yucatán, dice que los arquitectos de tan colosal obra hicieron uso de la medida métrica en sus divisiones.

Los indígenas del estrecho de Magallanes y de la tierra del Fuego, los tekicas, que son tenidos por los más estúpidos de la raza americana precolombina, construían sus canoas con la corteza de una especie de pino, no excediendo su espesor de una pulgada.

Componíanse las precitadas canoas de tres piezas, formando la de en medio la quilla, roda, codaste y plan de ella, y las otras dos los costados.

Admirable era la industria con que pelaban estos árboles, no teniendo para este efecto más instrumentos que un pedernal algo puntiagudo, con que hacían unas cortaduras é incisiones circulares en los dos extremos del tronco, y después para unirlos, una de alto á bajo.

A fuerza de paciencia y maña, iban sacando en una pieza la cáscara de todo el tronco, del largo que había de tener la canoa, que en algunas, de un extremo á otro, era de 30 á 32 pies, incluyendo la forma curva que tenía la pieza de en medio, que es la que formaba la proa y la popa; el largo de estas embarcaciones era de 24 á 26 pies, su manga de 4, y de 2 á 3 su puntal.

A fin de que la corteza adquiriese la forma curva y la figura competente, perdiendo la que la Naturaleza le había dado, sujetaban los extremos á dos montones de piedra, co-

locados por la parte exterior. Dejábanla en esta forma dos ó tres días para que se fuese secando y quedase apta para la construcción. Después colocaban casi perpendicularmente á la pieza de en medio, las otras dos que servían de costado, uniéndolas con unas costuras de junco seco y rellenándolas de paja y lodo, á fin de impedir en lo posible la introducción del agua.

Daban consistencia á los costados poniendo en todo lo largo de la canoa unos palos en forma de arco de pipa, bien unidos unos con otros, con lo cual adoptaban la figura de una semi elipsoide, y formaban la regala de ambos costados con dos palos gruesos bien unidos, en cuya regala afirmaban los arcos que servían de barengas, uniendo el todo con costuras y amarras de junco seco, y de trecho en trecho colocaban también unos palitos transversales que hacían el oficio de vaos.

En este estado la canoa, revestíanla en lo interior con tiras de la misma corteza, tiras de un pie de ancho, cuyos extremos quedaban adheridos á la regala.

Hacían adquirir á dichas tiras la forma curva calentándolas al fuego, y ya secas, aplicábanlas con facilidad al paraje conveniente.

Además de esto, formaban una especie de emparrado desde la cuarta parte de popa y proa, suspendido del fondo como de medio pie, lo cual servía de cubierta, dejando un espacio vacío por la mitad para achicar el agua.

Consistía el emparrado en unos palos puestos á lo largo, que descansaban en otros transversales.

Así era la construcción de las embarcaciones de los tekicas y demás indios fueguinos, que á pesar de no estar bien trabajadas, no dejaba de costarles mucho tiempo y no poca fatiga, á causa de la falta de instrumentos apropiados á semejantes obras, indicadoras de un pueblo iniciado en las ciencias geométricas, base y fundamento de la construcción naval.

Se me argüirá sin duda, que la descripción que he hecho de la manera que los fueguinos tenían de construir sus canoas, indica más bien arte que ciencia; pero no se debe olvidar que para llegar á semejante estado en la construcción

naval, han debido practicar las facultades de abstracción, y, por lo tanto, han tenido que adquirir conocimiento de lo que se debe hacer para saber qué es lo que constituye, como ya se ha dicho, la base sobre que descansa el edificio de la ciencia.

Los americanos conocieron asimismo el fuego, y hacían uso de él.

Oviedo, en el capítulo V, del libro VI, de su *Historia de las Indias*, se expresa así: "Esta manera de encender fuego los indios, parecerá cosa nueva en muchas partes, y no poco de maravillar á los que no lo han visto; y es en todas las Indias tan comun, quanto es razon é necesario que sea comunicable el fuego, para la vida humana é servicio de las gentes; y esto hácenlo los indios desta manera. Toman un palo tan luengo como dos palos ó mas, segund cada uno quiere, y tan grueso como el más delgado dedo de la mano, ó como el grosor de una saeta, muy bien labrado é liso, de una buena madera fuerte, que ya ellos tienen conoscida para esto: é donde se paran á cómer ó á cenar, é quieren hacer lumbre, toman dos palos secos de los más livianos que hallan, é juntos estos dos palillos ligeros, é muy juntos é apretados el uno al otro, ponenlos tendidos en tierra, y entre medias destos dos, y en la juntura dellos, ponen de punta el otro palo recio que dixe primero é entre las palmas, torciendole ó frotando muy continuadamente; é como la punta ó extremo baxo está ludinido á la redonda, en los dos palos baxos que están tendidos en tierra, enciéndelos en poco espacio de tiempo y desta manera hacen fuego."

Los indios americanos tuvieron por fuerza que poner al servicio de los fenómenos naturales su facultad de abstracción, merced á la cual arrancaron á la Naturaleza el secreto de la formación del fuego, para aplicarlo á los usos de la vida.

En agricultura no dejaban ciertamente de estar bastante adelantados; conocían el uso de los abonos, y todas ó la mayor parte de las operaciones agrícolas.

El mismo Oviedo dice, en el cap. I, del libro VII de la *Historia de las Indias*, hablando de la manera de sembrar en las islas Antillas y en parte de tierra firme: "Quiero decir

que estos indios, aunque inoren tales preceptos, la natura les enseña lo que convíene en este caso, y también la necesidad que hay de desocupar la tierra de los árboles é cañaverales é plantas que de sí misma produce para que los indios puedan sembrar é hacer sus simenteras; y siempre quando han de sembrar es al principio de la luna, porque tienen por opinión que, assí como ella va cresciendo, assi lo hace la cosa sembrada. E quando han de poner en efeto el desparcir de la simiente, quedando la tierra rasa, pónense cinco ó seis indios (ó más ó menos segund la posibilidad del labrador), uno desviado del otro un passo, en alas puestos, y con sendos palos ó macanas en las manos, y dan un golpe en tierra con aquel palo de punta, é menéanle porque abra algo más la tierra y sacanle luego, y en aquel agujero que hizo echan con la otra mano siniestra quatro ó cinco granos de mahiz que sacan de una taleguilla que llevan ceñida ó colgada al cuello de traves, como tabelí, é con el pie cierran luego el hoyo con los granos, porque los papagayos y otras aves no los coman, é luego dan otro passo adelante é hacen lo mesmo.»

Acostumbraban echar el grano en remojo tres días antes de sembrarlo, lo cual indica que llegaron á vislumbrar algo de los principios de la germinación, que no es otra cosa sino una especie de fermentación que la fécula experimenta, fermentación causada por una materia azoada que se llama diastasa, la que, transformando la fécula en dextrina y en glucosa, prepara el alimento para el gérmen de la nueva planta que en forma de plumula ó gemula y rejo existe en la semilla. El agua, por lo tanto, la humedad despierta lo que en términos generales se llama facultad germinativa de la simiente, y que consiste en dar lugar á la formación de reacciones químicas, las cuales determinan el nacimiento de la diastasa, á su vez originadora de la fermentación enunciada.

Oviedo sigue diciendo, hablando del cultivo del maíz, una de las plantas más cultivadas por los americanos anteriores á la conquista: "Y para que su labor se haga mejor, siembran en tiempos que por haber llovido está la tierra de forma que el palo que sirve en lugar de reja pueda entrar tres ó cuatro dedos debaxo de tierra con pequeño golpe."

"Assí como el mahiz va cresciendo—dice más adelante tan ilustre historiador de las Indias—tienen cuidado de lo deshervar, hasta que esté tan alto que el mahiz señoree la hierva, y quando está bien crescido, es menester ponerle guarda, en lo qual los indios ocupan los muchachos, y á este respecto los hacen estar encima de los árboles y de andamios que los hacen de madera é cañas cubiertos como ramadas, por el sol ó el agua é á estos andamios llaman *barbacoas*, é desde la barbacoa están continuamente dando voces, oxeando los papagayos é otras aves, que vienen á comer los mahizales."

Se ve, pues, que los antiguos americanos tuvieron conocimientos, aunque rudimentarios, de Fisiología vegetal, puesto que llegaron á comprender que las plantas crecen y se desarrollan á causa de las substancias que absorben por la raíz, del terreno; substancias que se transforman en elementos de vida en el tallo y en las hojas, puesto que arrancaban las hierbas que nacían entre el maíz á fin de que no pudiesen vivir á expensas de los jugos nutritivos necesarios para aquél.

Los indios americanos conocieron además, antes que Appert y Fastier, que el aire constituye un elemento de putrefacción, y trataron de evitarla.

Oviedo, en el capítulo XXVII del libro VI, dice: "Este depossito ó nueva lección me paresce, pues, una cosa no oyda ni vista antes, ni escripta de otra provincia alguna, de la forma que en la costa de Saint Miguel, en la nueva Castilla, los indios adoban el pescado é lo hacen cecial, sin le echar sal, y es desta manera: Abren el pescado é cavan en tierra, hasta un palmo en hondo, é cúbrenlo allí de tierra é está assí enterrado cinco ó seis días, é acabo dellos sácanlo curado, é sale mejor quel muy buen pescado cecial de Galicia ó Irlanda, é tan enxuto; é se tiene despues assi todo el tiempo que quieren. Esto se hace en donde he dicho, en la qual tierra nunca llueve; é á donde adoban é curan el pescado, como está dicho, es apartado de la costa de la mar cinquenta passos más ó menos."

De presumir es que entre los antiguos americanos hubo genios superiores que vislumbraron algo de la asombrosa

teoría transformista, tan perfeccionada por Carlos Darwin, como lo demuestran los siguien.es antecedentes:

En algunos monumentos de Copán se ven filas de cabezas, algunas muy naturalistas, y entre ellas unas calaveras y algunas cabezas de monos.

En Chimu (Perú), hay un palacio que comprende una serie irregular de construcciones de adobes, elevadas sobre un mundo de terrazas sucesivas; los muros están ricamente adornados con relieves de estuco, cuya ornamentación recuerda la de Mitla. En dicha ornamentación hay relieves con figuras, en las cuales se ha creído ver representaciones de monos, llevando sobre su cabeza una especie de media luna, símbolo, al parecer, que se encuentra con alguna frecuencia en los vasos de barro y de metal de los chimus.

Los panos, tribu peruana situada en las orillas del río Ucayalt, dedicábanse mucho al estudio de la Naturaleza, y sostenían firmemente que de las fieras de los bosques había salido el hombre.

¿Qué significan estos hechos, sino que los antiguos americanos vislumbraron, cientos de años antes que viviera el ilustre Darwin, algo de la racional doctrina que éste con tantos y tan fuertes argumentos científicos sustenta?

La industria que resulta del esfuerzo de la inteligencia del hombre puesta á tributo de sus necesidades, también tuvo cultivadores, y cultivadores inteligentes, entre los pueblos de América, anteriores á la llegada del inmortal Colón á aquel Continente.

Los peruanos domesticaron el llama y lo dedicaron á los transportes, utilizando también su vellón y el de los alpacas, vicuñas y huanacos.

Las industrias más generalizadas eran el curtido y aprovechamiento de pieles, las obras de plumas entre aztecas y mayas, los tejidos de lana en el Perú, los mantos de pelo de conejo en Méjico; las vajillas, las obras de madera y las armas de piedra.

Todas las razas americanas eran mineras: beneficiaban el oro, la plata, el estaño y el cinabrio.

Los monumentos de Méjico y del Yucatán nos dan á co-

nocer que los trajes eran de telas rayadas de uno ó de varios colores.

También acostumbraban á engalanarse con brazaletes de ricas pedrerías, pendientes, sortijas cinceladas y otras joyas artísticas ó valiosas.

Los calzados de mayas y aztecas consistían en hojas de áloe, sujetas bajo el pie por medio de correas.

Los artífices de Méjico y de Cholullan esmaltaban admirablemente y tallaban las piedras duras y las piedras preciosas con arte sin igual, por medio de instrumentos que hoy desconocemos, siendo de admirar más, sabiendo que el hierro era desconocido entre los antiguos americanos. Una de las industrias en que más se distinguieron los primitivos americanos, fué en el tejido Como no conocían ni la lana, ni la seda ordinaria, suplían la primera con algodón, la segunda con pluma y pelo de liebre ó de conejo. En las telas americanas había dos clases: unas en que las figuras de colores están formadas con el tejido, y otras estampadas, pudiendo verse en las colecciones de antigüedades las estampillas de barro cocido que se usaban para el estampado.

La cerámica fabricada por los primitivos americanos es muy superior á la europea de la misma época. La arcilla con que fabricaban estos objetos era de color gris obscuro y alguna vez azulado, mezclada, para darle consistencia, con arena, fragmentos de conchas en el Misisipí, granitos de cuarzo, de mica ó de feldespato en el Vermont, y en otros puntos con carbonato de cal. Secaban estos objetos al sol primero y al fuego vivo después, con lo cual sólo producían una cocción incompleta.

Por último, y para concluir con lo que á la industria respecta, la fundición era conocida por los *munds builders*, pues en el Wiscousin se han encontrado instrumentos en cobre fundido, y los moldes usados al efecto.

En construcción, estaban asimismo las naciones americanas sumamente adelantadas.

El origen de la arquitectura americana es asiático, por los grandes macizos escalonados en forma piramidal en varios pisos superpuestos con escalinatas de comunicación. Esta forma se encuentra principalmente en los teocallis ó

adoratorios de Méjico y abunda en el Yucatán, hallándose también en el centro.

Ejemplo de construcciones portentosas lo tenemos en las grandiosas ruinas de Chichen Itza, Cholula, Xochicalco, Ceutla, Mitla, Santa Lucía Cozumalhupa, Pachacamac, Tiaguanaco, Cuzco, Ollantay-Tambo, Pizac, Piquillacta, Choccequizao y otras.

Lo que sorprende en las obras de la plástica americana es el trabajo ímprobo que ha sido necesario para esculpir sobre material tan duro. M. Soldi cree que empleaban útiles de cuarzo ú obsidiana, y que para desgastar el granito ó el pórfido empleaban el polvo de esmeril; que una vez desgastada la primera superficie con punzón de pedernal y á recios golpes, se valían de pulidores, y también indica el procedimiento de que, una vez trazado el dibujo sobre la piedra, llenaban de cenizas los trazos y por medio de un fuego vivísimo ahondaban las partes no protegidas por la ceniza y luego con punzón acababan la obra.

A la época primitiva de la civilización americana corresponden los montículos artificiales de tierra, casi siempre construídos con regularidad matemática, denominados en la ciencia *munds builders*. Son redondos, ovales ó cuadrados, y alguna vez poligonales y triangulares; su altura varía desde algunos centímetros á 30 metros, y su diámetro de uno á 300 metros. Estos curiosos monumentos, que han llamado poderosamente la atención de los arqueólogos, ocupan los valles del Misisipí, del Ohío y del Misouri, viniendo á ser algo semejantes á los *túmulos* que aparecen en la última etapa del prehistorismo europeo. En el interior de la mayor parte de ellos se han encontrado, por lo común, restos humanos, á la vez que objetos y utensilios. Algunos, destinados á templos, presentan una planicie ó plataforma en la parte superior; otros estaban destinados á servir de castillos ó fuertes para la defensa, y tienen las formas de cono y de pirámide, estando dentro de un recinto.

Este es el origen y nacimiento de la ciencia en aquellas interesantísimas sociedades que existieron al lado allá de los mares, antes de penetrar en ellas el inmortal Colón.

CAPÍTULO VIII

Civilización de los indios de los territorios que componen actualmente los Estados Unidos de la América del Norte.

De las razas que poblaban esta extensísima región, ya se ha hablado en el capítulo V.

Sus costumbres denotan algún adelanto en aquellas sociedades, puesto que tenían gobiernos, aunque fundamentados en un sentido esencialmente individualista, lo cual no indica una civilización muy desarrollada: ésta prescribe que el individuo sacrifique algo de su libertad y de su autonomía, cuyo ejercicio abusivo pudiera ser nocivo á la colectividad de que forma parte.

Por lo tanto, mientras más individualistas son los pueblos, más se alejan del concierto de las sociedades cultas, acercándose al salvajismo y á la barbarie.

Por eso decía que los esquimales, pieles rojas y californios, que componían todas las naciones precolombinas de la América del Norte, no eran muy civilizados, porque sin orden ni concierto, con una fiereza más propia de los bosques que de sociedades de hombres, ejercían la libertad más amplia, instituyendo el bárbaro régimen del derecho del más fuerte.

Aquellos indios construían casas, especies de cabañas, con árboles y ramas, y cubriéndolas con cortezas; su mobiliario era más que humilde; no se componía más que de unas ca-

mas de cañas y ramas sostenidas por palos clavados en el suelo y cubiertas de pieles y esteras.

Estas casas hallábanse reunidas en poblaciones cuya fortificación consistía en una empalizada de diez ó doce pies de altura.

Reconocían un Dios, creador de todas las cosas, que deja en libertad á los hombres para que gocen de los bienes de la tierra y no exige adoración alguna, si bien tenían que tributar culto al espíritu malo, sin cesar ocupado en hacer mal á los hombres y en privarles de los bienes que el Creador les hubo dado.

Para aplacar la ira del espíritu malo erigían en su honor templos donde sacrificaban víctimas humanas en la forma que á continuación se expresa:

Pintaban de blanco quince jóvenes de doce á quince años de edad, y después de bailar y cantar todo el pueblo durante una mañana entera, alrededor de ellos, con campanas en las manos, colocábanlas al medio día debajo de un árbol, situando al lado un pelotón de guerreros armados de pequeñas cañas agudas. Cinco hombres tomaban á cada una de las víctimas y la paseaban alrededor de estos guerreros, defendiéndolas como podían de las muchas cañas que sobre ellas arrojaban. Concluída tan salvaje escena, derribaban el árbol, y de sus ramas se hacían guirnaldas para coronar á las víctimas, cuyos cabellos se adornaban con las hojas, y de esta suerte eran conducidas al suplicio, terminando tan sanguinario acto con un gran festín.

Además de víctimas humanas ofrecían los indios del Norte de América al espíritu malo, pieles, grasa, las mejores piezas de la caza, los frutos de la tierra, y el tabaco, cuyo humo era empleado en lugar de incienso.

Tributaban asimismo adoración á los ríos y á las fuentes porque decían que su continuo curso representaba la eternidad de Dios.

El modo de contar de estos indios era por unidades, decenas y centenas.

Dividían el año en cinco partes: la primera era la en que los árboles florecen; cuando las espigas están ya formadas, la segunda; la época de la siega, la tercera; la en que se

cae la hoja la cuarta, y el tiempo de las lluvias. la quinta.

Conservaban sus tradiciones por medio de nudos que hacían en los cordones, ó con señales grabadas sobre madera, y en esto consistía su escritura.

Conocían la manera de embalsamar los cadáveres, pues por este procedimiento conservaban los de sus reyes y magnates, y tenían idea clara del comercio, uno de los instrumentos más poderosos de civilización y cultura.

Para facilitar sus contratos comerciales usaban unas conchas ensartadas, llamadas *peaks*, *runtis* y *roenokes*, monedas que los negociantes ingleses apreciaban, unas en dieciocho sueldos, y otras en nueve.

Las naciones más poderosas entre estos indios eran los yendats ó hurones en el Canadá; los natchez, en la Luisiana, y los iroqueses y los algonquinos. Todos estaban unidos entre sí por medio de cantones, formando una democracia federativa muy parecida á la de Suiza, aunque los natchez se hallaban gobernados por un despotismo extremado, puesto que sus jefes tenían derecho sobre la vida y la hacienda de sus súbditos.

Los apalaches eran los indios de la Florida más civilizados; castigaban con energía y dureza el adulterio, y se distinguían por lo bien que curtían las pieles.

Garcilasso de la Vega, en su *Florida del Inca,* dice hablando de esta admirable aptitud de los apalaches, que los "quales pellejos aderezan en todo extremo de perfeccion, "que un cuero de vaca y de osso, con su pelo, lo aderezan y "dexan tan blando y suave, que se puede traer por capa, y "de noche les sirve de ropa de cama.„

También se distinguían los apalaches en la construcción de canoas, algunas de las cuales podían contener ochenta y cinco y hasta cien hombres.

CAPÍTULO IX

Civilización tolteca.

El extenso país que hoy se llama Méjico, denominóse en la época colonial Nueva España, y antes del descubrimiento, Anahuac, que significa cerca del agua, por su proximidad al mar.

Setecientos diecinueve años después de Jesucristo, arribó al Anahuac una raza llamada tolteca, por haber habitado antes un país más al Norte, que se denominaba Tollán, raza no desprovista de civilización, puesto que vivieron siempre sus individuos en sociedad congregados en ciudades bien gobernadas, bajo el dominio de soberanos y la protección de leyes, saludables y benéficas.

Se distinguían los toltecas, más que nada, en el cultivo de las artes.

Aplicados á la agricultura, fueron los primeros que empezaron á cultivar el maíz, el algodón y el pimiento.

Consumados mineralogistas, los toltecas, supieron fundir el oro y la plata, dando á estos metales toda clase de formas por medio de moldes especiales, y trabajaron con destreza las piedras preciosas.

A este efecto, dice fray Bernardino de Sahagún, en su *Historia general de las cosas de Nueva España,* que "fué tan grande lo que alcanzaron acerca del conocimiento de las piedras, que aunque estuviesen metidas dentro de alguna

grande y debajo de la tierra, con su ingenio natural y filosofía, las descubrían y sabían dónde las habían de hallar.„

Eran también los toltecas muy conocedores de la virtud medicinal de las plantas; pero sobre todo en lo que más versados se hallaban era en Astronomía, hasta el punto de haber sido los inventores del arreglo del tiempo adoptado después por todas las naciones del Anahuac.

El italiano Boturini, en su obra *Idea de una Historia de Nueva España, fundada en una gran colección, de figuras, símbolos, caracteres, jeroglíficos, cánticos y manuscritos de autores indios, nuevamente descubiertos*, impresa en Madrid el año 1746, dice que observando los toltecas en su antigua patria Tollán, la diferencia de cerca de seis horas entre el año solar y el civil que tenían en uso, los pusieron de acuerdo por medio de un día intercalar, que introducían de cuatro en cuatro años; cuya innovación se verificó centenares de años antes de la Era cristiana. Dice además el citado Boturini que reinando en el Anahuac su segundo monarca Ijthilcuechahuac, un célebre astrónomo llamado Huematzin, convocó, con la aquiescencia del rey, á todos los sabios de la nación, los cuales trazaron el famoso libro llamado Teoamojtli, esto es, *libro divino*, en el cual se exponía por medio de diversas figuras, el origen de los indios, su dispersión, después de la confusión de las lenguas en Babel, sus peregrinaciones al Asia, sus primeros establecimientos en el Continente de América, la fundación del imperio de Tula y sus progresos hasta aquella época. Asimismo describíanse en el precitado libro los cielos, los planetas, las constelaciones, el calendario de los toltecas, con sus ciclos, las transformaciones mitológicas en que se comprendía la filosofía moral de aquellos pueblos.

Sahagún, en su citada obra, y hablando de la competencia de este civilizado pueblo en astronomía, dice:

"Eran tan hábiles en la Astrología natural los toltecas, que ellos fueron los primeros que tuvieron cuenta, y la compusieron de los días que tiene el año, de las noches, sus horas, de la diferencia de tiempos, etc.: conocían y sabían muy bien los que eran sanos y los que eran dañosos, lo cual dejaron ellos compuesto por veinte figuras ó caracteres. También

inventaron el arte de interpretar los sueños, y eran tan entendidos y sabios, que conocían las estrellas de los cielos, y las tenían puestos nombres, y sabían sus influencias y calidades: sabían asimismo los movimientos de los cielos, y esto por las estrellas.»

Los toltecas, al decir del Padre Clavijero y de otros ilustres historiadores mejicanos, tenían ideas claras y distintas del diluvio universal, de la confusión de las lenguas y de la dispersión de las gentes. Como quiera que estas ideas y tradiciones no eran exclusivas del pueblo hebreo, que naciones asiáticas mucho más antiguas que la israelita las tenían y las conservaban, puede asegurarse que los toltecas venían de aquellas naciones más cultas, que en épocas remotas, atravesando todo el Norte del Asia, penetraron por Behering en América.

Los toltecas invadieron el Anahuac bajo la dirección de siete jefes, á quienes sus tradiciones llaman Zacatl, Chalcatzin, Cohuatzon, Tzihuacoatl, Metzotzin y Tlapalmetzotzin, comenzando su monarquía, según el P. Clavijero, el año 967 de la Era cristiana, por este orden:

Chalchintlanetzin, en 667. Ijtlilcuechahuac, en 719. Huetzin, en 771. Totepeach, en 823. Nacajoc, en 875. Mitl, en 927. Jiatzaltzin, Reina, en 979. Topiltzin, en 1031.

No es de extrañar que en los 834 años que la monarquía tolteca duró, no cuente sino ocho reyes, pues si el monarca cumplía 52 años en el trono, lo dejaba inmediatamente y entraba otro á reinar; y si moría antes del término precitado, la nobleza tomaba acto continuo el mando, conservándolo hasta cumplirlo en representación del soberano fallecido.

A la muerte del monarca Topiltzin, una gran epidemia redujo considerablemente á la nación tolteca, que, obligada por guerras civiles desastrosas, dividióse en diversos grupos ó tribus, enemigas unas de otras, emigrando algunas al Yucatán y dirigiéndose otras á Guatemala y á diversas partes de la América Central.

Así acabó la culta nación tolteca, verdadera creadora de la civilización en la tierra de Anahuac.

CAPÍTULO X

Otras naciones del Anahuac.

Además de los toltecas, de que ya he hablado, y de los chichimecas, acolhuis y aztecas, de quienes en los capítulos XI, XII, XIII y XIV trataré, habitaban el Anahuac diversas naciones.

Los olmecas y gicalaucas eran, con los otomites, los pueblos más antiguos del Anahuac.

Los primeros y los segundos procedían, según el esclarecido astrónomo é historiador mejicano Dr. Sigüenza, de la Atlántida, y yo creo que eran descendientes de tribus que antes de la desaparición de aquella tierra, invadieron los países que hoy forman la república mejicana, habitando las montañas de Matlalcueye, de donde fueron arrojados por los tlascaleses.

Los otomites eran los más salvajes del Anahuac; dedicábanse á la caza, en la que eran sumamente diestros, y su lenguaje, bastante difícil, lleno de aspiraciones guturales y nasales, no carecía de abundancia ni de expresión.

En el hermoso, vasto, rico y ameno país de Mechoacán vivían los tarascas, una de las naciones más civilizadas de Anahuac: sus artistas excedieron á los de otras naciones, y en su lengua, abundante, dulce y sonora, se usaba frecuentemente la *erre* suave, constando sus sílabas, por lo común, de una consonante y de una vocal.

Otras naciones también poblaron este país, como los mazahuis, matlazinques, que formaron un estado considerable en el valle de Toluca, y fueron sometidos á la corona de Méjico por el rey Ajayacatl; mitjeques y zapotecas, ambos muy civilizados é industriosos; chiapaneses, gobernados por dos jefes militares nombrados por los sacerdotes; cuitlateques, cohuijques, jopes, mazateques, papaloques, chinanteques, totonaques, soquimilques, chalqueses, tepanecas, colhuis y los tlahuiques, así llamados por habitar el país de Tlahuican, que quiere decir "tierras de cinabrio„.

Y por último, los tlascaleses ó teochichimecos, considerados como una tribu de la nación chichimeca, que se estableció en Pajauhtlan, lugar situado en la orilla oriental del lago de Tezcuco, extendieron considerablemente sus dominios, y eran guerreros, valerosos y muy amantes de la libertad.

CAPÍTULO XI

Monarquía chichimeca ó de Acolhuacán.

Los chichimecas llegaron, en los comienzos del siglo XIII de la Era cristiana, al Anahuac, procedentes del Norte de América, de ese país privilegiado, cuna y solar de muchos de los pueblos precolombinos. Habitaban un país llamado Amaquemecan y salieron de él con dirección á las tierras mejicanas, bajo el mando de su rey Jolotl, quedándose muy pocos en su antigua patria, con su monarca Achcauhtli, hermano de Jolotl.

A su llegada al Anahuac, los chichimecas eran una nación singular, pues á cierta especie de civilización unían muchos rasgos de barbarie. Estaban divididos en plebeyos y nobles, aquéllos sometidos á éstos, y no conocían ni la agricultura ni muchas artes, viviendo en miserables cabañas, cubriendo sus carnes con toscas pieles y alimentándose de la caza y de los frutos y raíces que producía la tierra inculta.

Ya en el Anahuac, y bajo la acertada dirección de su monarca Jolotl, modificaron los chichimecas por completo sus costumbres y sus usos, convirtiéndose en una de las naciones más cultas de aquella tierra.

Pero esta gran transformación no se verificó sólo por los esfuerzos de Jololt; contribuyó á ella la llegada á Tenayuca, capital del reino chichimeca, de los sabios magnates Acolhuis, Tecuatzin, Tzontehuayotl, Zacatitecheochi, Hui-

huatzin, Tepotzotecua é Itnzeuicua, así como la fusión del pueblo chichimeca con los restos que de la civilizada nación tolteca habían quedado en el Anahuac; cosa que vino á determinarla el casamiento de Azcajochitl, doncella descendiente de Pochotl, uno de los príncipes de la familia real tolteca, con Nopaltzin, hijo del rey Jolotl.

También hizo que la civilización chichimeca fuese adelantada, la llegada á su país de los acolhuis, con tres de sus príncipes Acolhuatzin, Chiconquanhtli y Tzontecomatl, que casaron con Cuetlajochitl, Cihuajochitl y Cuatetl, las dos primeras hijas de Jolotl, y la última, doncella nacida en Chalco, de padres nobilísimos, en los cuales se había mezclado la sangre tolteca con la chichimeca.

Desde entonces, ambas naciones, la acolhua y la chichimeca, formaron una sola, que se llamó Acolhuacan.

Los reyes sucesores de Jolotl que en Acolhuacan gobernaron, fueron:

Nopaltzin, hijo y sucesor de Jolotl, en el siglo XII.
Tlotzin, en el XIII.
Quinatzin, en el XIV.
Techotlalla, en el XIV.
Ijtliljochitl, en el año 1406.
Tezozomoc y Majtla, tiranos tepanecas.
Nezahualcoyotl, en el año 1426.
Nezahualpilli, en el año 1470.
Cacamatzin, en el año 1516.
Cucuitzcatzin, en el año 1520.
Coanaotzin, en el año 1520.

Como se ve, pues, la monarquía chichimeca tuvo principio en el Anahuac hacia fines del siglo XII, el año 1191, y duró hasta el de 1521, que cayó derribada por el cortante acero de Hernán Cortés y de sus bravos compañeros los soldados españoles.

CAPÍTULO XII

Nezahualcoyotl y Nezahualpilli, reyes de Acolhuacan.

Eran estos monarcas unos sabios consumados, y bajo este aspecto he de estudiarlos aquí.

Nezahualcoyotl, el Solón del Anahuac, como le llama Clavijero en su *Historia antigua de Méjico*, era hijo del rey chichimeca Ijtlijochitl y de la reina Matlalcihuatzin, hija de Acamapitzin, monarca de Méjico. Nació el año 1390 de nuestra Era, y murió el 1470, después de un reinado glorioso de cuarenta y cuatro años.

Veinte años tenía cuando en 1410 falleció su padre, viéndose desposeído de la corona que por derecho de herencia le correspondía, por el tirano Tezozomoc, á quien sucedió Majtla, y en los trece años que duró su desgracia demostró una constancia, fortaleza y entereza de ánimo verdaderamente admirables.

Más tarde, ya en posesión del cetro de sus abuelos, mostróse recto en la administración de la justicia y reformó la legislación chichimeca, promulgando ochenta leyes que después fueron compiladas por su descendiente D. Fernando de Alba Ijtliljochitl, en su *Historia de los chichimecas*; dió nueva forma á los consejos establecidos por su abuelo Techotlalla, haciendo que fuesen servidos por las personas más aptas y dignas. Creó un consejo para las causas civiles; otro para las criminales; el Consejo de guerra, compuesto de los

más famosos capitanes y guerreros de Acolhuacan; el de Hacienda, al que pertenecían los mayordomos de la casa real y los primeros traficantes de Tezcuco. Mandó que ninguna causa civil ni criminal pudiera prolongarse más de ochenta días, ó sea cuatro meses mejicanos, y que cada ochenta días se celebrase una gran reunión en el palacio real, á la cual concurriesen los jueces y los reos, que recibian allí mismo el castigo á que se habían hecho acreedores. Señaló asimismo penas muy severas al adulterio, la sodomía, el hurto, el homicidio, la embriaguez y la traición á la patria, y era tan fiel observador de las leyes, que muchos autores aseguran mandó dar muerte á cuatro de sus hijos por incestuosos.

Pero no sólo Nezahualcoyotl velaba con solicitud por el buen gobierno de sus estados y el bienestar de sus súbditos; dedicose con afán, al cultivo de las ciencias y de las artes, mereciendo cumplidamente el sobrenombre de Mecenas del Anahuac.

Estableció juntas ó academias para el cultivo de la poesía, de la astronomía, de la música, de la historia, de la pintura y del arte divinatoria; llamó á su corte á los profesores más acreditados de Acolhuacan, y dispuso que se reuniesen en épocas dadas para comunicarse sus ideas é invenciones, fundando escuelas en Tezcuco para cada una de las materias enunciadas.

Dice Clavijero que en el siglo XVI eran célebres en Nueva España los 60 himnos que compuso en loor de Dios, pues Nezahualcoyotl era un inspiradísimo poeta.

El estudio de la naturaleza en que tantos y tantos progresos hizo el sabio rey de Acolhuacan, modificó por completo las ideas religiosas que de sus padres había recibido, llegando á aborrecer la idolatría y á convencerse de que, de todo cuanto prescriben los cultos dogmáticos, no hay más verdad que la existencia de una causa primera, la materia y su energía, que evolucionando, han dado lugar á esa serie prodigiosa de maravillas que bajo el nombre de universo conocemos.

Nezahualcoyotl era también un consumado astrónomo y un profundo botánico. Los conocimientos astronómicos adquiriolos con la frecuente observación que hacía del curso de los astros, y su pericia en botánica, estudiando en la na-

turaleza las plantas, pues su poderosa inteligencia había vislumbrado la utilidad que del estudio de esta ciencia pueden obtener las sociedades humanas.

A la muerte de este grande hombre, sucedióle su hijo Nezahualpilli, habido en Matlalcihuatzin, hija del rey deTacuba, que, como su padre, fué un sabio y un monarca excelente.

Nezahualpilli casó con una hija de Tzotzocatzin, hermano de Tizoc, rey de Méjico, de quien tuvo á Cacamatzin, y de su segundo matrimonio con Jocotzin, sobrina también de Tizoc, dejó á Coanacotzin, que fué el último rey de Acolhuacan, pues hecho prisionero por Hernán Cortés, terminó sus días en el patíbulo.

El hijo de Nezahualcoyotl fué, como su padre, muy versado en astronomía, para cuyo cultivo tenía un observatorio en el palacio de Tezcotzinco, desde donde observaba de noche el curso de los astros, cultivando asimismo la botánica y las letras.

Era gran observador de las leyes y enemigo de la idolatría de sus mayores.

Con su muerte, ocurrida en 1516, acabó la gloria de los reyes chichimecas. Sus hijos y sucesores, Cacamatzin, también excelente astrónomo, y Coanacotzin cayeron en poder de los españoles, y, al morir ambos en un cadalso, terminó el reino de Acolhuacan, que tanto ilustraron Nezahualcoyotl y Nezahualpilli, las dos figuras más nobles y más grandes del Anahuac.

CAPÍTULO XIII

Reyes de Méjico y de Tlatelolco.

Procedentes de California entraron los aztecas mejicanos en el Anahuac, fundando el año 1325 la ciudad de Tenochtitlán ó Méjico, que en azteca significa *lugar de Mejitli*, nombre con el que también era designado su dios Huitzilopochtli.

Habían salido de Atzlan, su antigua patria, hacia el año 1160, y en todo el tiempo que media desde este año hasta el de 1325, en que fundaron á Méjico, recorrieron casi todo el Anahuac, dejando en los puntos por donde pasaban elocuentes vestigios de su laboriosidad y costumbres de civilización y cultura.

Al fundar á Méjico y establecerse definitivamente allí, conservaron su antigua forma de gobierno, que era una república aristocrática, puesto que la nación azteca era regida por un cuerpo compuesto de las personas más notables por su nobleza y sabiduría.

Este cuerpo ejecutivo ó comisión de gobierno, que comenzó á regir los destinos de Méjico y echó los fundamentos de su futura grandeza, lo formaban veinte señores, llamados, Tenoch, Atzin, Acacitli, Ahuejotl, Oalopan, Jomimitl, Jiuhcae, Ajolohua, Nanacatzin, Quetzin, Tlatala, Tzoutliyayuah, Tetepan, Tezacatl, Acohuatl y Achitomecalt y Cozcatl-Tezcatí, Toehpau y Mineich.

Estos veinte señores, para tener tierras en que poder sembrar, pues la ciudad, situada en medio de un lago, se hallaba rodeada de enemigos por todas partes, mandaron hacer estacadas en los sitios en que estaban más bajas las aguas, terraplenándola después con piedras y ramas de árboles, uniendo de esta manera entre sí varias islitas contiguas á la en que habían construído la ciudad de Méjico. De esta manera crearon aquellos huertos flotantes, que tan célebres hicieron á los mejicanos y en cuyos huertos sembraban maíz, pimientos, chia, judías y calabazas.

Hasta el año 1352 duró la república aristocrática en Méjico; y si en este año se abolió tal forma de gobierno, reemplazándola por la monárquica, no fué por otra cosa sino para imitar á sus vecinos los chichimecas, tepanecas y colhuis, y al propio tiempo tener un jefe que los dirigiese en sus empresas guerreras, á las que debieron su futuro engrandecimiento, puesto que la guerra requiere uno solo que mande, y no muchos, como la forma republicana, siquiera sea tan restringida como la aristocrática, demanda.

Pero la creación de la monarquía mejicana determinó una innovación en sus costumbres, inscribiendo nuevos principios en su derecho político, puesto que inscribieron en él el santo principio de la igualdad, sobre que descansa el dogma de la soberanía popular.

Como el nombramiento de un monarca era asunto de capital importancia, para la nación azteca, la nobleza que hasta entonces había regido sus destinos, no quiso echar sobre sus hombros la exclusiva responsabilidad de tan trascendental acto y reconociendo que la soberanía, no sólo era de ella, sino que debíala compartir con el pueblo, con la clase plebeya, llamó á ésta á la elección del monarca, recayendo el nombramiento de éste, en un noble llamado Acamapichtzin, hijo de Opochtli, azteca de la primera nobleza, y de Atozoztli, princesa de la casa real de Colhuacan. Ya en posesión de la corona mejicana, contrajo el nuevo rey matrimonio con Ilancueitl, hija de Acolmiztli, señor de Coutlichan y descendiente de uno de los príncipes acolhuis, de que al hablar de los chichimecas, he hecho mención.

Pero como de esta princesa no tuvo sucesión, contrajo

Acamapichtzin segundas nupcias con Tezcatlamiahuatl, hija del señor de Tetepanco, de la que nacieron Huitzihuitl y Quimalpopoca, sus sucesores en el trono, así como Tezozomoectli, teniendo además en una esclava á Itzcoatl, que, como después veremos, fué uno de los más célebres y mejores monarcas que hubo en el Anahuac.

Acamapichtzin reinó treinta y siete años, en cuyo tiempo aumentó considerablemente la población, fabricáronse algunos edificios de piedra y se construyeron los canales que tanto hermosearon después á Méjico.

A su muerte, ocurrida el año 1389 de la Era Cristiana, los nobles eligieron á su hijo Huitzilihuitl, de cuyas mujeres Ayauhcihuatl, hija de Tezozomoc, rey de los tepanecas y Miahuajochitl, que lo era del señor de Quanhnahuac, nacieron respectivamente Acolnahuacatl, que muy joven fué asesinado por su tío materno el rey tepaneca Majtlaton, y Moteuczoma Ilhuicamina, el más famoso de los monarcas mejicanos.

Huitzilihuitl, después de veinte años de reinado, murió el año 1409, después de haber promulgado algunas leyes útiles á la nación, y la nobleza eligió á su hermano Quimalpopoca, tercer rey de Méjico, el cual, habiendo caído en poder de su enemigo Majtlaton, rey de los tepanecas, suicidóse en su prisión el año 1423, á los trece años de reinado, dejando muchos hijos de sus numerosísimas concubinas.

Entonces los nobles nombraron á Itzcoatl, hijo natural del rey Acamapichtzin y general que era de los ejércitos mejicanos hacía treinta años.

Éste declaró la guerra á los tepanecas, que, mandados por el bravo general Mazatl, acometieron con furia á las tropas mejicanas, á la cabeza de las cuales combatían Itzcoatl y su sobrino y general el joven Moteuczoma Ilhincamina, el que se condujo con tanto valor, que, matando á Mazatl, pudo dispersar al enemigo, tomando al día siguiente la ciudad de Azcapozalco, capital del reino tepaneco, y quedando todo el país sometido á Méjico después de la muerte de sumonarca Majtlaton, que murió en el asalto de aquella ciudad.

Con el feliz resultado de esta guerra, acaecida en el

año 1425, quedaron feudatarios de los mejicanos, los reinos de Acolhuacán y de Tacuba, formado con los restos de la monarquía tepaneca.

El gran Itzcoatl murió cubierto de gloria el año 1436, á los trece de reinado, después de extender considerablemente sus dominios, de reponer á la familia real de los chichimecas en el trono de Acolhuacan y de hermosear su corte, la ciudad de Méjico, con bellos edificios, entre los cuales eran los más notables el templo de la diosa Cihuacoatl y el de Huitzilipochtli. Dejó una hija, Matlalatzin, esposa de su tío Tezozomoctli.

La nobleza nombró para sucederle á Moteuczoma, que tan valientemente se había conducido en la guerra de los tepanecas, quien en los veintiocho años de reinado extendió de tal modo sus dominios, que por Levante se extendían hasta el Golfo de Méjico; por el Sudeste, hasta el centro del gran país de los Mitjeques; por el Mediodía, hasta más allá de Quilapan; por el Sudoeste, hasta el centro del país de los otomites, y por el Norte hasta la extremidad del valle mejicano.

El año 1464, época de la muerte de Moteuczoma, eligieron los nobles á Ajayacatl, sexto rey de Méjico, que era hijo de Tezozomoc, hermano de los reyes Huitzilihuitl y Quimalpopoca, y de Matlalatzin, hija del gran Itzcoatl.

Ajayacatl conquistó á Tlatelolco, uniendo á sus dominios los países de los matlatzinques y otomites, así como casi todo el valle de Toluca, y falleció en 1477, dejando de sus muchas mujeres á Ijtlalcuechahuac, señor de Tollan; Ahuizotl, Moteuczoma y Cuitlahuatzin, que después fueron reyes de Méjico.

Le sucedió por elección de los nobles su hermano Tizoc, séptimo monarca mejicano, que en su breve reinado conquistó catorce ciudades, y fué reemplazado, también por elección de la nobleza, por su otro hermano Ahuitzotl, que después de muchas conquistas y de fundar algunos templos, murió el año 1502 á los veinte años de reinado.

Sucedióle, por designación de los nobles, su sobrino Moteuczoma II, llamado Jocoyotzin, quien contrajo matrimonio con su prima Miahuajochoitl, hija del señor de Tollan, de

quien tuvo á Tlocahuepan Yohualicahuatzin, ó sea D. Pedro Moctezuma, y á Tecuichpotzin, ó sea doña Isabel Motezuma, esposa del rey Cuitlahuatzin, su tío, y del también rey Quauhtemotzin, su primo, y después sucesivamente de tres nobles españoles y de la cual descienden las casas de Cano Motezuma y Andrade Motezuma.

De D. Pedro Motezuma nació D. Diego Luis Ihuitemoctzin Motezuma, casado en España con doña Francisca de la Cueva, padres de D. Pedro Tesifon Motezuma de la Cueva, primer conde de Motezuma y de Tula, y vizconde de Iluca, cuya nieta, doña María Jerónima Motezuma Jofre de Loaisa, tercera condesa de Motezuma, etc., casó con D. José Sarmiento de Valladares, primer duque de Atrisco, y treinta y cinco virrey de Méjico, desde 1696 hasta 1701.

A Moteuczoma II sucediéronle sucesivamente Cuitlahuatzin su hermano, y Quauhtemotzin, su sobrino, hijo de Ahuitzotl, que fueron decapitados de orden de Hernán Cortés.

La monarquía de Taltelolco formóse de la división que desde el principio de su entrada en el Anahuac surgiera entre los mismos aztecas.

Su primer rey fué Quaquauhpitzahuac, hijo del rey de Azcapozalco, en 1353, que á los cuarenta y seis años de reinado, ó sea el 1399, falleció, dejando la ciudad de Tlatelolco considerablemente aumentada con buenos edificios y hermosos jardines, y no sin cierto grado de civilización y policía.

Sucedióle por elección Tlacateotl, que unos creen tepaneca y otros acolhua, y á éste, Quauhtlatoa, que queriendo apoderarse de Méjico, pereció á manos de Moteuczoma I, el cual hizo que los tlatelolqueses eligieran por monarca á Moquihuij. Pero la rivalidad de éste con Moteuczoma hizo que entre él y el mejicano Ajayacatl, estallase una guerra, que terminó con la muerte de Moquihuij y la unión de Tlatelolco á la corona de Méjico.

CAPÍTULO XIV

Civilización azteca.

En los dos siglos próximamente que duró la monarquía mejicana, llegaron á colocarse los aztecas á la cabeza de la civilización americana.

Contribuyó á esto, en mi concepto, no sólo el carácter azteca, de suyo activo y laborioso, sino la circunstancia de haber erigido su capital, Méjico, en una isla del lago de su nombre, por completo desprovista de medios para mantener á los habitantes que cada día iban en aumento, puesto que la ojeriza con que eran mirados por los tepanecas, tlatelolqueses, acolhuas y otras naciones limítrofes, les imposibilitaba para buscar medios con que vivir, obligándoles á industriarse á fin de que no se enseñorease entre ellos, la escasez y la miseria.

De aquí que, impulsados por la dura ley de la necesidad, los aztecas mejicanos inventasen aquellos célebres huertos flotantes, donde primero cultivaron legumbres y hortalizas, y más tarde, cuando extendieron sus dominios, sirviéronles como jardines, á los cuales eran tan aficionados.

Construyeron asimismo, edificios suntuosos, calzadas y canales, y fueron muy aptos para la pesca y para toda clase de industria. Estos adelantos ya los tenían en la época de la república aristocrática, creciendo como la espuma en razón

directa de los progresos que en extensión de territorios hizo la monarquía.

Conocían con profundidad la agricultura, el modo de labrar las tierras, de sembrar los granos, de extirpar los campos de hierbas nocivas, la manera de recolectar las semillas, etc., y eran sumamente diestros en el cultivo de las flores. Entre sus huertos y jardines merecen memoria los jardines reales de Méjico y de Tezcuco, así como los de Iztapalapan y Huajtepec. También es celebrado por el historiador Bernal Díaz del Castillo, el jardín de Malinaltepec, que Moteuczoma II regaló al emperador Carlos V.

Conocían asimismo, el comercio y había infinitos traficantes mejicanos que iban continuamente de ciudad en ciudad, comprando géneros en una y vendiéndolos en otra. Y este comercio, no sólo se hacía por cambio, sino por compra y venta, conociendo cinco clases de moneda, la primera una especie de cacao, llamado *guiquipilli;* la segunda, unos pedacitos de tela de algodón, que denominaban *patolcuachlt;* la tercera, era de oro en grano, contenido en plumas de ánade; la cuarta, que más se aproximaba á la moneda acuñada, consistía en unos pedazos de cobre cortados en figura de T, y la quinta en unos pedazos de estaño. También conocían la invención del peso, y muchos autores aseguran que se servían de balanzas para pesar el oro.

Fundían los metales preciosos, haciendo las imágenes más perfectas de los objetos naturales. Fundían de una vez un pez, que tenía las escamas alternativamente de plata y oro; un papagayo, con la cabeza, la lengua y las alas móviles; un mono, con la cabeza y los pies móviles, y con huso en la mano en actitud de hilar; engarzaban las piedras preciosas en oro y plata, y hacían joyas curiosísimas y de gran valor.

En construcción, tampoco dejaban de estar adelantados.

Para defender á los pueblos usaban diversas clases de fortificaciones, como muros y baluartes, con sus parapetos, estacadas, fosos y trincheras, puesto que la ciudad de Quanhquechollan estaba fortificada con una buena muralla de piedra y cal, de 20 pies de alto y 12 de grueso y los tlascaleses tenían una muralla de 6 millas de largo, 8 pies de alto y 18

de grueso, siendo de piedra y cal y de un betún tan fuerte, que Bernal Díaz del Castillo dice que era necesario emplear picos de hierro para deshacerlo.

Los aztecas mejicanos, antes de penetrar en el Anahuac, eran inteligentísimos en arquitectura, y después construían casas de piedra y cal, que tenían dos pisos, con sus salas, cámaras y patios, perfectamente distribuídos y el techo llano, de buena madera y bien labrado. Conocían el modo de hacer arcos, bóvedas y cornisas, y los muros sabían construirlos derechos, perpendiculares, blancos, bruñidos y relucientes.

Para formarse idea, finalmente, de lo que era la arquitectura mejicana, basta repetir lo que Cortes escribía á Carlos V: "Tenía—dice refiriéndose á Moteuczoma—dentro de la capital, casas tan grandes y maravillosas que no puedo dar á entender de otro modo su excelencia y grandeza, si no es en diciendo que no las hay iguales en España.„

Sabían también construir acueductos para conducir el agua á las poblaciones, siendo notables los de Chapoltepec, por medio de los cuales conducíase agua á Méjico y eran de piedra y mezcla, de cinco pies de alto y de dos pasos de anchura, construídos sobre un camino abierto á propósito, y aun el famoso de Cempoalan, hecho de cal y piedra, de 32 millas de largo, con tres puentes, el primero de 47 arcos, el segundo de 13 y el último de 67.

Eran grandes tejedores, pero sobre todo se distinguían por los trabajos que hacían con las plumas más delicadas y hermosas de los pájaros.

Tenían grandes conocimientos en Astronomía y en Ciencias naturales, pero sobre todo en Botánica y en Botánica médica, pues sus médicos conocían gran número de hierbas, con las cuales hacian maravillosas curas.

Los médicos mejicanos dieron á conocer al célebre naturalista español D. Francisco Hernández 1 200 plantas, con sus propios nombres aztecas, doscientas y más especies de pájaros y un gran número de cuadrúpedos, de reptiles, de peces, de insectos y de minerales.

No estaban desprovistos los aztecas mejicanos, de conocimientos geológicos, puesto que distinguían cuatro edades

diferentes, con otros tantos soles. La primera, denominada *Atoniatiuh*, esto es, sol ó edad de agua, empezó en la creación del mundo y continuó hasta la época en que perecieron el sol y casi todos los hombres en una inundación general. La segunda, *Tlaltonatiuh*, edad de tierra, duró desde aquella catástrofe hasta la ruina de los gigantes y de los grandes terremotos, que dieron fin del segundo sol. La tercera, *Ehecatoniatiuh*, edad de aire, empezó en la caída de los gigantes y acabó con los grandes torbellinos que exterminaron el tercer sol y todos los hombres. Y, por último, la cuarta *Tletoniatiuh*, edad del fuego, comprende desde la última restauración del género humano, hasta que el cuarto sol y la tierra sean consumidos por el fuego.

Todo esto tiene marcada analogía con las tendencias y principios sustentados por la geología moderna.

Los mejicanos conservaban sus tradiciones por medio de pinturas; conocían la escultura, como nos lo demuestran sus figuras y estatuas de oro y piedra; eran buenos músicos; tenían idea del teatro, como institución moralizadora y de enseñanza; no desconocían la Pedagogía, y practicaban juegos y ejercicios gimnásticos.

Tal era el pueblo más civilizado de la América precolombina, en cuya industria se notan vestigios y vestigios fehacientes, de conocimientos químicos y mecánicos.

CAPÍTULO XV

Los quichés de Guatemala y los pueblos precolombinos de la América Central.

El privilegiado clima, no sólo de Guatemala, sino de toda la América Central, hizo que este bellísimo país, pintoresco como muy pocos del mundo, fuese, primero que otros, habitado por gentes que, atraídas por la bondad de aquella naturaleza exuberante, frondosa y espléndida, echaron la base de una de las civilizaciones más interesantes de la América precolombina.

La América Central estuvo, desde épocas remotísimas, habitada por gentes de relativo adelanto, como el estudio de su arqueología lo demuestra, quizá más progresivas que las invasiones asiáticas y camíticas, de las cuales resultaron los pueblos de raza maya, y singularmente el quiché, que pobló el territorio comprendido hoy, en la república de Guatemala.

Las tradiciones de los quichés, traducidas por el ilustre dominico guatemalteco Padre Ximenez, dicen que de cerca de Méjico salieron, hacia el año 1054 de nuestra Era, cuatro hermanos llamados Balam-quitzé, Conaché, Beleheb-queh y Calal-ahan, el primero, después soberano del reino de Utatlan ó Quiché, y los otros tres, creadores de la antigua nobleza guatemalteca, que más tarde constituyó 24 casas, poderosas por sus alianzas entre sí y sus numerosas heredades.

Cocavib, segundo rey, fué tributario de Naexit, poderoso señor choroteca que dominaba en Nicaragua, y construyó en

Izmachi, aquellos célebres torreones de cal y canto hallados en sus ruinas.

Balam-Conaché, hijo del anterior, en cuyo tiempo comenzóse á bruñir el palo para sus arcos y flechas.

Cotuha-ztayub, cuarto rey, creador de las 24 casas nobles, en los descendientes de Conaché, Beleheb-queh y Calelahan, cuyos jefes eran consejeros del monarca, y sin la aquiescencia de las cuales, no se disponía cosa alguna.

Cucumatz-Cotuhaque extendió considerablemente sus dominios, construyendo muchos y buenos edificios.

Tepepul-Ztayul, VI rey.

Quicab-Cavizimah, VII rey.

Tepepul-Ztayul, VIII rey, que sometió á los cachiquels y otros pueblos de la América Central.

Tecum-Tepepul, IX rey.

Vaxaquicaam y Quicab, X rey.

Vucub-noh-Cuvatepech, XI rey.

Oscib-queh-beleheb-tzi, que reinaba cuando D. Pedro Alvarado entró en Guatemala, y habiendo opuesto tenaz resistencia á los españoles, fué hecho prisionero, muriendo en la hoguera, no sin sucederle en el trono su hijo.

Tecum-Tepepul, XIII monarca del Quiche, cuyo hijo, bautizado con el nombre de D. Juan de Rojas, siguió teniendo los honores y preeminencias de rey con una cuantiosa suma anual, pero sin ser soberano más que en el nombre.

En D. Juan de Rojas concluyó la dinastía quiché, poseedora del trono de Guatemala durante unos cinco siglos.

La monarquía quiché, aunque absoluta, estaba asentada sobre leyes é instituciones sabias que, como dice el citado Ximenez, servían de freno á los reyes.

El poder se transmitía por herencia, pero nunca de padres á hijos, sino de tío á sobrinos y éstos por parte de las hermanas del rey, quedando los demás hermanos del nuevo monarca, si los tenía, ocupando altos puestos, como preparándose, adiestrándose, por si algún día eran llamados á suceder en la Corona.

El monarca estaba siempre asistido de un consejo formado por ciertos varones ilustres y distinguidos por su saber, por su alcurnia ó por su virtud, los cuales se hacían cargo de

las rentas reales y distribuían lo que era necesario para la mesa y gastos de la persona real, y lo mismo hacían para los hijos ó hermanos del rey.

En cada pueblo había lo que llamaban *cabeza de calpul*, y eran los representantes allí del poder real.

Los empleos elevados no podían disfrutarse sin antes haber ejercido los más ínfimos.

Las ciudades ó pueblos, combinados con la nobleza, podían destituir del trono al rey cuando éste no cumplía con su deber.

Eran castigados con la pena de muerte y confiscación de sus bienes, los vasallos desobedientes al rey, los asesinos y homicidas, los que cometían adulterio, el ladrón incorregible, puesto que el que hurtaba por primera vez, devolvía el valor del hurto, mas satisfacía al Fisco real una cantidad determinada, á guisa de multa.

La mujer, después de dotada, jamás volvía á poder del padre; mas si moría el marido, casábanla con el hermano de éste, y de lo contrario, con el pariente más cercano del difunto.

Otro reino independiente del de Quiché existía en Guatemala, y era el de Vera Paz, á cuyo rey absoluto seguíale en autoridad el Gran Sacerdote, dignidad privativa de una de las familias más nobles del reino, entre cuyos individuos, sin excluir á ninguno, elegía el pueblo el que había de ser el pontífice supremo de su religión.

El Rey, como entre los quiches, estaba rodeado de un Consejo y tenía gobernadores en sus provincias, los cuales recogían los tributos, dándose una parte de ellos á la Casa Real, y quedando lo restante para repartirlo á los empleados de la nación, según su categoría.

Conocían los de Vera Paz el comercio por cambio de objetos, y trocaban carnes y caza por otras cosas de comer; conmutaban mantas de algodón por oro, y por algunas hachuelas de cobre y oro, por esmeraldas, turquesas y plumas. Presidía siempre estos mercados un representante del *monexico* ó ayuntamiento, libremente elegido durante cuatro lunas, por todos los habitantes del pueblo.

Las leyes de Vera Paz no eran tan duras como las de

Quiché; apenas si prescribíase en ellas la bárbara pena de muerte.

Los mayas, uno de los pueblos más importantes de la América Central y que habitaban en el Yucatán, así como los quichés, han demostrado, por su manera de calcular el tiempo y por su calendario, que eran tan buenos astrónomos como los toltecas.

Ximénes, en su *Historia del origen de los indios de esta provincia de Guatemala*, dice: "No fueron tan bárbaros estos indios, como pensaron algunos, que no tuviesen la observancia del movimiento del sol para dividir su tiempo. Conocieron muy bien y alcanzaron que el año tenía 365 días, aunque no alcanzaron la sobra de seis horas, por lo que es necesario poner el día intercalar. En la división del mes ó semana iban muy diferentes á nosotros. El padre Román, en el libro I, cap. X, dice que los mejicanos dividían por meses, y éstos eran de veinte días y las semanas de trece cada una, y que sobraban cinco días, que llamaban baldíos, y en este cómputo entiendo que todos estos reinos van conformes; pero señala otros señores ó signos de cada día, aunque también son nombres de animales y otras cosas. El año de éstos empezaba el 21 de Febrero, y éste era como el día de año nuevo; este día tiene aqueste signo *Izuox*, que dice envidia del nieto, y hace alusión á la envidia de Hun-batz y Huncharen á Hun-aphn y Xbalarque. El segundo día, que correspondía al día 22, su signo es *Ik*, que es luna ó chile; el tercero, que c)rrespondía al día 23, es *acbal*, y su significado: escaso. El cuarto, que corresponde al 24, era *cat;* éste, en quiché, es la red del maíz, pero dicen que su significado es lagarto. El quinto, *cam;* esto es, amarillo; pero su significado es culebra, corresponde al día 25. El 26, que es el sexto, es *camoy,* que quiere decir: toma con el diente ó muerde; era un señor del infierno, su significado, dice, es la muerte."

La escritura propiamente dicha era conocida en la América Central; y respecto á sus idiomas, el huasteco, el maya y el quiché, representan las tres ramas principales de las lenguas de aquella región.

La lengua huasteca tiene los siguientes dialectos: huaxte-

co, guasteco, cuexteco, toveio, panteco, panoteco, totomaco, tetikilhati, chakauasti, tatimolo é ipapsana.

La lengua maya ó yucateca ha perdido mucho de su antigua pureza, pues según dice Orozco y Berra en su hermoso trabajo sobre la *Geografía las lenguas de México*, no se habla con pureza hoy, sino en los distritos de Valladolid y de Tirmin.

Sus dialectos eran el *lacaudan*, hablado en el Estado de Chiapas y sus alrededores; el *peten*, el idioma de los itzaëcas; el *caribe*, lengua de los indios de la frontera de Tabasco; el *chañabal*; el *punctime*, hablado en las cercanías de Palenque, y el *chontal*, muy en uso entre las tribus bárbaras y antropófagas que se consideraban como autóctonas de la América Central.

La lengua quiché comprende los idiomas siguientes: el tzutunil, el kachiquel, el mame, el pokoman, el ixil, el tzendal y el kakchi y el cocox, hablados en Guatemala.

CAPÍTULO XVI

Pueblos anteriores á la conquista, en Colombia ó Nueva Granada.

Nuevo Reino de Granada llamóse en la época colonial al extenso territorio que los indios precolombinos denominaron Cundinamarca, porque su descubridor y conquistador, el valiente capitán Gonzalo Jiménez de Quesada, era natural del hermoso país de Andalucía así llamado.

Infinitas naciones de indios independientes entre sí, habitaban en este país dilatado.

Las naciones de indios que poblaban tan extensa y hermosísima región, eran:

Los abanes, situados en los llanos de San Juan, al Norte del Orinoco, que habitaban en los bosques que hay á orillas de este río y de otros pequeños, confinando al Este con los salivas, y al Oeste con los caberres y andaquíes, estos últimos comprendidos en el territorio de Popayan. Los abanes eran dóciles y de carácter dulce, lo cual hizo que fuesen reducidos en su mayoría por los misioneros católicos.

Los achaguas habitaban entre los llanos de Cazanare y Meta y en los bosques contiguos al río Ele. Eran diestros tiradores y luchaban cuerpo á cuerpo con las fieras, aunque solían emplear en sus guerras con otras tribus, dardos envenenados. Tenían particular cuidado con el cabello, llevándo-

dolo muy largo y untado con aceite. Se pintaban la cara con un betún especial y el cuerpo con varios colores, dibujando en las hembras unos bigotes hacia la barba con zumo de jagua, que les daba un aspecto de repugnante fealdad. Por lo demás, los achaguas eran de naturaleza dócil pero muy dados á embriagarse con la chicha, espirituosa bebida que hacían fermentando el maíz.

Los adoles, que el año 1784 fueron destruídos por los caribes, moraban en las llanos de San Juan, cerca del rio Sinaruco.

Los agualos, habitaban en las montañas situadas al Norte del Apure.

Los airicos, temidos de las otras naciones vecinas por su valor y destreza en el manejo de las armas, eran muy numerosos y poblaban los llanos de Cazanare y Meta, al Oriente de las montañas de Bogotá, en las inmediaciones del río Ele. El año 1662 convirtió muchos de estos indios al catolicismo, el jesuíta P. Antonio de Monteverde.

Los amucas ó amurcas era una nación derivada de los panches, que vivía en los bosques occidentales del río Magdalena.

Los barbures, descendientes de los chitareros, habitaban, como éstos, en las selvas inmediatas á la ciudad de Pamplona. Tanto los barbures como los chitareros vivían errantes en aquellos bosques; iban enteramente desnudos y eran en extremo sensuales.

A orillas del río Cazanare, y confinando con la antigua provincia de Caracas, habitaban los betoyes, nación numerosa, por completo convertida al catolicismo el año 1717 por los hijos de Ignacio de Loyola.

Los bodiguas ó bodignas, bondas y jeribocas, habitaban al Noroeste de Santa Marta, y opusieron heroica y valerosa resistencia á los conquistadores españoles.

Los chimilas poblaban los bosques situados al oriente del río Magdalena; eran nómadas, crueles y traidores.

Los chitanos, que moraban en los bosques al N. E. de las montañas de Bogotá y en las orillas de los ríos Ele, Cuiloto y Arauca, eran indómitos y crueles, temidos de todos los indios sus vecinos. Unidos á los jiraras, que también vivían en las montañas de Bogotá el año 1555, tomaron y destruyeron

la ciudad de Las Palmas, que en 1553 había fundado Diego de Montes.

Cerca del río Bermejo y en los bosques de Fosca, habitaban los feroces y crueles choques, que muchos creen estaban emparentados con los indios caribes.

Los guaraunos ó guaraunas habitaban en las islitas situadas en la desembocadura del Orinoco; y como en el tiempo de sus mayores crecientes se inundaban aquéllas, los guaraunos vivían generalmente en las copas de los árboles, donde construían unas cabañas capaces de contener una familia de seis ó siete personas. Cultivaban algunas raíces, que reducían á harina, de la que se alimentaban, y eran sumamente entendidos en la pesca.

Más civilizados aún que los guaraunos, los guatavitas poblaban el territorio situado al N. E. de Santa Fe de Bogotá, y era una nación derivada de los muscas ó muiscas. Pusilánimes y tímidos, labraban con inteligencia admirable el oro y la plata, cuyos metales fundíanlos en hornos especiales para hacer joyas preciosísimas y caprichosas alhajas, que hoy no admira bastante el arqueólogo. Los guatavitas prestaban singular adoración á la laguna de su nombre, y arrojaban en ella considerables riquezas; en sus orillas habían construído uno de los mayores y más ricos templos que los conquistadores españoles encontraron en Nueva Granada. Hernán Pérez de Quesada fué el primero que desaguó la citada laguna, extrayendo de ella oro y plata por valor de 4.000 pesos, y poco después Antonio de Sepúlveda hizo lo propio, logrando mucha más utilidad y una esmeralda de sumo valor. Mas tarde, otros españoles sacaron de ella grandes cantidades de oro, plata y esmeraldas.

Los guaticos, en las inmediacíones de la ciudad de Anzerma, eran crueles, traidores, sumamente lascivos y antropófagos.

Los guajiros ó guaxiros, era una nación del antiguo Gobierno de Santa Marta, en las inmediaciones de Pamplona y Mérida. Belicosos, valientes y muy amantes de su independencia, opusieron terrible y aun heróica resistencia á los conquistadores españoles. Eran numerosos; sacaban perlas del río Hacha y hacían delicados tejidos de algodón. Sus vesti-

dos eran sumamente raros; las mujeres llevaban una manta cosida á modo de basquiña y los hombres una camiseta corta, una manta terciada al hombro y unos calzones hasta media pierna.

Los marquetones, que habitaban en las selvas del Norte de Bogotá, trabajaban el oro que producía en abundancia las ricas minas de su territorio. Los españoles, trabajaron también con utilidad estas mismas minas.

Los otomacos, que habitaban en las cercanías del Orinoco, confinaban por el N. E. con la nación de los Paos, y por el N. O. con la de los irauros. Sus costumbres eran sumamente raras y dignas de estudio.

Al amanecer lloraban con estrépito por sus muertos y difuntos, no cesando en sus llantos hasta muy entrado el día; entonces, comenzaba el baile para los que no trabajaban, baile que no terminaba hasta después de las doce de la noche, que, rendidos, se recogían á dormir solo tres horas. Los que por sus caciques y capitanes libremente elegidos entre ellos, eran designados para trabajar, lavábanse en el río y después marchaban unos á cazar ó pescar y otros á las labores del campo.

Las diversiones, consistían en el baile y en el juego de pelota, en que eran diestrísimos, y perdían muchas veces hasta la libertad. La destreza en estos juegos, era apreciada por un jurado.

Las mujeres ocupábanse en hacer ollas de barro muy finas y tejian esteras, mantas, canastos y sacos del cáñamo ó pita que sacaban de una planta que denominaban mauriche. También jugaban á la pelota, con no menos habilidad y destreza que los hombres.

Hacían una especie de pan de cuantas frutas y raíces tenían á mano, dejándolas podrir en un hoyo con agua y amasándolas después con tierra y grasa de caimán ó tortuga.

Usaban los hombres las sangrías durante el juego de pelota, sajándose con afiladas puntas los muslos, piernas y brazos, dejando correr la sangre, hasta que para detenerla se arrojaban al río y aplicaban arena á las heridas. De esta manera dice el padre Gumilla, en su *Historia del Orinoco*, que se conservaban en extremo fuertes y robustos.

Los otomacos no eran polígamos, y tenían la singular costumbre de casarse jóvenes con viejas; y sólo cuando enviudaban les estaba permitido unirse en matrimonio con una joven, pues decían que casarse dos mozos, era juntar un par de locos sin experiencia.

Valientes y belicosos, lucharon briosamente con los caribes, hasta que éstos aprovisionados por los holandeses de armas de fuego, hiciéronles huir á las montañas, donde gran número de ellos fueron convertidos al Catolicismo en 1732, por los Padres de la Compañía de Jesús.

También son dignos de mención, los paeces, nación habitante de las selvas situadas cerca de Cártago y Timaná, que eran feroces antropófagos, que derrotaron, el año 1540, las tropas españolas de Pedro de Añasco y de Juan de Ampudia, y á mediados del pasado siglo destruyeron la ciudad de su mismo nombre, fundada en 1563, por el capitán Domingo Lozano, en la orilla del Magdalena, en el valle de Saldaña.

Los pastagoros, á orillas del Magdalena, crueles, feroces y traidores, que usaban por armas flechas envenenadas.

Los pijaos, en el antiguo Gobierno de Popayan, vivían en cabañas, que construían en las copas de los árboles, y eran feroces, crueles y guerreros. Unidos con los manipos dieron mucho que hacer á los conquistadores del Nuevo Reino de Granada, destruyendo las ciudades de San Vicente y de los Angeles, ésta situada entre Tocaima y Neiva, y aquella en los llanos de Saldaña.

Los salivas, entre los ríos Meta y Cazanare, en el antiguo gobierno de San Juan de los Llanos, eran cobardes, dóciles y pacíficos. Sus costumbres eran en extremo extravagantes: cuando llegaba el tiempo de la siega, salían todos los mozos al trabajo, y formados en fila recibían repetidos y fuertes azotes de manos de los viejos, según ellos, para quitar la pereza á la juventud: conceptuaban adúltera á la hembra que paría mellizos, y peinaban las mujeres á sus maridos, hijos, hermanos y huéspedes, igualándoles el pelo y untándoles el cuerpo con pomadas y aceites, que extraían de diversas plantas y semillas.

Los sutagaos habitaban entre los ríos Pasca y Sumapaz; eran de mediana estatura y de carácter pusilánime, por lo

que usaban flechas envenenadas, para libertarse de sus enemigos y poder con más facilidad dedicarse al robo y al pillaje, su ocupación favorita, para después ofrecer parte de lo robado á los ídolos de oro, de barro y de madera que adoraban. Eran muy dados á hechicerías y tuvieron estrecha confederación con los pijaos, sus vecinos, contra los españoles, dominando á los sumapáez, doas y cundayes, más con el espanto de sus hechizos y hierbas que por el valor de sus armas. Tenían poblaciones perfectamente construídas, una de las cuales tomó, saqueó y destruyó, Gonzalo Jiménez de Quesada el año 1538.

Y aun los caberres, calandaimas, cayos, cayvanis, chímicas, chinatos, chiricoas, chiscas, chitanos, chyayzaques, colimás, corumenes, doas, doimas, fusungaes, geruras, gorrones, guachicos, guamos, guaneros, guapís, guaraepoanos, guaranos, guasinoes, guarbas, guaiquiries, guazquias, iraruros, irotos, laches, lolucos, macos, malambos, malifilitos, mapoyes, mazques, maipures, natagaimas, nanzas, orotomecas, palamos, paos, parri-parries, pascas, quecas, quillachirgas, quinchias, supias, tamanacas, teguas, tumbos, urruiabaes y zunubas.

Pero indudablemente, de todas las naciones de indios que llevo mencionadas, las que más se distinguían bajo el aspecto de su civilización y cultura, eran los muzos y mozcas ó muiscas, de los que me he de ocupar en capítulo aparte.

Los muzos habitaban al N. O. de Bogotá, y su territorio ha sido siempre célebre, por las ricas minas de esmeraldas, de que ha producido y produce las mejores del mundo.

Las costumbres de los muzos eran singulares. Decían que al principio del mundo hubo á la otra parte del río Magdalena una sombra de hombre, á quien llamaban en su idioma Are, la cual labró en madera los restos de algunos hombres y mujeres, que, echandolos al río, salieron vivos y entonces los casó, desapareciendo y dejándolos, por padres y progenitores de todos los indios.

Su gobierno era hereditario, pues á la muerte del marido entraba á heredar el hermano, tomando como suya la esposa del difunto, menos cuando aquélla era causa de la muerte de éste.

Los matrimonios se efectuaban de una manera rara. Cuando la hija había llegado á alcanzar dieciseis años, concertaban los padres la boda, sin contar con ella para nada: ajustado el trato, iba á verla su futuro marido, haciéndola objeto durante tres días de las mayores deferencías, á las que ella correspondía, dándole de palos y puñadas; pero transcurrido este tiempo, se aplacaba la novia y le preparaba la comida, enviándosela con su madre ó parienta más cercàna. Entonces, vivían ambos juntos durante un mes pero sin consumarse el matrimonio, so pena de ser tenida la mujer en mal concepto; transcurrido este tiempo, podían ya, hacer vida marital, ambos cónyuges.

Los muzos odiaban tanto el adulterio, que muchas veces el marido se suicidaba por no sobrevivir á su deshonra. Pero otras, las más de ellas, se consolaba con romper cuantas ollas y vasijas de madera y de barro caían en sus manos, marchándose al monte, donde vivía en la mayor soledad por espacio de un mes, pasado el cual, su mujer le arrastraba de los cabellos y le daba de patadas, yéndose otra vez juntos, á vivir en paz. Cuando el hombre se mataba, la mujer estaba obligada á tener el cadáver tres días sobre sus rodillas; entonces, lo tostaban al fuego, poniéndolo en un túmulo y teniendolo así por espacio de un año. La esposa adúltera, entretanto, andaba errante por los campos, viéndose precisada á alimentarse de raíces y vegetales que ella cultivaba; pero expirado el año y enterrados los restos del que fué su esposo, iban sus parientes y los del difunto á buscarla, la llevaban á su casa, y la casaban segunda vez.

Los muzos estuvieron sujetos á los nanzas y á los muiscas durante muchos años; pero eran tan valerosos, que los arrojaron de su territorio para ser conquistados á poco por el capitán español Luis Lanchero, el año 1559, no sin que éste tuviese que contrarrestar la resistencia tenaz de los muzos, con hechos prodigiosos de valor y de heroísmo.

Los indios del Darién también se pueden conceptuar comprendidos en el Nuevo Reino de Granada. Eran valerosos y atrevidos, pero crueles, estúpidos y de mala fe, que vivían de la pesca y de la caza, y usaban adornos de oro en la cara, á pesar de ir siempre casi desnudos.

Todos los indios de Nueva Granada, eran en su mayoría salvajes; pero algunas naciones, como se ha visto, no carecían del todo de civilización y de cultura, aunque ninguna de ellas estaba, á este respecto, tan avanzada como la muisca ó chibcha, según hemos de ver en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVII

Civilización chibcha ó musica.

Los chibchas, eran los más adelantados de los pueblos que moraban en el Nuevo Reino de Granada. Mis investigaciones acerca del origen de esta nación, me han convencido de que procedía de una mezcla de la raza autóctona, descendiente de las primitivas generaciones terciarias americanas, con los invasores de la edad neolítica.

Los chibchas, que habitaban en las altas sabanas de Bogotá, formaban dos poderosos reinos, el de los zipas, que comprendía aproximadamente el departamento de Cundinamarca, y cuyo rey, el Zipa, residía en Funza, y el de los zaques, que tenía su capital en Hunsa ó Tunja, comprendiendo el departamento de Boyacá.

El heredero del zipa, era el hijo mayor de la hermana del rey, y desde la edad de diez años, se le encerraba en una casa ó monasterio de Chia, recibiendo la investidura real de manos de su tío, y era el jeque de aquella ciudad, hasta la muerte del zipa.

El gobierno era despótico, y el zipa y el zaque, dictaban leyes, administraban justicia, mandaban los ejércitos y ninguno de sus súbditos podía presentarse á ellos, ni mirarles de frente, sin llevarles alguna ofrenda.

Los chibchas castigaban el homicidio, el rapto, el incesto

y el adulterio, con la pena de muerte; al sodomita con empalamiento, y al ladrón con azotes. Al que no pagaba las contribuciones públicas ó sus deudas privadas, le daban su casa por cárcel, y ponían en la puerta como centinela, un guardián con un tigre pequeño ú otro animal semejante, á los que tenía que dar de comer, mientras no pagaba. Y al cobarde en la guerra, le vestían de mujer, obligándole á ocuparse en oficios domésticos, durante cierto tiempo.

Creían, en la existencia de Dios, á quien llamaban *Chiminigagua,* en la inmortalidad del alma y adoraban al Sol y á la Luna, en templos adornados de oro y de esmeraldas.

Según ellos, un anciano de barba y cabellera blancas, que les había predicado la verdad, llamado Bochica, vivió dos mil años en Sogamoso y transportado al cielo, dejó como representante suyo en la tierra, al gran sacerdote de Sugamuxi ó Sogamoso, cuyo templo era el más ostentoso y venerado: era electivo, y lo nombraban ó elegían, los caciques, de Gameza, Busbanozá, Pezca y Toca, y en caso de discordia, decidía el cacique de Tendama, debiendo ser oriundo de Tobazo ó Firavitova.

Había otros sacerdotes secundarios: los *chuques* ó agoreros, y los *jeques* ó ministros, que ofrecían los sacrificios y celebraban los matrimonios.

Los sacrificios eran de dos clases: de animales y de hombres, y entre éstos preferían á los jóvenes del valle de Oriente, á quienes llamaban *mojas* y custodiaban en los templos hasta la edad de diez años. Las víctimas humanas sólo eran ofrecidas al sol, al que inmolaban prosioneros jóvenes para teñir con su sangre las piedras del altar de aquel astro que recibían los primeros rayos del día. Además, cada quince años le sacrificaban otra víctima humana, arrancándole el corazón en solemne y lúgubre ceremonia: llamábase á esta víctima *quesa*, esto es, sin casa, porque la traían de los llanos del Oriente. Debía ser varón, á quien tenían encerrado hasta la edad de diez años, y entonces lo sacaban para pasearlo por los campos, volviéndolo á encerrar hasta los quince, edad designada para el sacrificio.

Los sacerdotes, además de las ceremonias del culto, cuidaban del cómputo del tiempo, así dividido: *semana*, tres

días; *més*, diez semanas; *año civil*, veinte meses ó lunas; *año sagrado*, treinta y siete meses; *siglo*, veinte años.

El tipo de los chibchas era el siguiente: cara más ancha que larga; frente aplanada y estrecha; ojos negros, chicos y de mirar astuto y desconfiado; pómulos prominentes; labios gruesos y descoloridos; falta completa de barba, estatura mediana; complexión fornida; dientes hermosos, y color cobrizo.

Cultivaban el maíz, la patata, la quinua, la yuca y la arracacha, y no conocían el plátano.

Comerciaban en esmeraldas, sal de Zipaquirá, tejidos de algodón y manufacturas de oro, tales como brazaletes, figuras de animales y engastes para caracoles y conchas marinas, que servían de copas en los banquetes. Tenían monedas de oro, y sus medidas de longitud eran el palmo y el paso.

Sus casas estaban cubiertas de paja y tenían forma circular, con techo piramidal.

Sus diversiones favoritas eran el canto y el baile, para el cual se pintaban y adornaban de conchas, esmeraldas y piezas de oro.

El idioma muisca era el más completo que se hablaba en América, después del quechua y del azteca. Carecía de la *c* y de la *d*, y usaban mucho las sílabas *cha*, *che*, *cho*, *chi*, *chu*. La distinción de los géneros, aun para los nombres de animales, se opera por medio de la palabra *khha*, hombre, para el masculino y *fhukhha*, mujer, para el femenino. El plural se expresa con ayuda de la palabra *mabie*, que significa mucho. El genitivo por *pqua* ó *ipqua*. El dativo por *guâca*. El acusativo por *cá*. El hablativo por *na*, etc. El adjetivo se coloca entre el sustantivo y la terminación característica del caso. El comparativo se obtiene posponiendo *ingy*, y el superlativo posponiendo *in* al positivo.

Los pronombres personales son declinables. Los verbos siguen dos conjugaciones, la una terminada en *squa*, y la otra en *sûca*. El imperativo se expresa por medio del radical, sin pronombres personales.

La mayor parte de nuestros tiempos y de nuestros modos existen en chibcha. Hay considerable número de verbos irregulares.

Para conjugar negativamente un verbo, se añade ó intercala, según el tiempo, la partícula *khha*. Se desconocen en esta lengua las preposiciones, siendo reemplazadas por posposiciones.

Por último, la construcción y la sintaxis tienen, como todos los idiomas aglutinantes, la inversión y la aglomeración como bases principales.

Los chibchas poseían, asimismo, algunas nociones de escritura, según se infiere del epitafio puesto en un sepulcro de Sogamoxo, así como de la inscripción de otros monumentos. También tenían jeroglíficos parecidos á los de los mejicanos; pero el más antiguo monumento gráfico conocido entre los muiscas era un calendario lunar, esculpido en una gran piedra y descubierto á fines del siglo último.

Contaban por veintenas, como los mejicanos, guaranis, del Paraguay y jaruros del Orinoco, y aun como los bascos y kymris en Europa.

Sólo tenían nombres propios para diez números, y para el veinte, á saber: *ata*, uno, *bosa*, dos, *mica*, tres, *muyhica*, cuatro, *hisca*, cinco, *ta*, seis, *cuhupena*, siete, *suhuza*, ocho, *aca*, nueve, *ubchihica*, diez, y *gueta*, veinte.

Concluyendo con una vuelta de las manos, pasaban á los pies, repitiendo los mismos nombres, á qne anteponían la palabra *quihicha*, que quiere decia, pie, y así decían: *quihicha ata*, once; *quihicha bosa*, doce, *quihicha mica*, trece, y así sucesivamente. Al terminar con un 20, pasaban á contar otro, uniéndolo con el primero, hasta formar un veinte de veintes. De modo que así como los matemáticos han dado al círculo 360 grados, por la facilidad con que este número se subdivide en otros menores para formar cualquier cálculo, así ellos dividían sus cuentas en cuatro partes, tomándolas de la misma naturaleza, partiéndolas de 5 en 5, y por eso sus números principales eran 5, 10, 15, 20, de los cuales se servían en el arreglo de todos sus negocios.

Cuando los españoles llegaron á Nueva Granada, el imperio chibcha contaba, según decían ellos, catorce siglos de existencia.

Los zipas más notables fueron Laguaumachica, que entró á reinar el año 1470; se apoderó del territorio de los fusagu-

suques, y murió en la batalla de Chocruta el año 1490, peleando contra las tropas del zaque Michua, que también quedó tendido en el campo.

Sucedióle Nemequene, que sujetó á los caciques de Zippaquirá, Nemza y Ubaque, y murió en la batalla de las Bueltas contra el zaque, sucediéndole Thysquisoca, y á éste Zaquesasipa, príncipe desgraciado á quien, so pretexto de que ocultaba sus tesoros, mandó el sanguinario Quesada dar muerte el año 1538, disponiendo que le atasen fuertemente con cordeles y le pusiesen herraduras hechas ascuas en los pies.

Los zaques ó reyes de Tunja fueron Unsahua, Tomagobta, Tutasuha, Michica, Quinumchateca y Aquiminzaque, último de los zaques chibchas que, por orden de Hernán Pérez, murió en el patíbulo.

Los conquistadores españoles en el Nuevo Reino de Granada fueron: Gonzalo Ximénez de Quesada, adelantado del Nuevo Reino; Sebastián de Belalcázar, adelantado de Popayán; Nicolás Fedremán, general de la gente de Venezuela; Jorge Robledo, mariscal de la provincia de Antioquía; el capitán Luis Lanchero, fundador de la ciudad de Muzo; el capitán Martín Galcano, poblador de la ciudad de Vélez; el maestre de campo Juan de Orjuela; el capitán Gonzalo Suárez Rondón, poblador de la ciudad de Tunja; el general Pedro de Ursúa, fundador de Pamplona; Hernán Venegas Carrillo, mariscal del Nuevo Reino; D. Pedro de Heredia, adelantado de Cartagena, y D. Pedro Fernández de Lugo, adelantado de Canaria.

Los españoles llegaron á Tunja el 20 de Agosto de 1537, y aterrorizados los indígenas, salieron á recibirles en actitud pacífica; mas como vieron relumbrar las láminas de oro del palacio de los zaques, penetraron atropelladamente en él y se formaron en el patio. Dícese que fué tanto el oro que llegaron á amontonar, que los soldados de á pie que estaban alrededor, no se veían de un lado á otro, y los de caballería no podían distinguirse sino de pecho arriba.

Dos soldados españoles, Miguel Sánchez y Juan Rodríguez Parra, fueron á registrar el templo de Sogamoso, alumbrándose con manojos de esparto encendidos; uno de ellos puso inadvertidamente su antorcha sobre la estera del pavi-

mento, y al instante levantóse un gran incendio, que destruyó, juntamente con el edificio, todas las riquezas que en él había. No obstante, se recogieron unos 50.000 castellanos de oro, procedentes de los escudos, los caracoles engastados y la urna sembrada de esmeraldas, en la que se guardaban las cenizas de los zaques.

Esto muestra las grandes minas de oro que los chibchas beneficiaban, con cuyo metal precioso hacían toda suerte de primores y de obras de arte.

En medicina, ó mejor dicho en botánica médica, los muíscas hallábanse sumamente adelantados.

Con la resina del palo *anime* (árbol), puesta en paños detrás de las orejas, se quitaban las jaquecas y dolores de cabeza. De los árboles de la *otova* sacábase una resina para remedio de la sarna y de la tiña, y como preservativo contra las niguas y demás insectos, así como para calmar el dolor de estómago. Para quitar los pasmos y los dolores de reuma, empleaban la goma del *curruczuy* (árbol), y con el agua del *merey* ó *caracolí* (árbol), atajaban las evacuaciones de sangre. Como cáustico, usaban las pepitas del *merey*, hasta el punto de que bastaba un pedacito de almendra para abrir una fuente ó levantar un vejigatorio. Para quitar las malas cualidades del agua, metían en las vasijas destinadas á contenerlas, productos de la raíz de *china*. Contra la ictericia tenían el jugo de la raíz del polipodio. Con las pepitas de un arbusto llamado *árbol del burro*, machacándolas y poniéndolas encima de las mordeduras de las víboras y serpientes venenosas, curaban aquéllas. Como purgante, empleaban la cañafístula, y para heridas y llagas el aceite del *cabima*, que extraían del tronco y ramas de dicho árbol.

Se ve, por estas rápidas consideraciones acerca de la civilización chibcha, que éste era un pueblo de relativa cultura, el más adelantado, después de peruanos y aztecas, de la América precolombina.

CAPÍTULO XVIII

Pueblos precolombinos de la Guayana.

Lo que hoy se llama Guayana, perteneciente á Inglaterra, Holanda y Francia, formó en la época colonial la extensa región de Nueva Andalucía; y antes de que Colón arribase á sus costas en 1497, y Alonso de Ojeda en 1498, era habitada por las naciones conocidas bajo los nombres de Acomes, Amapaes, Aravis, Aricaretis, Aricoris, Arbacas, Campagotes, Canuris, Caribes, Carivinis, Chahuas, Cumanaes, Eparagois, Marones, Mayos, Morinies, Omaguas ú Omiguas, Palenques, Papinis, Parimoes, Parragotes, Peritoes, Saymagoes, Sebayos, Supiayes, Vacaronis, Yaos, é Ivarepices ó Isarepices.

Entre estos pueblos, los más dignos de mención son:

Los amapaes, que vivían al Oeste del Orinoco, cerca del monte de Paria y entre los ríos Catury, Cayari y Meta. Eran valientes y atrevidos, pero sinceros y fieles: se mantenían de la caza y de la pesca, para lo cual, y para defenderse de sus vecinos los isarepices, con quienes estaban casi en continua guerra, usaban arcos y flechas que untaban con un veneno muy activo hecho con hierbas.

Los aricoris, que moraban al Suroeste y Norte del río Marañón, andaban errantes por los bosques, no sin dejar de llevar consigo á sus mujeres é hijos. Creían en la inmortalidad del alma y tal vez por esto hacían grandes honores y fiestas

á sus difuntos, matando á los esclavos á fin de que les acompañasen en su excursión por la otra vida. Conceptuaban á las estrellas mayores como hijas del sol y de la luna y las más pequeñas decían que eran criadas de aquéllas. Prestaban singular culto al demonio, á quien llamaban *Vatipa* y al que creían lisonjear practicando la poligamia, pues consideraban que el tener muchos hijos era, de todas las obras, la más meritoria á los ojos del *Vatipa*, puesto que aumentaban su nación sobre las demás, para vencer y exterminar á sus enemigos

Los omaguas ú omiguas era una nación extensísima que se extendía entre los ríos Napo, Curaray, Negro y Putumayo, y en las orillas del Marañón. Eran fuertes y guerreros, pero de dócil y bondadoso carácter; vivían en sociedad, cubrían su desnudez y poseían costumbres dignas de reflexión y de estudio. El célebre misionero y gran matemático alemán Samuel Fritz, que los convirtió al catolicismo en 1686, encontró en ellos algunos fundamentos de civilización y de cultura. Entre sus costumbres, la más singular era la de comprimir entre dos tablas la cabeza de los niños cuando nacían, por la frente y el cerebro, á fin de que creciese en punta, á manera de mitra.

Los palenques se denominaban así por las estacadas á modo de trincheras que construían para defenderse de sus enemigos.

Por último, los caribes de tierra firme distinguíanse sobre manera en el modo de confeccionar los venenos para sus flechas.

Peleaban con arcos y flechas con hierbas mortíferas, y en acertar los tiros eran muy diestros. Sus flechas las confeccionaban, según dice Las Casas, con "*aguijones* de avispas y de cabezas de ciertas hormigas y de manzanillos, y de zumos de hierbas y de leche de determinado árbol, y de otras cosas mortíferas; y no todos saben hacer ni hacen la dicha hierba, sino solas unas mujeres viejas, las cuales á ciertos ti empos encierran, forzadas y aunque les pese que nadie trate con ellas, y dánles todos los materiales de ponzoñas de que se compone la hierba. En dos días hacen y cuecen su mortífero ungüento, y, hecho, abren la puerta de la casa los

de fuera, y si hallan las viejas sanas, que no estén cuasi muertas, castíganlas dándolas pena, porque no hallan las viejas cuasi muertas no tienen la yerba por buena, porque de sólo el olor que las que la hacen reciben, para ser bueno, han de quedar cerca de muertas. Y por tanto aquella la echan por ahí como cosa sin provecho. Cualquiera que es herido della muere cuasi rabiando, cuando comienza á obrar; mientras no beben (porque causa gran sed) está como suspensa su virtud algún tiempo, y aun acaece veinticuatro horas, en bebiendo, luego el herido rabia: nuestros españoles ningún remedio saben ni tienen; los indios sí.„

CAPÍTULO XIX

Pueblos precolombinos de Venezuela y del Ecuador.

Descubierto este país por Alonso de Ojeda y principiada su conquista el año 1526 por Ambrosio de Alfinger, Jorge de Spira y Nicolás de Fedremán, pusiéronle el nombre de Venezuela por la semejanza que las poblaciones de indios de la laguna de Maracaibo tenían con la ciudad italiana de Venecia.

Los indios que habitaban la región enunciada pertenecían á las naciones de los alcoholades, dóciles y de caracter dulce; chingatos, crueles y antropófagos; girahazas, que fueron descubiertos y vencidos en 1536 por el capitán español Diego Martínez, y Quiriquires ó Quiriquiripas, que tejian hamacas y mantas finísimas de algodón, y aun á las de Corominos, Cuibas, Cuicas, Guajiros, Peritoes, Pocabuyes y Zaparas.

Compone hoy la República del Ecuador el territorio del antiguo reino de Quito, conquistado por el 13 Inca ó Emperador del Perú Huayna-Capac, en tiempos de su padre Tupac Yupanqui.

Casado Huayna con Sciri-paccha, hija del rey de Quito, tuvo de ella á Atahualpa, que fué primer rey de este país y después 15 Inca, á consecuencia de la batalla del Cuzco, en que quedó vencido su hermano mayor Huascar; pero á poco derrotado por el español Francisco Pizarro en las cercanias

de Caxamarca, murió degollado Atahualpa á los cuarenta y ocho años.

El reino de Quito en la época colonial, sujeto á la jurisdicción del virreinato de Santa Fe de Bogotá, fué descubierto por Gonzalo Pizarro el año 1534 y conquistado por Sebastián de Belalcázar. Comprendía las provincias de Pasto, Jaen de Bracamoros, Esmeraldas, Quixos, Macas, Mainas, Mocoa, Sucumbios, Xibaros, Ibarra, Tacunga, Ambato, Ríobamba, Cuenca, Loja, Zamora, Chimbo Alausí, Guayaquil, Popayán, Chocó y el Raposo.

Por todas estas provincias hallábanse esparcidas las naciones abijiras, convertidos al catolicismo por el jesuíta Lorenzo Lucero en 1665; Anenteres, crueles, traidores é inconstantes; Xibaros, robustos guerreros é intrépidos, en cuyo país existían muchas minas de oro que ellos beneficiaban; Apichiquies, sujeta y unida al Perú por el inca Huayna-Capac; Cañaris, robustos, laboriosos y dóciles, conquistados por el Inca Tupac Yupanqui; Caranguis, en cuyo territorio tuvieron los incas un magnífico palacio, del que se conservan algunos vestigios; Encabellados, descubiertos el año 1635 por el capitán español Juan Palacios, y llamados así, porque tanto los hombres como las mujeres se dejaban crecer el cabello y lo llevaban muy largo, habitando al Norte del río Napo; Mantas, sumamente lascivos y sodomitas, que adoraban como á una deidad á una gruesa esmeralda sacada de sus minas, y á cuyo santuario acudían en peregrinación muchos de los pueblos bárbaros del antiguo reino de Quito; Oas, nación descubierta y convertida al catolicismo el año 1666 por el jesuita Ramon de Santa Cruz; Pichunsis, disolutos y sodomitas, conquistados por Huayna Capac XIII, emperador de los Incas; Plateros, de la provincia de Cuenca, llamados así porque eran excelentes artífices en platería; Purvayes, belicosos, fuertes y de sutil ingenio, así como los Ardas, Ayacoras, Barbacoas, Becavas, Chavelos, Cherinas, Chufias, Cofanes, Cungies, Frascavinas, Gayes, Inuris, Ipaquisas, Malaguas, Peguas, Pinampiros é Icahuetes.

Los indios de la provincia de Pasto eran célebres por su habilidad portentosa en barnizar maderas y objetos con una resina que extraían de unos árboles de sus bosques, llamada

Mopa-Mopa, y con la cual elaboraban barnices hermosos y permanentes.

Se dice que los indios de Quito conocían las virtudes febrífugas de la quina, que tan famosos ha hecho á los bosques de Loja.

CAPÍTULO XX

Indios brasileños.

Aparte de ciertos y contundentes argumentos basados en la Antropología, que no dejan lugar á duda, de que el hombre apareció antes que en parte alguna en América durante la época terciaria, tenemos una razón poderosísima en pro de tal hecho, que no admite réplica: la existencia en edades remotísimas de civilizaciones americanas, pues cuando los otros continentes estaban habitados por salvajes nómadas de la edad de piedra, América se hallaba poblada por hombres que construían ciudades y monumentos grandiosos, manifestaciones fehacientes de un estado social muy avanzado.

¿No parece enunciarlo así, los mounds ó construcciones piramidales que se hallan en abundancia en los Estados Unidos, los majestuosos palacios de Copán y de Palenque, en la América Central y los de Tihuanaco, entre tantos otros, en el Perú, todos ellos más antiguos que las pirámides de Egipto, y que en la época de la conquista encontrábanse arruinados y, según testimonio de aquellos indios, hacía largos siglos que en tal estado de ruina se hallaban?

¿Cómo se produjo esta civilización brillantísima en América? No hay que olvidar que los progresos que la inteligencia hace en todos los órdenes, y cuya suma es lo que constituye el estado civilizador de un pueblo, no se elaboran sino

en virtud de largos períodos de siglos, y que la situación geográfica y condiciones naturales de los países influyen sobremanera en esta transformación, determinada primero por la necesidad, perfeccionada más tarde en el humano cerebro y traducida después en hechos y obras de asombro, al exterior.

Luego se puede asegurar que esa remotísima civilización, que ha debido ser la obra de incalculable serie de siglos, puesto que la edad terciaria, época en que primero apareció el hombre en América, se encuentra alejada de nosotros por 350.000 años, es de origen exclusivamente americano. Allí se formaron sus diversas lenguas, se crearon y perfeccionaron instituciones sociales que suponen una elaboración secular y se levantaron las construcciones cuyos restos no pueden verse sin respetuosa admiración.

¿Cómo se destruyeron estas civilizaciones? Pues merced á invasiones numerosas, que para dominar á las naciones que en América encontraron las cuales debieron oponerles ruda resistencia, aniquilaron y arrasaron las ciudades y demás vestigios que de civilización encontraron, retirándose aquellos de sus habitantes que no fueron reducidos á esclavitud, á las montañas más agrestes y escarpadas, formándose de tal modo esas tribus salvajes que tanto abundan, sobre todo, en la América del Sur; hay que tener presente que la vida de los bosques, el ejercicio corporal continuo que en ella se hace para resistir y vencer á las fieras, acaba por debilitar cada vez más la facultad ingénita en el cerebro humano de ser inteligente, de producir fuerza intelectual, con asombroso desarrollo de las facultades físicas; cosa de suyo muy abonada para influir en las sucesivas generaciones, hacerlas aptas para el salvajismo, separándolas de la civilización y de la cultura.

"De estos hechos—dice Francis A. Allen en su obra *La très ancienne Amérique*—aparece que la tragedia que en el viejo mundo tuvo por desenlace la caída del Imperio romano, se repitió en el nuevo mundo, y que los godos, los hunos, y los vándalos de América consiguieron destruir una civilización que podía rivalizar con las de Roma, de Nínive, del Egipto y de la India.„

Así, pues, nos indica todo esto que, á lo menos una parte considerable de la población americana, ha pasado por alternativas de adelanto y de retroceso; que el nacimiento y desarrollo de aquella antigua civilización, la caída de grandes y viejos imperios y la aparición de otros, comprueba la existencia del hombre en el continente americano desde remotísimos tiempos.

Pero la influencia de estas invasiones hízose sentir allí donde había alguna nación civilizada, y así, vemos según la arqueología ha demostrado á Richard Burton y éste dice en su *Explorations of the highlands of Brazil,* que los indios salvajes del Brasil, pertenecen á una raza anteriormente civilizada, cuyos individuos, buscando en los montes y en las selvas, una libertad que en sus antiguas ciudades no encontraban, trocaron sus usos de civilización y de cultura por costumbres feroces y salvajes.

De esta raza derivábanse los indios crueles é incultos del Brasil, como los amacaches, amirocores, aunaciores, apotous, apuyes, aquiqueres, arapes, augaras, guatacasios, margajates, maribuces, mariquites, obacatiaras, petiguares, quirigujes, tapuyes, tibuares, tobaxares, tacantines, tomonimes, topinambos, toparos, tupiques, vayamabasanes, vaimores viatanis, arejes y siguares.

Estos indios, á pesar de su salvajismo, conservaban de su pasada grandeza y civilización algunos, aunque pobres, vestigios.

Hacían vino de yuca después de confeccionar su pan ó cazabe, y para guardar este embriagador líquido, "guardábanlo—dice Cristobal de Acuña—unos en tinajas muy grandes de barro como las de nuestra España; otros en pipas pequeñas que labran de una sola pieza de socavados troncos, y otros en vasijas grandes que texen de yervas dándolas por dentro y fuera tal betún, que no se les pierde gota de licor que en ellas recogen.„

Eran los indios brasileños muy diestros en la pesca, sobre todo en la de la tortuga, que criaban en corrales "cercados de palos, cavados por dentro, de suerte que como lagunas de poco fondo conservan siempre en sí el agua llovediza.„ Conocían algo de medicina, puesto que curábanse las heri-

das con aceite del árbol de andinova y aun con bálsamo de copaiba. Construian sus canoas ó embarcaciones con hachas y azuelas hechas del casco más fuerte de la tortuga, con cuyos útiles, hacían también sus casas, mesas, tablas y asientos.

Conocían el comercio de cambio, puesto que trocaban por objetos útiles para ellos, tinajas, ollas, cazuelas y jarros de barro.

CAPÍTULO XXI

Indios del Paraguay, del Uruguay y de la Argentina.

En el territorio de la actual República del Paraguay se hallaban los chiquitos, indios llamados así porque sus casas eran tan bajas, que para entrar en ellas tenían casi que arrastrarse por el suelo. Las naciones de los chiquitos eran las siguientes:

Piescas, caytaporades, veripones, punajicas, bohococas, huaycuries, quimecas, tabacicas, quitemocas, huapacas, zebacas, napecas, baurecas, quinomecas, yarucaricas, tampicas, huaravos, cucicas, xuberecas, parisicas, xamanucas, tapuricas, cupiecas, curiminacas, otures, zarabecas, meriponecas, anaporecas, tapacuracas, paunacacas, quidabonecas, morotococos, curacanecas, bazorocas, taos, ecorabecas, mataycas, boros, otuques, maxamoricas, penoquicas, parabacas, ubisonecas, batasicas, pequicas, chamaros, pizocas y payconecas.

Los individuos de estas naciones andaban totalmente desnudos, pero las mujeres vestían una larga camiseta de algodón llamada *tipoy,* cuyas mangas llegaban sólo al codo. Ambos sexos horadábanse las orejas y el labio inferior, para colgar de ellos plumas de vistosos colores y un trozo de estaño.

Usaban de arcos y flechas para sus guerras, y su gobierno era esencialmente liberal, pues los caciques, elegidos por

sufragio universal, eran destituídos si no gobernaban á gusto del pueblo.

Otros pueblos salvajes moraban en el Paraguay en el Uruguay y en la Argentina, como los guaranis, valerosos, ágiles y robustos, y los chiriguanas, charrúas, churumatos, guaycurues, gallagues, payaguas, layanos, poreromos, calchaquies, mataguayos, tobas, abipones, chilacutiquies, chiquinos, teutas, mocobies, aquilates, palalis, gortonos, humayonos, huarpos, malbalaes, agoyas, taños, tainuyes, tracanos, mogosuas, amulalaes, palomos, choroties, tobotionos, pildoris, naparus, lules, toconotes, guanas, caramais, perequanos, abayas, toquistineses, tanuyes, yapayaes, cueroyenos, bocaracanas, niguaraas, chunipies, bilelas, ivirayaras, xolotas, curetes, socondues, yxistineses, oristineses, maraponos, upionos, morionos, cipores, guamalcas, zapitalaguas, ayusequiteres, bocoos, motitis, corometes. ojotaes, chichas, taparunas, carotonos, chiribionos, bayatuis y orejones.

Estos pueblos son aún menos civilizados que los de los chiquitos, y el padre jesuíta Juan Patricio Fernández, en su *Relación historial de las misiones de los indios que llaman chiquitos*, habla de los precitados pueblos en esta forma:

"Quanto al vestir los hombres, se ciñen por la cintura una faxa, de que cuelgan muchas plumas pendientes alrededor, y en el resto desnudos; otros se ponen sobre todo esso una corona de plumas en la cabeza, y en algunas naciones tienen una como capa larga de cuero de venado, que llaman *queyapi*, para defenderse de las inclemencias; y desde el cuello hasta abaxo, cuelgan una cinta emplumada sobre dicha capa. Las mujeres se cubren algún tanto, lo que basta para no estar del todo desnudas. No tienen gobierno, ni guardan vida política. Sólo en cada tierra hay un cacique, á quien ordinariamente tienen algún respeto y reverencia. Viven pocos juntos, porque como carecen de govierno y no tienen cabezas, por qualquiera ligero disgusto se separan. Sus casas no son más que un rancho de paja dentro de los bosques, unos en una parte y otros en otra, sin orden ni distinción; y ni aun esto tienen los payaguas, los quales nunca están fixos en un lugar, y cada noche hazen alto en diverso paraje; por lo qual no usan de otra casa que una pequeña estera para repararse

del viento, y en lo demás duermen al descubierto. La mayor parte del tiempo gastan en buscar miel por las selvas para hazer su vino, con que se embriagaban muy frequentemente, y luego que se les calienta la cabeza y pierden aquel poco juyzio que antes tenian, á lo mejor de la embriaguez paran todas sus fiestas en peleas, heridas y muertes; porque los rencores y los odios sepultados largo tiempo en sus pechos alevosos, por cobardía y temor, salen afuera en tales ocasiones y se procuran vengar con furor increible; y lo que causa más admiración es que los parientes de los muertos no se sienten nada de la injuria recibida, quando buelven en sí, por más estrecho que sea el parentesco.„

Hasta aquí el padre Fernández. Yo no tengo á estos datos otra cosa que añadir, sino hacer constar la perfecta analogía que en el orden antropológico existe entre las razas paraguayas y las brasileñas.

¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que ambas razas son derivadas de un mismo tronco de aquella civilización de que nos habla el inglés Burton, y que á mi modo de ver alcanzó uno de sus focos al Paraguay, al Uruguay y á la Argentina; esto es, á los países situados en las orillas del Plata.

CAPÍTULO XXII

Indios de Chile.—Peguenches.

Chile fué descubierto por Diego de Almagro el año 1535, empezando su conquista, que después continuó en 1541 el célebre Pedro Valdivia, que murió á manos de los araucanos en 1551. Pero antes el Inca Yupanqui XI, emperador del Perú, había conquistado parte del territorio chileno hasta el río Maulí ó Maulle. Los indios que habitaban este país antes que fuese pisado por Almagro, se dividían en naciones enemigas é independientes entre sí, como los antallis, que se opusieron valerosamente á los progresos del Inca Yupanqui, haciendo que sus conquistas no pasasen más allá del río Maulí; los conquis, que obligaron á Yupanqui á retirarse con su ejército á Coquimbo; los guarpes, de color más oscuro que los demás de Chile, pero mas altos, bien hechos, ágiles, generosos, y quizá los indios americanos más diestros para la caza; los pinens, que obligaron á Yupanqui á poner fin á sus conquistas por la parte del Sur, en el río Maulí, y aun los poyas, pulches, yanacunos, peringues, juncos y chauracabis.

A estas naciones hay que añadir las de los araucanos y peguenches ó pequenches, derivadas todas ellas, á mi entender, de aquellas tribus terciarias primitivas que se quedaron en las selvas americanas, allá, en la época remotísima en que ejércitos numerosos de hombres las abandonaron, enca-

minándose por la Atlántida á las regiones africanas, de donde salieron muchas de las naciones que poblaron en lo antiguo la Península ibérica y gran parte de las playas europeas del Mediterráneo.

Los peguenches eran de piel cobriza, de cinco á seis pies de estatura, sumamente robustos, de cabello negro, aunque en su punta rubio, cara redonda, ojos un tanto hundidos, la nariz aplastada, la boca más pequeña que la de los indios peruanos, los dientes muy blancos, las piernas musculosas y bien formadas, y los pies y las manos pequeñas.

Tal es el retrato físico de los peguenches; en cuanto al moral, eran fuertes con los débiles, y cobardes con los intrépidos y valerosos. Las hostilidades no llevaban nunca otro objeto sino el robo, y su carácter estaba informado en un amor grande al interés, en la desconfianza, en la traición y en la malicia.

Tenían los peguenches una civilización no muy avanzada, aunque digna de atención y de estudio.

Sus costumbres y sus instituciones políticas estaban influídas por ése individualismo extremado é impropio de una perfecta vida social. Su amor á la propia individualidad les hacía inaptos para vivir colectivamente; porque en este caso, al preferir las ventajas de la vida colectiva, hay por fuerza que prescindir de muchos derechos individuales, cuya existencia lesionan y dañan los derechos de los otros miembros de la colectividad.

Los peguenches agraviados se constituían en jueces de su propia causa, y, por lo tanto, entre ellos no era conocido otro derecho que el del más fuerte; pues aunque tenían caciques, éstos ni eran respetados ni ejercían autoridad alguna: sólo servían para guiarlos y conducirlos en las guerras que con las demás naciones vecinas tenían.

Los delitos que más odiaban eran el homicidio, el adulterio, el robo y la hechicería. El que mataba debía ser muerto por los parientes del difunto, ó compensar con dádivas ó con su trabajo personal á los mismos parientes. La adúltera pagaba con la vida su infidelidad; pero había de ser con la aquiescencia de los parientes, porque de lo contrario perecía á manos de ellos el marido que la mataba. El ladrón había de

pagar al robado el producto de su robo, y cuando no, el damnificado se cobraba de la hacienda del pariente más próximo del delincuente. Todo esto, como es fácil comprender, daba lugar á una serie de combates parciales de los que siempre salían triunfantes el valor y la fuerza.

Los peguenches creían en la existencia de dos principios, uno amante del bien y otro del mal, al cual llamaban Gueculbú; pero ni á uno ni á otro tributaban culto alguno, puesto que decían que el principio del bien debía hacer que los beneficios recayesen en los hombres, sin excitación ni recompensa alguna.

De Astronomía tenían algunas, aunque pocas nociones. Dividían el año en los siguientes doce *cuyenes* ó meses.

Gualenquiyen..	Enero, mes de calor.
Imaniquiyen...	Febrero, tiempo 2.° de calor.
Atenquiyen....	Marzo, tiempo de piñones.
Unenenimi.....	Abril, tiempo de hierba perdiz.
Incanquiyen. .	Mayo, tiempo en que sigue la hierba.
Ince-curiquenu	Junio, tiempo 1.° del cielo negro.
Llague-cuye...	Julio, tiempo 2.° del cielo negro.
Penquen.....	Agosto, mal tiempo para los viejos.
Inan-curiquenu	Septiembre, tiempo de brotes.
Guta-paquin...	Octubre, el brote crecido.
Gueguilqueyen	Noviembre, tiempo de desganchar.
Villa-quiyen...	Diciembre, tiempo de necesidad.

Computaban las estaciones en cuatro partes: á la primavera llamaban *tripantú*; al estío, *gualetripantú;* al otoño, *demuatraquem;* y al invierno, *puquem*. A las estrellas les daban la denominación de *huaglemi*; al cielo en general *guenumapú*; á la luna *guillen-mapú*, y á los eclipses de sol *layante*, esto es, *el sol ha muerto*.

De medicina también tenían algunas nociones; conocían buen número de plantas medicinales que sus *machis* ó médicos aplicaban á los enfermos, bien al interior cocidas en agua, ora al exterior sobre la parte dolorida, en forma de emplastos con la hierba machacada.

Sus casas eran, más que otra cosa, míseras cabañas construídas con las pieles de las fieras que en sus bosques cazaban para alimentarse con sus carnes.

Por lo demás, los peguenches tenían una especie de literatura, pues cultivaban con éxito la oratoria y la poesía, toda vez que el ser buen orador y poeta contribuía, juntamente con la fuerza y con el valor, para subir á los primeros puestos de la nación.

CAPÍTULO XXIII

Civilización chilena.

Un estado social no es perfecto en tanto que no llega á informarlo el humano y civilizador principio de la libertad del trabajo; pues ésta, como dice un ilustre autor chileno, D. Diego Barros Arana, hace indispensables la unión y la cooperación de todos los individuos para el bienestar y el mejoramiento de la comunidad.

Los indios chilenos de las épocas precolombinas, cuyas principales tribus he enumerado en el anterior capítulo, vivían en aquel rudimentario estado en que todos los hombres desempeñan las mismas ocupaciones; es decir, no tenían cultura, y su civilización era deficiente.

Sin embargo, en Chile se conocía desde la dominación inca, algunos años antes de la llegada de Almagro y Valdivia, el empleo del cobre y el de la tierra cocida para la fabricación de vasijas. Pero, antes de esto, los indios chilenos empleaban la piedra, las espinas de los pescados, las conchas de los moluscos, los huesos de algunos cuadrúpedos y de algunas aves para la fabricación de sus armas, de sus adornos, y aun de los útiles que necesitaban.

La agricultura era desconocida entre las tribus chilenas anteriores á la dominación inca; pero después de ella empleaban el arado, conocieron el riego y otras operaciones agrícolas de importancia.

En la construcción de embarcaciones también progresaron después de la invasión peruana.

Los chilenos eran grandes oradores, puesto que Olivares, en su *Historia civil*, dice que "es indecible cuán bien usan estos indios bárbaros de aquellas figuras de sentencias que encienden en los ánimos de los oyentes los efectos de ira, indignación y furor que arden en el ánimo del orador, y á veces los da lástima, compasión y misericordia, usando de vivísimas presopopeyas, hipótesis, reticencias irónicas, y de aquellas interrogaciones retóricas que sirven, no para preguntar, sino para responder y argüir."

Cultivaban asimismo los chilenos la poesía; pero esta poesía sólo se recitaba en los cantos de varias clases que entonaban en las reuniones de familia, en las juntas de guerra y en los entierros.

Los historiadores antiguos refieren que la profesión de poeta teníanla en mucha estima y era muy bien remunerada. Rosales dice, en prueba de esto: "El cacique que hace la fiesta paga á los poetas los romances que han hecho, y por cada uno les da diez botijos de chicha y un carnero, huanaco. Y en cada borrachera sacan ocho ó diez romances nuevos en que alaban al que la hace. Y si es para el entierro de algún difunto ó para sus honras, hacen lo mismo, y así para otros intentos "

También tenían algunas nociones en el órden científico práctico. En medicina reducían una luxación y sabían soldar la fractura de un hueso, curarse las heridas por medio del agua fría y de la aplicación de algunas hierbas, y tenían instrumentos de pedernal para hacer las sangrías y vacíar los tumores.

CAPÍTULO XXIV

El archipiélago de Chiloe y sus aborigenes.

El archipiélago de Chiloe, perteneciente hoy á la República chilena, se halla situado entre los 41°, 30' y 44° de latitud y 302° y 303,25' de longitud.

Inmediato á las costas de Chile, tiene este archipiélago, en su parte Sur, á los de Guaitecas y Guayaneco, de que después hablaré.

El archipiélago de Chiloe se compone de muchísimas islas habitadas en las épocas precolombinas por indios de las naciones juncos y raucos, pertenecientes á la raza fueguina, aunque más civilizados que los míseros moradores de la isla del Fuego. Pero las principales en ellas son la isla Granada, en la que se encuentra la ciudad de Castro, fundada en 1566 por el mariscal D. Martín Ruiz de Gamboa, siendo virrey del Perú el licenciado López García de Castro, y aun las de Achao, Lemui, Quequi, Cheliu, Tanqui, Liuliu, Llignua, Quenae, Meuliu, Caguach, Alaú, Apeán, Chaulinee, Vista Chanquis, Añigué, Chegnian, Cancague, Calbuco, Llaicha, Quenu, Tabou, Abtán, Chidnapi y Huar.

Los habitantes de estas islas eran incultos y groseros, pero sin embargo, conocían algo de agricultura, y sobre todo la manera de construir piraguas de que se servían para su industria más productiva y predilecta: la pesca.

"Estas (las piraguas) las construyen—dice el franciscano Fray Pedro González de Agueros en su *Descripción historial de la provincia y archipiélago de Chiloe*—de cinco ó siete tablas, cada una de una pieza, de dos ó quatro brazas de largo, media vara ó tres quartas de ancho, y dos ó tres pulgadas de grueso. Lábranlas en disposición, que por los extremos las angostan para poder formar la *Popa* y *Proa*, las ponen luego al fuego dexándolas quemar por encima. Para construir después la piragua, y unir aquellas tablas, hacen en ésta, á distancia de dos pulgadas por ambos lados, unos pequeños barrenos, y por éstos las cosen con unas soguillas que texen de unas cañas sólidas que llaman *colegues*, y forman una verdadera costura, como si unieran dos retazos de paño. Para que por la unión de las tablas no se introduzca el agua en la embarcación, aplican por dentro y fuera, á lo largo de la tabla, unas hojas de árbol machacadas, y sobre éstas pasan las puntadas; y con las mismas hojas calafatean los barrenos: construídas en esta disposición, quedan como si fueran un perfecto bote ó barco, pero sin quilla ni cubierta. Para que puedan resistir ponen dentro unas *curvas* que llaman *barrotes*, asegurados con cuñas de madera en lugar de clavos."

De la raíz de una planta llamada lucha, secada y molida, obtenían aquellos isleños un pan que era su principal alimento.

Los indios de Chiloe eran más blancos, mejor dispuestos y de carácter más bondadoso que los del Perú.

En cuanto á los de los archipiélagos de Guaitecas y Guayaneco, pertenecían á las naciones llamadas caleuche ó queleuches, taruchees, lecheyeles, tajatafes y chonos.

Todos ellos vivían de la pesca, para lo cual construían piraguas del mismo modo que los de Chiloe.

Tenían gran destreza para pescar los lobos marinos, de cuyas carnes y despojos se alimentaban con gran avidez.

Sus casas no eran sino chozas compuestas por unos palos clavados en tierra y cubiertas con cortezas de árboles, y algunas veces con pieles de lobos marinos.

Las islas de Guaitecas y Guayaneco se hallan comprendidas desde los 44° á 46° 30 de latitud austral al Sur de Chiloe, y son unas 800, de las cuales merecen mención especial las de Guapiquilan, Magdalena, Queitao, Chanos, Guajo, Lactineeq, Guatán, etc., etc.

CAPÍTULO XXV

Civilización araucana.

Uno de los pueblos más interesantes de los antiguos chilenos era el araucano.

Sus instituciones, fundadas en la más amplia libertad y sus leyes, inspiradas en la Naturaleza, constituyeron un pueblo esencialmente libre, que tenía la fraternidad por norma, y la igualdad por guía.

Entre los araucanos, todos eran iguales; todos tenían derecho á empuñar las armas y batirse contra el enemigo; todos tenían derecho á aspirar al cacicazgo, dignidad suprema para ellos, puesto que era siempre provista por elección.

Este pueblo, producto también, á mi entender, resto, si se me permite la frase, de aquella esplendorosa civilización que allá en remotos tiempos se extendió por las regiones del Brasil y una parte considerable de la América Meridional, había decaído intelectualmente; pero sus facultades físicas, al desarrollarse con la vida activa de los bosques, les ponían en situación de luchar briosamente por su libertad é independencia, al mismo tiempo que les daba medios de conquistar otros pueblos, cuyas condiciones de vida aventajaban á as suyas propias.

De aquí que los araucanos abandonasen casi por comple-

to sus costumbres, en las que no quedaban, á la entrada de los españoles, ni aun vestigios siquiera de la remotísima civilización de que procedían y modificaran su carácter y sus usos, mediante su proximidad con las colonias peruanas, que Chinchiruca, general del Inca Yupanqui, estableciera al conquistar una parte del territorio chileno.

Los araucanos aprendieron entonces el uso del riego, del arado y de la siembra; criaron el huanaco, de cuya lana hacían toscos tejidos, pero superiores á las pieles que hasta aquella época usaron; aplicáronse al arte de la alfarería, llegando á construir preciosas vasijas de barro; beneficiaron las minas de oro y transformáronse, no sólo moral, sino intelectualmente.

Los araucanos, que también se llaman moluches, que significa guerreros, hallábanse divididos en diversas tribus, independientes entre sí, pero aisladas, hasta el punto de formar una confederación.

Cada tribu tenía un *toqui* ó cacique electivo, del cual dependían los *apoulmenas*, ó gobernadores de provincias, y los ulmenas ó gobernadores de distrito; pero el poder del Toqui hallábase intervenido por un *yog* ó consejo, compuesto por los funcionarios todos, grandes y pequeños.

Los *yog* de todas las tribus reuníanse para formar el gran consejo, *cincaco ó butaco-yog*, en el cual se trataban los negocios que pertenecían á la confederación, así como los tratados de paz, las alianzas, las declaraciones de guerra, etc.

Su religión estaba basada en la lucha eternamente entablada entre *Meulen*, buen genio, y *Wancubu*, mal genio.

Conservaban la tradición del Diluvio y reconocían un Ser Supremo, á quien llamaban *Guenu Pillan*, esto es: Espíritu del cielo. Además de este tenían un dios de la guerra llamado *Epunamun*, y muchas divinidades secundarias, denominadas *ulmenas*.

Las casas araucanas estaban divididas en muchas piezas, con muebles que denotaban alguna civilización; conocían el comercio de cambio y no ignoraban la geometría, puesto que en su idioma tenían términos propios para expresar la línea, el punto, el ángulo, el cono, el cubo y la esfera; eran poetas.

los araucanos, puesto que sus *jenpis*, ó señores de la palabra, componían canciones guerreras, y cultivaban, por último, la medicina y la cirugía, la retórica y la música.

Los araucanos conservaban sus tradiciones históricas y el porvenir de sus intereses domésticos por medio de *quipos*, muy parecidos á los de los peruanos. Stevenson, en su *Relation d'un séjour de 20 ans au Chili*, dice que el conocimiento de los *quipos* es para ellos una ciencia importante, y que muchas veces los padres no descubrían á sus hijos los nudos de familia hasta que estaban moribundos, y añade que en 1792 se arrestaron en Valdivia algunos indios acusados de conspiración. Uno de ellos, llamado Marican, confesó que uno de los principales inspiradores del complot le había enviado un pedazo de licha, de un palmo de largo, y que habiéndolo hecho pedazos, se había encontrado dentro de él el dedo de un hombre. Este dedo estaba rodeado de un cordón, á cuyo extremo había una franja de lana encarnada, azul, blanca y negra. En la lana negra había cuatro nudos, lo que indicaba que el portador del mensaje había salido de *Paqui Pulli* cuatro días después del plenilunio. En la lana blanca se veían diez nudos, y significaban que la revolución estallaría diez días después de la partida del mensajero. Si el indio á quien iba dirigido el mensaje consentía en tomar parte en aquella empresa, debía hacer un nudo en la lana encarnada, y en el caso contrario, debía juntar y anudar la lana azul con la encarnada, á fin de que los conspiradores pudiesen conocer, á la vuelta del *Chasqui* ó heraldo, el número de amigos con quienes podían contar.

En astronomía los araucanos tenían algunos conocimientos positivos. Distinguían los planetas y las estrellas, conocían los solsticios, los equinoccios, las constelaciones, la vía láctea, los eclipses y las fases de la luna. Su año, *thipantu*, empezaba el 22 de Diciembre, y dividíase en doce lunas ó *cuyenes*, la luna en treinta días, y el día en doce horas, con cinco días complementarios.

Conocían la fundición, puesto que tenían un metal, especie de bronce, una mezcla de cobre, cinc y antimonio.

Respecto á aritmética, contaban los araucanos hasta ciento: *quique*, significa uno; *epu*, dos; *cula*, tres; *meli*, cuatro

quechu, cinco; *cayu,* seis; *relghe,* siete; *pura,* ocho; *aylla,* nueve; *mari,* diez.

Para designar once ó más cantidades tomaban la cantidad *mari,* diez, primero y agregaban á ella la cantidad menor, y así decían *mari-quique,* once; *mari-epu,* doce; *mari-cula,* trece; *mari-meli,* catorce; *mari-quechu,* quince, etc.

Veinte se expresaba con *epu-mari,* esto es: dos dieces; *cula-mari,* treinta: *relghe-mari,* setenta; *aylla-mari,* noventa, y *pataca,* ciento. Trescientos, *cula-pataca;* quinientos, *quechu-pataca;* ochocientos, *pura-pataca,* etc.

La voz *huaranca* significa mil, y con diversas combinaciones se expresan cuantas cantidades se quieran.

Por último, la lengua araucana indica que este pueblo poseía una civilización nada vulgar, puesto que era fácil, dulce, armoniosa, regular, expresiva y muy abundante en términos, aptos é idóneos para expresar, no sólo una delicada poesía, las cosas físicas, generales ó particulares, sino amb ién las morales ó abstractas.

CAPÍTULO XXVI

Aborígenes peruanos. Su civilización.

Desde la época terciaria debió estar habitado el Perú, pues como hemos dicho, la antropología y la arqueología de consuno señalan á sus selvas y á las brasileñas como cuna del hombre, en las épocas intermedias de la edad terciaria.

De aquellas primitivas generaciones, que á fuerza de trabajos y de siglos lograron echar en el Perú las bases de una civilización esplendente, derivábanse los indios peruanos, que ya cuando fueron reducidos por los Incas, no conservaban ni vestigios de su pasado esplendor.

Invasiones anteriores, sin duda les habían dado á escoger entre la esclavitud y el salvajismo, decidiéndose por éste y yéndose á vivir á los bosques en compañía de las fieras, de las cuales llegó á diferenciarse intelectualmente muy poco; es una ley perfectamente confirmada por la ciencia, que el hombre cuyas facultades mentales están á diario en inacción adquiere tan viciosa conformación su cerebro, que ha de transmitirle á su descendencia, creciendo en esta, en razón directa del grado de inercia intelectual, á que las generaciones que le sucedan se entreguen.

Esta ley cumplióse en aquellos indios. Pues "que la civización de los antiguos peruanos fué indígena, es un hecho

que no admite duda razonable,„ dice uno de los más prolijos y competentes exploradores de los monumentos que nos quedan de aquella civilización, Mr. George Squier, en su *Incidents of travel and exploratión in the land of the Inca.*

"Ahora es aceptado—dice el ilustre arqueólogo norte americano Baldwin en su *ancient America, in notes on american archeology*—que las antigüedades peruanas, representan dos distintos períodos en la antigua historia del país, y que uno es mucho más viejo que el otro. Mr. Prescott acepta y repite la opinión de que "existió en ese país una raza avanzada en civilización antes de los Incas„ y que las ruinas de las orillas del lago Titicaca son anteriores al reinado del primer Inca. En la obra de Rivero y Tschendi se establece que un examen crítico de los monumentos "indica dos épocas muy diferentes en el arte peruano, en lo que concierne á la arquitectura, una anterior y otra posterior al arribo del primer Inca.„ Entre las ruinas que pertenecen á la civilización más antigua, se cuentan las del lago de Titicaca, Huanuco viejo, Tiahuanaco y Gran Chimu, y probablemente los caminos y acueductos.„

Otro arqueólogo notable. el argentino y general D. Bartolomé Mitre, en su preciosa obra *Las ruinas de Tiahuanaco, recuerdos de viaje,* afirma que "los monumentos americanos que señalan mayor adelanto en las artes y un grado más elevado de cultura intelectual ó moral, no son los más modernos; son precisamente los más antiguos.„

Restos de esta civilización, como he dicho anteriormente, eran los indios del Perú, así como los moxos de Bolivia.

Las naciones peruanas bárbaras y salvajes en la época de la conquista eran los abiticas, acos, ahives, amamazos, angas ó ancas, angarnes, aruporecas, asapupenas, atavillos, aullagas, antis, ayahuacas, ayaviris, aimaraes, borillos, boros, calca y lares, callisecas, calluas, canisienes, cavinas, cabos, cenomonas, charcas, chinataguas, chiquiguanitas, chiriguanos, chincas, choromoros, chucunas, chunanas, chunchos, chupachos, chuecos, ciriveres, coemonomas, coinguas, coscaocoas, coseremonianos, fimayos, guatahuas, guatinguapas, guaicas, hancohualluas, huancas, huaras, hu-

binas, ibitas, ipillos, lamas, matupeyapes, masques, masteles, mailonas, mogolves, motilones, mures, unidasos, pacajes, panataguas, payansos, purasicas, quechuas, raches, tancas, xamoros y zepatos.

El más notable de estos pueblos era el quechua, cuyo nombre tomó la lengua general del Perú, por ser aquella la que se habló después de la conquista de esta nación por el V Inca Capac Yupanqui. Comprendía todas las provincias que hay á una y á otra orilla del río Amancay, y fueron sus naturales tan fieles con los Incas, que en la conquista de los chancas, que mandaba Viracocha el ejército de su padre Yahuarhuacac, marcharon á su socorro sin que los hubiesen préviamente convocado, por lo cual se les concedió el privilegio de que sus caciques usasen el llanto sin la borla, que anduviesen sin pelo y usasen orejeras, todo con algunas limitaciones para diferenciarlos de los Incas.

Muchas de todas estas tribus que he enumerado conservaban en la época de la conquista del país por los Incas, indicios seguros de civilización y de cultura, civilización y cultura que estuvieron más desarrolladas en tiempos remotos.

Los collas, que habitaban en las orillas del Titicaca y en los valles del Cuzco y de Bolivia, cultivaban la tierra y sabían conservar sus frutos por un procedimiento que la ciencia arqueológica aún no ha podido descubrir; tejían la lana del llama y con ella hacían vestidos y unos gorros llamados *chucos;* vivían en casas de piedra de forma cónica; estaban reunidos en sociedades regidas por instituciones libres é igualitarias; eran expertos en escultura, algunas de cuyas estatuas han sido hace pocos años descubiertas, según dice Lorente, en su *Historia antigua del Perú*, y no desconocían la arquitectura, puesto que cerca de sus ciudades, construídas al pie de los cerros y en un lugar ventilado, por lo regular en el cerro mismo, se levantaban magníficos sepulcros, cuya forma era la de cierta especie de torrecillas de cuatro esquinas, suntuosamente labradas y cubiertas con paja ó con losas, según fuese la posición y linaje del difunto.

En los pocras y chancas, naciones establecidas en los va-

lles de Huamanga y Andahuailas, muchos de sus pueblos hallábanse rodeados de sólidas fortificaciones, y las casas eran una especie de torres de cinco á seis varas de altura y de seis pies de diámetro, entrándose en ellas por un agujero de dos pies de ancho y de pie y medio de alto. Tenían estas viviendas un departamento bajo que servía de cocina, otro al que se subía por una abertura de dos pies de diámetro, que entre sí dejaban las losas del primer techo y estaba destinado á dormitorio, y. por último, un tercer aposento en el que también se penetraba por una abertura semejante á la del segundo piso, é igualmente cubierto por losas gruesas, el cual estaba destinado para despensa.

Los huancas, moradores del valle de Jauja, estaban divididos en comunidades, que no obedecían á ningún jefe, puesto que se gobernaban por consejos electivos. Como los chancas y pocras, también eran excelentes arquitectos: sus ciudades fortificadas se componían de casas semejantes á torreones. Lorente afirma que aún se divisan desde la plaza de Jauja, en las alturas que dominan la población, edificios que conservan el nombre de huancas, y son casi cilíndricos, de gran diámetro y de considerable altura, estando dispuestos en hilera y separados por estrechísimos pasadizos. Añade el ilustre historiador y arqueólogo peruano que en una altura inmediata se ven gruesísimos muros y una especie de mesas levantadas, según todas las apariencias, para que con los muros formaran una fortaleza.

Los panos, tribu situada á las orillas del Ucayalí, conservaban los hechos de sus mayores escritos en hojas de plátanos, ya con jeroglíficos urdidos, ya con caracteres sueltos.

Los indios de Chimú se distinguían en la confección de las *guagueras* ó vasijas para beber, por los materiales, por sus esculturas y por su trabajo, y aun en la de los ídolos de oro y plata, por cierta fuerza de expresión.

En cuanto á los moxos, eran éstos tan salvajes, que parecían manadas de fieras con apariencias de hombres. Aficionados á ciertas bebidas espirituosas como la chicha, que ellos fabricaban, se embriagaban de tal modo, que echando mano á las armas, matábanse unos á otros. Sus costumbres, en fin, eran consecuencia lógica de un individualismo grose-

ro, que no respeta nada, que no busca otra cosa sino la satisfacción de los más groseros apetitos y la realización de las pasiones más brutales de la animalidad y de la carne. Los moxos se dividían en naciones, que poblaban el extenso territorio de Bolivia.

Tales eran: los moxos, tapacuras, tibois, mayacamas, rotoroños, mures, bolepas, erirumas, nairas, norris, canicianas, pechucos, coriciaras, pacarabas, baures, pacanabas, sapis, itonamas, heriboconos, cayrebabas, sinabus, cuizaras, canacures, meques, royomas, ocoronos, cabinas, chumanos y huarayos.

CAPÍTULO XXVII

La civilización cuaternaria del Perú.

Es un hecho sociológico, completamente fuera de toda duda, que el desarrollo y la perfección en la cultura de un pueblo, está siempre en razón directa, directísisima, de la feracidad, esplendidez y exuberancia en la naturaleza y saludable clima, de los países en que aquél esté situado.

Ahora bien: como el Perú es una de las regiones más bellas, saludables y espléndidas de América, hasta el punto de que un notable escritor peruano haya dicho que se irá á aquella república en busca de salud, como hoy se va en busca de fortuna, la arqueología encuentra en su clima una confirmación de lo que hace tiempo viene ella afirmando con su rudo y verídico lenguaje: que el foco primero de la civilización, partió de la tierra peruana, siendo ésta el centro, la metrópoli si se quiere, de la gran cultura que en la edad cuaternaria y en sus últimos tiempos, extendióse por toda la América Meridional.

Antes de esta época, existieron civilizaciones en América: los cercados terreos de los últimos tiempos de la edad terciaria, encontrados en la América del Norte y aun en Cuba, lo demuestran; pero como no se da nunca en el progreso, un adelanto, sin que vaya precedido de una serie de preparaciones determinadas por el anterior estado, retró-

grado, de aquí que aquellas civilizaciones, cuya fuerza impulsiva databa de la edad terciaria, tengan que proternarse en presencia de la Historia, ante los pueblos cultos que las comarcas peruanas conocieron, durante los tiempos cuaternarios.

Y de que existieron estas sociedades perfectamente civilizadas en el Perú, no cabe duda: lo dicen á una voz. el clima y la naturaleza, así como los restos que de sus costumbres y vida nos dejaron aquellas remotísimas generaciones, de nosotros separadas. por la enorme distancia de 1.500 siglos.

No hay que olvidar, que en un terreno fértil y sano, el cuerpo y sus órganos son vigorosos y fuertes; la hermosura en el bello sexo, encanta y embelesa; el ingenio, la inteligencia y la perspicacia se enseñorean de todos los cerebros, y las necesidades orgánicas crecen, determinando un ardiente afán, un desmedido deseo de reformas, de adelantos, de amor á lo bello, á lo grande, y de necesidad de rendir culto á lo útil. ¿Qué precisa, más para que de tales condiciones surjan, esplendentes y colosales civilizaciones?

¿Se quiere que esto sea una hipótesis nacida en la fantasía? Pues los descubrimientos arqueológicos, vienen á desmentir á quien tal cosa suponga.

La antigua, la antiquísima, la centenares de veces secular presencia del hombre en las selvas peruanas, se demuestra en que en muchos puntos se ven restos de la vegetación que han debido ser plantados por su mano; en que en las islas del guano, bajo capas muy espesas, que por lo mismo no pudieron formarse sino por depósitos seculares, se hallan cada día varios útiles con los que se extraía el guano; en que en los monumentos que la arqueología á diario allí descubre, aparecen desgastadas sus durísimas piedras, por la acción del tiempo; en que, por último, los restos humanos que se han encontrado en las cavernas del Brasil, revelan que en estas regiones de la América Meridional hubo criaturas de nuestra especie, sobre terrenos que en el antiguo continente se había creído hasta ahora habían precedido largos períodos geológicos á la existencia del hombre, sobre terrenos clasificados, como pertenecientes á la edad terciaria.

Y no se diga, que contradicen estos hechos el que los In-

cas no encontrasen en el Perú pueblos de civilización asombrosa, como era de presumir, siendo los descendientes de aquellas cultas sociedades de la edad cuaternaria, así como el examen de los monumentos antiguos, supuestos hasta aquí como de origen oriental.

En cuanto á lo primero, no hay que dudar que en América, en valles donde la vida se desliza blandamente, como un sueño de bienestar, hay el riesgo de que experimenten menoscabo las fuerzas del cuerpo y los poderes del alma, si se abandona el hombre al ocio enervante, á la pérfida suavidad del clima y á las tentaciones de la abundancia: entonces no sólo pierde la vida prematuramente, sino que antes de perderla lega á su descendencia marcados signos, acentuadas huellas de degeneración.

Y respecto á los monumentos, ¿cómo conceptuarlos de origen oriental, si de éstos precisamente es de donde debieron sacar el modelo los viejos pueblos de Europa, Asia y Africa, puesto que hoy está admitida por muchos sabios la existencia de emigraciones americanas á la Atlántida y al viejo mundo en tiempos remotísimos, de cuyas emigraciones salieron los fundadores de las civilizaciones camítica, ibérica, etrusca y aun del Asia? Verdad es que en América aparecen muchos monumentos con marcada analogía á los de Oriente; pero esos son posteriores á los grabados sobre granito representando figuras de hombres, animales, líneas rectas y curvas, círculos, paralelogramos, cierta especie de cruces y aun de letras que al Noroeste de Arequipa, en los altos de la Caldera, se encuentran; á los diseños de Puno y Tacua, éstos últimos escritos en líneas verticales, como los caracteres chinos; á las gigantescas ruinas de Tiahuanaco; á la fortaleza de Ollantaytambo; á las antigüedades de Vilcas; á los obeliscos de Pucará; á las pirámides de Acolenemba; al santuario de Pachacamac; á los imponentes restos de Huanuco el Viejo; á las ruinas de Mansiche y á los sepulcros de Hualgayac, en los cuales se han encontrado cantidades considerables de oro en objetos preciosísimos de arte; á las murallas de Cuelap, cerca de la montaña, que son dos sobrepuertas, la inferior de 3.600 pies de largo, 560 de ancho y 150 de alto, y la superior de la misma altura, de 600 pies de largo

y 500 de ancho, ambas de piedra labrada, y tantas otras respetabilísimas ruinas, cuya duración, la dureza del granito, lo original de sus jeroglíficos, que nadie ha podido aún descifrar, y la antigüedad de su construcción, señalan un origen fuera del alcance de los tiempos históricos.

CAPÍTULO XXVIII

Incas del Perú.—Su gobierno y civilización.

En el capítulo XXVI hemos visto que los indios peruanos antes del advenimiento de los Incas, estaban civilizados, aunque no de una manera tan perfecta como las sociedades peruanas de la edad cuaternaria, cuyas causas de decadencia han sido también expuestas.

Pero así como la inacción es causa de decadencia, el movimiento impulsa al adelanto, y como aquellas naciones indias no cesaban de trabajar por recuperar la pasada grandeza de su raza, tenía forzosamente que haber un cambio, una transformación en las leyes y en las costumbres sociales, favorables á aquellos pueblos.

Sólo se necesitaba un genio, una poderosa inteligencia que encauzase todo aquel movimiento progresivo, dirigiese la revolución, precursora de la futura grandeza de los peruanos.

Tal fué Manco Capac en el siglo XI de nuestra Era, que, de origen extranjero según algunos, y peruano en el concepto de los más, hízose el reformador del Perú, el verdadero fundador de la civilización incásica, que tantos días de gloria y de bienestar dió, á pesar de los grandes defectos de los Incas, á aquel hermoso cuanto privilegiado suelo.

Muerto Manco á los treinta y seis años de reinado en 1054, sucedióle su hijo Chinchi-Roca, que consolidó la obra de su

padre, siguiendo su misma política benéfica. Murió después de reinar treinta años en 1084.

Su hijo Lloque Llupanqui dió principió á la conquista, cuya guerra continuó hasta su muerte en 1114, á los treinta su reinado.

Maita Capac aumentó el estado considerablemente, é hizo obras colosales. Murió en 1152, á los treinta y ocho de reinado.

Capac Yupanqui empleó los cuarenta y dos años de su reinado en someter á los pueblos conquistados por su padre. A su muerte sucedióle Inca Roca, al cual siguieron Yahuar Huascar, Viracocha, Pachacutec, que conquistó definitivamente el Perú y el Collao, Inca-Yupanqui, Tucac-Inca-Yupanqui, que acrecentó sus dominios agregándoles Chile y Quito, Huaina Capac, en cuyo tiempo llegó el imperio á su mayor esplendor, y Huascar y Atahualpa, este último muerto á manos de los conquistadores españoles.

A Atahualpa sucedióle, por designación de Pizarro, su hermano Tupac Hualpa-Inca, que fué desposeído por su hermano menor Manco.

Muerto éste, heredó sus derechos su hijo Saïri-Tupac, y al faltar él fueron reconocidos como soberanos por los fugitivos de los Andes, los defensores de las libertades peruanas, sus hermanos, Titucusi-Yupanqui y Tupac Amaru, el cual, prisionero de los españoles, fué decapitado en el Cuzco.

Un descendiente de éste, también llamado Tupac Amaru, púsose al frente en el siglo pasado de una sublevación cuyo fin era contrarrestar, el tiránico proceder de los españoles en su patria. Pagó sus generosos propósitos en el patíbulo, y con él perecieron la mayor parte de los individuos de su familia.

En la actualidad los únicos descendientes de los Incas son tres señoras de Málaga, doña Joaquina, doña Francisca y doña Ana de la Tovilla y Velasco, ésta última casada con D. Antonio Cebrián y Pardo, caballero de nobleza hidalga de Vélez Málaga, cuyos hijos son: D. Esteban, doña Ana María, doña María del Carmen, D. Francisco de Paula y doña María de los Dolores Cebrián de la Tovilla.

En el Perú había también una aristocracia, y una aristo-

cracia poderosa. Las principales casas eran: las de Aillo Chimapanaca, descendiente de Manco Capac; Raurana Panaca ó Taotao Panaca, que procedía de Chinchi Roca; Hahuanana Panaca ó Chiguaycin, cuyo ascendiente era Lloque Yupanqui; Usca Maita de Maita Capac; Apu Maita de Capac Yupanqui; Uscaquiran de Inca Roca; Alli Panaca ó Aucayllapa de Yahuar Huacac, Ccoso Panaca de Viracocha; Inca Panaca de Pachacutec; Capac Aillo de Tupac Inca Yupanqui, y, por último, la familia de Tumi Pampa, que descendía del Inca Huaina Capac.

El gobierno de los Incas era un socialismo en su forma más autoritaria.

Sería esta fórmula social y política la más sencilla y la más apta para el engrandecimiento de los pueblos, si no tropezara con un gran inconveniente, y es el de que niega completamente la personalidad humana, y el desconocimiento de ésta es, sin duda, el signo más elocuente de perdición y de incultura.

Nadie duda que el individualismo, llevado á sus últimos límites, conduce al salvajismo; pero hay también que reconocer que el socialismo absoluto es el camino más directo para la abyección y la esclavitud.

En la Naturaleza nada es absoluto, todo es relativo. El hombre sociable tiene que prescindir de algunos de sus derechos, de esos que á él no le perjudican en nada, sino que lesionan la libertad y la autonomía de sus iguales, y en esta fórmula sencilla descansa la base de una buena organización social; ésta no puede, no debe ser, ni esencialmente socialista, ni individualista en absoluto; tomando lo que ambos principios tienen de bueno, debe buscarse en el término medio la ambicionada fórmula, que en mi concepto no es otra sino el colectivismo ó estado social en que, perteneciendo á todos los instrumentos de trabajo, pueda cada uno libremente ejercer su necesidad natural de trabajar sin menoscabar en lo más mínimo los derechos de otro, sin lesionar el gran principio de la igualdad de condiciones, á fin de que cada cual obtenga el producto íntegro de su esfuerzo, ya sea físico, ora sea intelectual.

Esta es la única manera de vivir rodeados de institucio-

nes libres, y por esto sin duda Manco Capac dió á su pueblo, á quien quería tener en medio de la abyección más vil, las opresoras instituciones comunistas, el socialismo absoluto.

Al pueblo peruano de la civilización inca no cabía otra suerte en política que trabajar y obedecer. Para que no turbase el orden, se le había dividido en parcialidades, que reunidas para la marcha de la sociedad y para la defensa del Gobierno, estaban tan profundamente separadas entre sí que no podían oponer ninguna clase de resistencia á la usurpación de su libertad.

El Perú, como colectividad, llegó con estas instituciones á ser grande, pero tenían un defecto capital: eran esencialmente antihumanas, contrarias al derecho natural; la individualidad de los soberanos, así como las de todos los miembros del imperio, estaban casi perdidas en la vida común.

Las ciencias, sin embargo, adquirieron gran desarrollo; no así las artes, porque siendo éstas hijas predilectas del sentimiento, no pueden sustraerse de vestir eterno luto cuando aquél se encuentra aherrojado por la opresión y la tiranía.

De su legislación no hay más que repetir la frase felicísima de Lorente: "Bajo un Dios-Rey se confundían las nociones de la justicia, que sólo era bueno lo que era conforme á la voluntad del Inca.„

Su Gobierno, eminentemente tutelar y proteccionista, hacía que sobre cada decuria ó grupo de 10.000 personas, velase un *Chunca-Camayoc*, sobre cada cinco decurias un *Pisca-Chunca-Camayoc,* sobre la centena un *Pacha-Camayoc*, sobre cada quinientos un *Pisca-Pacha-Camayoc*, sobre cada mil un *Huaranga-Camayoc*, y sobre cada diez mil un empleado superior, llamado *Hunu*. Con el fin de conservar la armonía entre todos los ramos de la Administración, el Inca tenía un Ministerio ó Consejo de Estado completamente sometido á su voluntad absoluta y soberana, la cual designaba el personal empleado en presidir á la distribución de las tierras, á los trabajos y placeres comunes, á los socorros del Estado y aun á las tareas domésticas, para que en todas las casas se trabajase asiduamente y las labores resultasen más perfectas.

La ciencia no era accesible á todos; y no lo era, porque

aquella civilización, fundada en la mentira, en el absurdo y en la maldad, daba rienda suelta á todos los apetitos, á todas las pasiones, y dejaba que aherrojase el pensamiento una teocracia ignorante y degradada, enemiga irreconciliable de toda idea filosófica y que no toleraba ni aun al Inca mirar al cielo con ojo escudriñador. Del pueblo no hay nada que decir: era por completo ignorante; la nobleza aprendía todo cuanto gustaba, si bien en sus escuelas sólo se enseñaban las máximas de la guerra, las prácticas del Gobierno, las ceremonias de la religión, la lengua general, los quipos y la historia de los Incas.

La escritura, de caracteres geométricos, que llegó á conocerse en la civilización peruana de la edad cuaternaria, desconocíase en la incásica; en ésta conservaban sus tradiciones, satisfacían todas las necesidades de la estadística por medio de quipos ó nudos de hilitos, con los cuales expresaban toda suerte de ideas, cantidades, etc.

La astronomía era la más adelantada de todas las ciencias, hasta el punto de que hacían observaciones acerca de los astros, en especialidad del sol, en torrecillas esparcidas por todo el imperio.

Tal era la civilización incásica: adelanto en las clases elevadas; atraso, y mucho atraso, en las populares, que eran las más numerosas.

CAPITULO XXIX

Indios precolombinos de la Tierra Magallánica y de la isla del Fuego.

Los indios de la Tierra Magallánica se dividen en varias naciones, los czazes, chunianis, huillanes, patagones, poyas, pueches y turumentos. Todos ellos son salvajes, y los patagones y turumentos de estatura elevadísima y bien formados.

Pero indudablemente, los más dignos de interés, bajo el punto de vista psíquico son los fueguinos, ó habitantes de la isla del Fuego, y de todas las á ésta cercanas. Dividense en siete tribus, los ocusmen en las grandes islas; los yapoos en el Sud-este; los tekeenicas en el Sur; los alikoolips en el Poniente y en el Sur; los chonos en Chiloe; los pescherais en la isla del Almirantazgo, y los irces, frente á la Patagonia.

Estos indios ocupan sin duda el grado más bajo en la escala de la civilización, y son más parecidos, como dice Adolfo Deker, á las bestias que á los hombres.

Los fueguinos revelan en su fisonomía la barbarie y el atraso en que viven: su cabeza es grande, su cara redonda, su nariz corta, estrecha entre los ojos y ancha en su extremidad, con ventanillas abiertas, los ojos pequeños, hundidos, horizontales y de color negro, la boca grande y los labios gruesos.

Sus costumbres, son las de un pueblo esencialmente es-

túpido. Las cabañas aseméjanse por su forma y por su tamaño á un montón de heno de forma cónica; se alimentan de moluscos y peces que pescan en sus canoas, ya descritas en el cap. VII, devorándolos crudos; carecen de gobierno y de jefes, rigiéndose cada uno á su antojo.

El lenguaje de los fueguinos es escaso, de pronunciación dura y extremadamente gutural.

D'Orbigny, en su magnífica obra *L'homme américain*, tomo I, pág. 412, hablando de las analogías de los idiomas fueguino y chileno, dice que "se encontrará alguna analogía, no en los sonidos, ni en la dureza del lenguaje, sino en el sentido."

Esto, á mi modo de ver, indica bien claro el origen de los fueguinos, considerados por algunos—yo creo que con demasiada ligereza—como la más reciente transformación de los monos antropomorfos.

Los habitantes de la Tierra del Fuego é islas contiguas son ejemplos vivientes de la degeneración de las razas, cuando éstas caen bajo la influencia de los agentes que ya hemos visto la producen.

¿No pudieran ser muy bien los indios fueguinos, descendientes de una de aquellas ramificaciones de la civilización cuaternaria del Perú, destruidas tal vez por otro pueblo americano y que, viviendo desde hace miles de años en el salvajismo, han llegado al miserable y degradante estado en que se encuentran?

CAPITULO XXX

La Exposición Historica-Americana.

No podrian festejar mejor las naciones hispánicas, de allende y de aquende los mares, la fecha grandiosa del descubrimiento de América, sino organizando exposiciones históricas en que á primera vista pudiera conocerse el estado de civilización de esas dos razas, la ibérica y la americana, que no habían de tardar en fundirse para siempre en una, de la cual espera tanto el progreso, así como el engrandecimiento de los bellos é interesantes países que le sirven de asiento.

Nada más admirable que el espectáculo que á primera vista aparecía á los ojos del visitante, en aquellas salas á lo largo de las cuales hallábanse tendidas cientos de civilizaciones americanas, de cuyo origen voy á ocuparme yo aquí en cuatro líneas.

Las instalaciones de los Estados Unidos de Norte América y Méjico, las más ricas en objetos de arqueología y de prehistoria, demostraban que en aquellos países hubo dos razas, una antiquísima y otra más moderna, originada de la mezcla de aquélla con otras procedentes de distintas tierras, y originarias de otros continentes.

Tal es el origen de las razas azteca, apalache, kansa, etc.; pero antes mucho antes, de estas razas existieron naciones perfectamente civilizadas, como cumplidamente demuestro

en el curso de esta obra; naciones autóctonas de la América Meridional; hoy está admitido por muchos antropólogos que el hombre apareció primero en las florestas de Sur América, que en parte alguna del globo. Y aún hay más, y de ello se obtiene plena conciencia estudiando con detención aquellos ídolos y aquellos restos de la actividad y del trabajo de generaciones remotas y sin cuento. América ha sido la cuna del género humano; de sus bosques desparramáronse en distintas épocas por todos los demás continentes, y por medio de la Atlántida, ejércitos inmensos de hombres fueron á llevar la luz de aquellas civilizaciones á otros paises, estableciéndose así una corriente que da un marcado parecido á todas las razas, procedan de donde procedan.

Así se comprende que concienzudos arqueólogos y antropólogos hayan llegado á sostener que cuando los otros continentes estaban habitados por salvajes nómadas de la Edad de piedra, América se hallaba poblada por hombres que construían ciudades y monumentos grandiosos, manifestación de un estado social avanzado y culto.

Decayeron estas naciones civilizadas, pues todo muere y se acaba; mejor dicho, todo cambia de forma, porque lo que es la esencia, esa nunca muere: se transforma, se modifica, pero destruirse, jamás llega á hacerlo, y vinieron otros que, así como los invasores del Imperio romano, fueron los instrumentos de la formación de las nuevas nacionalidades europeas, la destrucción de la antigua cultura americana fué seguida tras algunos siglos de perturbación del nacimiento de las sociedades civilizadas que hallaron en las tierras americanas los conquistadores europeos.

Esta es la historia, en cuatro lineas trazada, de los pueblos precolombinos, cuyas artes, industria y aun agricultura llegaron á tomar incremento, según se desprende de todas las instalaciones de las Repúblicas ibero-americanas y de España, y que en el curso de la obra encontrará el lector razonadamente expuesta.

Merecen, pues, plácemes los delegados de las diferentes naciones que á tan grandiosa exposición contribuyeron, pero en especialidad los señores Troncoso; teniente de ingenieros Castillo, y P. Planearte, de Méjico; Dr. Ortega, de Gua-

temala; Dr. Zorrilla, de San Martín del Uruguay; Dr. Pallarés Arteta, del Ecuador, y Dr. Restrepo, de Colombia, cuyas instalaciones son las que en mi sentir arrojan más luz sobre la prehistoria americana.

Colombia ha demostrado que una de sus tribus precolombinas más industriosas, más competentes en la confección de pequeñas esculturas de oro, fué la microscópica nación de los quimbayas, cuyos restos no se encuentran sino en las huacas de los amenos y risueños países fertilizados por el Cauca.

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO PRIMERO

Islas Antillas.

Antes de entrar de lleno en la investigación del desarrollo en el orden meramente científico que en las edades precolombinas llegaron á alcanzar los habitantes de las islas Antillas, creo conveniente examinar estas bajo dos aspectos, el geográfico y el geológico, necesarios, á mi entender, para iniciarse mejor en la arqueología antillana.

Por eso los dos primeros capítulos los consagraré á este doble objeto.

Llámase Antillas el archipiélago comprendido en el mar de este nombre, que es la parte Sur del Mediterráneo colombiano, que se extiende desde el canal de Córdoba (entre Honduras y la punta Oeste de Cuba) hasta el golfo de Paria, y baña al Norte y al Este el susodicho archipiélago y al Sur la república de Venezuela.

Este archipiélago está situado entre los 61° 30′ y 87° 20′ de longitud Oeste. Su clima es ardiente é insalubre, pero su terreno es uno de los más fértiles del mundo, y se divide en tres partes: islas Lucayas ó de Bahama, Grandes y Pequeñas Antillas.

Las Lucayas ó Bahama es un archipiélago situado cerca de la América septentrional, entre los 20°,28′ de latitud Norte y 72°,82′ de longitud Oeste. Está separado de las costas de la Florida por el golfo de Bahama, y cuenta cerca de 500 islas, islotes ó rocas, cuyos habitantes se han distinguido siempre como bravos marinos y excelentes nadadores.

Las más importantes de las islas Lucayas son:

San Salvador, llamada también Guanahaní é isla del Gato, célebre porque fué la primera isla que descubrió Cristobal Colón en el Nuevo Mundo el 12 de Octubre de 1492. Pertenece á Inglaterra, como todo el archipiélago Lucayo, y está situada á los 78° de longitud Oeste, y 24°,20′ de latitud Norte.

Grande Bahama, muy fértil, pero poco habitada, que se encuentra á los 82°,30′ 82°,44′ de longitud Oeste, y 26°,40′ 27° 61 de latitud, Norte.

Nueva Providencia, isla de 36 ½ kilómetros de largo, por 19 ½ de ancho, con 6.000 habitantes, y una población muy bonita por capital, llamada Nassau.

Otras islas notables cuenta el archipiélago Lucayo, entre ellas, San Andrés, Eleuthera, isla Larga, Verde, Roquillos, Los Mimbres, Abaco, Guana, y los Galápagos.

Las grandes Antillas son: Cuba, Haití, Jamaica, Puerto Rico y Pinos y Gonava, que rodean respectivamente á Cuba y á Haití, así como las islas Vírgenes, Vieque, Pasaje grande y pequeña, y Culebra ó Colubra, situadas alrededor de la isla de Puerto Rico.

Las Vírgenes es un grupo de islas situadas á los 66°,55′ de longitud Oeste, y 17°,30′ de latitud N. Son 40 y tienen unos 20.000 habitantes, si bien siete son las principales, correspondiendo tres á Inglaterra (Anegada, Virgen-Gorda y Tórtola, ésta de 25 kilómetros de largo por 8 de ancho, 8.000 habitantes, la mayoría de ellos pertenecientes á Road Town, su capital); dos á los Estados Unidos, quien las compró á Dinamarca; San Juan y Santo Tomás, y dos á los españoles, Boriquín y Viques. El suelo de las islas Vírgenes es muy fértil, aunque escaso en agua, y su clima cálido y borrascoso. Fueron descubiertas por Cristobal Colón en 1493, quien las dió esta dominación, según algunos afirman, en honor de las once mil vírgenes y á causa de su número. El célebre marino

inglés Francisco Drake las visitó en 1580; los holandeses fundaron en Tórtola el primer establecimiento para la pesca de la tortuga, pero los ingleses se apoderaron de ella en 1666, y poco á poco, ingleses y daneses han ocupado las mejores islas del grupo de las Vírgenes.

También corresponden á las Grandes Antillas las islas de la Tortuga y de la Mona. La primera está situada en la costa Norte Oeste de la de Haití, de la cual se halla separada únicamente por un estrecho canal, y tiene unos 25 kilómetros de largo por 8 de ancho. La capital es Tayona, y permaneció durante algún tiempo en poder de los filibusteros.

La isla Jamaica es la tercera en extensión de las Grandes Antillas, y está situada entre los 17°,33′ y los 18°,36′ de latitud Norte, y entre los 72°,33′ y los 75°,8′ de longitud Oeste al Sur de la isla de Cuba, de la cual se halla separada por un canal de 25 leguas de ancho, y distante 47 leguas al Oeste de la isla de Santo Domingo ó Haití. La Jamaica tiene una superficie de 16.399 kilómetros cuadrados y la atraviesa del Este al Oeste la cordillera de los montes Azules, la cual establece en ella dos vertientes generales. De su vertiente septentrional se derraman el Great-River, el Wite-River y el río Grande; y del lado opuesto, el Black-River, el río Miño y el Cobre, pero ninguno de éstos es navegable para barcos de algún porte. Su suelo es muy arenoso y calizo, y por lo tanto, no muy fértil, aunque se halla esmeradamente cultivado.

Los artículos más considerables de exportación son: el azúcar, el ron, la miel de caña, el café, los cocos, el añil, el genjibre y la pimienta.

La población de la isla de Jamaica se calcula en unos 400.000 habitantes, y su capital es Kingston.

Esta isla fué descubierta el 3 de Mayo de 1494 por Cristobal Colón en su segundo viaje, y cerca de la misma, naufragó en 1503. Su hijo D. Diego Colón la poseyó con el título de marqués, por merced de los reyes de España, título que ostenta su actual descendiente D. Cristobal Colón de la Cerda, duque de Veragua, marqués de Jamaica, exministro de Fomento, senador por derecho propio, y caballero del Toisón de Oro, orden instituída el 10 de Febrero de 1429, por Felipe el Bueno duque de Borgoña, vasallo del rey de Francia,

aprobada por el papa Eugenio IV en 1516, é introducida en España por Felipe el Hermoso, nieto de Carlos el Temerario y padre del emperador Carlos V.

Los españoles establecieron una colonia en la Jamaica en 1509, pero fueron expulsados de ella en 1655 por los ingleses, mandados por el almirante Penn, cuyo hijo Williams Penn, llamado por Montesquieu el Licurgo moderno, fundó en 1682, la hermosa colonia que de su nombre tomó el de Pensilvania, donde abrió un asilo para todos los sectarios, hizo con los salvajes pactos que cumplió fielmente, abolió la esclavitud, dió á los colonos una constitución en 24 artículos, que fué la base de la de los Estados Unidos y edificó á Filadelfia.

De las islas de Haití ó Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico me ocuparé con más extensión en diversos capítulos.

Las pequeñas Antillas se subdividen en dos grupos: islas de Barlovento é islas de Sotavento.

Las islas de Barlovento más importantes son:

San Martín: situada entre los 18°,4′ de latitud Norte y 65°,34′ de longitud Oeste, al Noroeste de la Guadalupe, y pertenece á Francia y á Holanda.

La parte francesa que está al Norte comprende las dos terceras partes de la isla, y tiene por capital á Marigot.

La parte holandesa, que se encuentra al Sur, está más poblada en proporción á su territorio, pues tiene unas 7.000 almas, y su capital es Filisburgo.

En general, la isla de San Martín es poco fértil, y su comercio consiste en ron, azúcar y sal.

Santa Cruz es una isla perteneciente á Dinamarca y situada entre los 66°,50′ de longitud Oeste y 17°,45′ de latitud Norte. Tiene 36 ½ kilómetros de largo por 14 de ancho, hallándose poblada por unas 50.000 almas. El clima es sano y el terreno fértil, por cuya razón ha sido llamada esta isla el jardín de las Antillas. Produce algodón y azúcar, un poco de café y algún añil. Su capital es Cristianstads.

La isla de Santa Cruz fué descubierta por Cristobal Colón en su segundo viaje: perteneció primero á los ingleses y holandeses reunidos, después á los ingleses solos, á los españoles, á Francia, á la orden de Malta, á la Compañía france-

sa de las Indias Occidentales, y desde 1733 á Dinamarca. Inglaterra poseyóla desde 1808 á 1814, que fué devuelta á los daneses por el Congreso de Viena.

Santa Lucía es una isla situada al Norte de la de San Vicente, á los 63°,22′ de longitud Oeste y 24°,7′ de latitud Norte. Tiene unos 42 kilómetros de largo por 14 de ancho, con 3.000 pobladores y una bonita ciudad, que es su capital: Puerto Castries ó el Carenaje. Hay en esta isla montañas y hermosos valles, y en la parte Sur un volcán apagado.

Perteneció á Francia y á Inglaterra, quien la posee definitivamente desde 1814.

San Bartolomé á los 65°,12′ de longitud Oeste y 17°,58 de latitud Norte. Tiene unas cuatro leguas de circunferencia y unos 16.000 habitantes. Su capital es Gustavia, y el terreno es fértil, aunque carece de agua, y produce árboles de maderas finas.

Perteneció á los franceses desde 1648 hasta 1784; después fué cedida á Suecia, quien la vendió hace unos diez años á Francia.

San Cristobal, llamada también Saint-Rit: está situada á los 65°,6′ de longitud Oeste, 17°,20′ de latitud Norte al Noroeste de la Guadalupe y al Surdeste de San Eustaquio. Tiene 24 kilómetros de largo por 6 de ancho y 3.000 habitantes. Su capital es Baja Tierra. El terreno es muy fértil, y en el centro de la isla se halla el monte Mivery, volcán apagado

Fué descubierta esta isla en 1493 por Cristobal Colón, de donde le vino el nombre que lleva; los ingleses la colonizaron en 1623, y durante algún tiempo la poseyeron simultáneamente ingleses y franceses, quienes cedieron parte de ella á los caballeros de Malta. Los franceses fueron definitivamente expulsados en 1783, y hoy forma San Cristobal, con las islas Antigua, Montserrat y las Vírgenes, un gobierno de la América inglesa.

San Eustaquio, una de las pequeñas Antillas de los holandeses, quienes tomaron posesión de ella en 1635. Se halla situada á dos leguas del Noroeste de San Cristobal á los 65°,20′ de longitud Oeste y 17°,30′ de latitud Norte, con 20.000 pobladores, de los cuales las dos terceras partes son negros. La isla es fértil, está bien cultivada, posee un volcán apagado,

hace un comercio bastante activo y tiene por capital á San Eustaquio, pequeño puerto de la costa Oeste.

La isla de San Vicente se encuentra á los 65°,30′ de longitud Oeste y 43°,17′ de latitud Norte al Sur de Santa Lucía, con 40.000 habitantes. Su capital es Kingston, y su suelo, muy fértil, no está cultivado sino en una extensión de 13.000 hectáreas, que producen en abundancia cañas de azúcar, algodón, aceite, etc. El resto del terreno se compone de hermosos bosques que dan, además de maderas preciosas y de construcción en gran cantidad, alcanfor y goma, que constituyen la base de la industria en la isla de San Vicente.

Esta isla estuvo habitada por los caribes, de quienes más adelante me ocuparé, hasta mediados del siglo XVII, en que, á consecuencia del naufragio de un buque negrero, se establecieron en ella los negros africanos y rechazaron á los indígenas hacia el Noroeste de la isla. Estos imploraron el socorro de Francia, pero caribes y franceses quedaron derrotados por los negros en 1719; los ingleses trataron después, aunque sin éxito, de apoderarse de San Vicente. En 1623 Francia cedió á Inglaterra sus pretensiones sobre esta isla, y aunque la volvió á tomar en 1779, la devolvió en 1783. Inglaterra, al tomar posesión de la isla, no tuvo más remedio que respetar sus propiedades á los negros, que habían tomado el nombre de caribes negros.

Anguilas, Suake's Island, una de las Antillas inglesas, la más septentrional de las de Barlovento, á los 60°,50′ de longitud Oeste, 18°,12′ de latitud Norte. Tiene un puerto bastante cómodo.

La Barbada, situada á los 62° de longitud Oeste y 13 de latitud Norte. Tiene unos 28 kilómetros de largo por 10 de ancho, con 120.000 habitantes. Es fértil, sobre todo en azúcar; pero muy enfermiza, por su calor excesivo.

La Barbada fué descubierta por los portugueses. Desde 1624 pertenece á Inglaterra.

La Barbuda es una de las Antillas inglesas, situada entre los 17°,40′ de latitud Norte, y los 78°,8′ de longitud E. Tiene 28 kilómetros de largo por 17 de ancho con unos 2.000 habitantes. Es muy baja y sin fondeaderos; sus costas son muy peli-

grosas; produce algodón, añil, tabaco, jengibre, caña de azúcar, etc., y pertenece desde 1628 á Inglaterra.

Montserrat es una isla situada á los 64°,36' de longitud Oeste, á 10 leguas Noreste de la Guadalupe. Tiene 10 kilómetros de largo por 8 de ancho. Su población es de 10.000 al mas. y su capital Plymouth.

Fué descubierra por Colón en 1493 y pertenece á los ingleses desde 1528.

La Dominica, una de las pequeñas Antillas, al Sureste de Guadalupe, á 60°,35' de longitud Oeste, 15 de latitud Norte. Su población es de 30.000 almas, y su capital es Rosseau ó Charlotte, Town en la costa Suroeste á los 63°,52' de longitud Oeste, y 15°,18' de latitud Norte. con 10.000 moradores y regular puerto. En la Dominica hay muchas montañas, algunas de ellas volcánicas, abunda en azufre, existen aguas termales, el suelo es fértil, y carece de buenos puertos.

La Dominica fué descubierta el año 1493, durante el segundo viaje de Colón, que le puso el nombre que hoy lleva, por haberla descubierto en domingo. Perteneció á los españoles, después á los franceses hasta 1763, y hoy es de los ingleses.

Las Antillas francesas son: además de la de San Bartolomé y parte de San Martín, de que ya hemos hablado, la de Guadalupe, la Martinica, María-Galante, la Deseada y las Santas.

La Guadalupe está situada entre los 14°,59' y 16°,40 de latitud Norte, y entre los 63°,2' y 64°,9' de longitud Oeste del meridiano de París, á 100 kilómetros de la Martinica y á 5.000 poco más ó menos de las costas de Francia. Los caribes que la habitaban en tiempos del descubrimiento, la nombraron Karou-Kera, puesto que el nombre de Guadalupe le fué dado por los españoles, que la consagraron á la Virgen de este nombre, muy venerada en Extremadura.

Esta isla se halla separada en dos partes por un pequeño estrecho ó canal, llamado la Rivière-Salee, canal de 6 kilómetros de largo por 120 metros de ancho, aunque en algunos sitios no llega á 30.

La parte situada al Oeste del canal es la Guadalupe propiamente dicha, con 82.289 hectáreas de superficie, y la parte

oriental recibe el nombre de Gran Tierra, y tiene 55.923 hectáreas de superficie.

Las montañas más notables de la isla son la Soufrière, á 1.000 metros sobre el nivel del mar; la Grosse Montagne, el Houel, Mont, la Mare-sans-Touché, etc.

El número de ríos y arroyos de la Guadalupe es de unos setenta, todos en la Guadalupe propiamente dicha, puesto que la Gran Tierra no tiene sino algunos riachuelos que apenas producen agua para el consumo. Los ríos más notables son el Goyave, el Lezarde, el Moustic, el pequeño Goyave, la Capesterre, el Carbet, etc. Los dos primeros son navegables, aunque sólo para barcas y piraguas.

La quinta parte de la Guadalupe, propiamente dicha, está ocupada por bosques, que producen sándalo, campeche, caoba, acacia, catalpa, árboles de goma, etc.

En la Gran Tierra no existe bosque alguno; pero su terreno es sumamente fértil y productivo, á pesar de la falta de agua.

En toda la isla se cultivan unas 50.000 hectáreas, 25.000 de cañas de azúcar, 13.000 de hortalizas y vegetales alimenticios, 6 000 de café, 1.000 de algodón, 159 hectáreas de cacao, 16 de tabaco, 9 de moreras y 2 de clavos de especias.

Sus principales poblaciones son; Basse-Terre y Pointe-à Pitre, y entre los hombres distinguidos que nacieron en Guadalupe, citaré á Dugommier, general en jefe del ejército de los Pirineos, en tiempo de la República, muerto gloriosamente peleando con los españoles en la batalla de la Montaña Negra; Gobert, uno de los más bravos generales del primer imperio; el coronel Saint-Georges, célebre por su carácter caballeresco, su talento para la esgrima y la equitación, y su ciencia musical; el pintor Lethière, miembro del nsItituto, mucho tiempo Director de la Escuela francesa en Roma, y autor del hermoso cuadro que se ve en el Museo del Louvre representando la muerte de los hijos de Bruto; el poeta Leonard, autor de graciosos idilios y poesías pastoriles estimadas, y, por último, Campenon, sobrino del precedente, poeta agradable y espiritual, autor de *L'Enfant prodigue*, sucesor de Delille en la Academia Francesa.

La Guadalupe, habitada primitivamente por los caribes-

llamáronla Karou-kera, y fué descubierta el 4 de Noviembre de 1493 por Cristobal Colón, que le dió el nombre de Guadalupe, según algunos, por la semejanza que creia hallar entre sus montañas y la sierra de Guadalupe, en Extremadura. Abandonada por los españoles, fué invadida en 1633 por los franceses, que echaron de ella á los caribes y la poseen en la actualidad. Esta isla fué ocupada por los ingleses en 1763, 1794, 1810 y 1815.

De la Guadalupe dependen administrativamente la isla de María-Galante, las Santas y la parte francesa de la isla de San Martín.

La isla de María-Galante está á los 16° latitud Norte y 63°,20' longitud Oeste. Tiene 15.344 hectáreas de superficie, 56 kilómetros de circunferencia y unos 15.000 habitantes.

La capital es la gran villa de Marigot; al Este está la ciudad de Capesterre, y al N. O. el antiguo fuerte. Excepto en la parte S. O., las costas están circuidas de altas y escarpadas riberas cortadas á pico, al pie de las cuales existen sumideros y rompientes que no permiten acercarse á ellos; al S. O. la costa es llana, pero el mar está cortado por un banco de arrecifes que se extiende hacia el Este hasta la Capesterre y que impide los desembarcos, por cuya razón no se encuentra en esta isla ningún fuerte.

El suelo es fértil en todos los parajes susceptibles de cultivo, y las montañas están cubiertas de bosques en los cuales abunda el palo campeche. Esta isla produce además café, caña de azucar, algodón y cacao. Se cria en ella mucho ganado, y los caballos, aunque pequeños, tienen mucha nombradía.

La isla de María Galante fué descubierta por Cristobal Colón en 1493, dándole el nombre de la nave en que iba embarcado. Los franceses fueron los primeros europeos que enviaron á ella una colonia en 1647. Los holandeses se apoderaron dos veces de esta isla y otras dos los ingleses, una en 1691 y otra en 1759; pero fué devuelta á Francia en 1773, y desde la época de la revolución ha venido siguiendo la misma suerte que la Guadalupe.

Las Santas fueron descubiertas algunos días después del 1.° de Noviembre, y por esta razón recibieron de los es-

pañoles el nombre de los Santos. Se componen de dos pequeñas islas llamadas Tierra de Arriba y Tierra de Abajo, y tres islotes con algunas rocas que componen una superficie de 1.256 hectáreas.

La Deseada se halla á los 63°,20' longitud O. y 16°,21' latitud Norte. Está separada de la Guadalupe por ocho kilómetros al N. O. y tiene 16 kilómetros de circuito y 4.300 hectareas de superficie con 3.000 moradores.

La Deseada fué descubierta por Colón en 1493. Los primeros que se establecieron en ella fueron los franceses; pero los ingleses la tomaron en 1762, y en 1815 volvió á poder de Francia.

La Martinica está situada á los 65°,11' 65°,38' longitud Oeste y 14°,28' 14°,52' latitud Norte. Tiene 71 kilómetros de largo por seis de ancho.

Su capital es Fuerte Real con 12.000 almas, y la isla está poblada por 117.000 habitantes, dividida en cuatro distritos: Fuerte Real, el Marino. San Pedro y la Trinidad.

Hay muchas montañas volcánicas, de las que se desprenden multitud de arroyos que en tiempos de lluvias se convierten en torrentes peligrosos.

Las costas están entrecortadas por numerosas bahías. Su clima es muy cálido y malsano, y en varias épocas la fiebre amarilla ha hecho estragos en esta isla, particularmente en 1825.

Ha sufrido también muchos temblores de tierra; los más funestos fueron los de 1776, 79, 80, 88, 1812, 14, 23 y 39.

Tiene muchas fuentes minerales, y los bosques ocupan la mayor parte del interior de la isla, cultivándose sólo el terreno de las costas. La Martinica produce gran cantidad de azúcar, café, cacao, algodón, etc.

La Martinica fué descubierta por Cristobal Colón en 1492, que la llamó así por haberla visto por vez primera el día de San Martín. Lollive y Duplessis la ocuparon en nombre de la Francia en 1637, y un mes después fué colonizada por Denambre, gobernador de San Cristobal. Los holandeses atacaron inútilmente la Martinica en 1674, y los ingleses se apoderaron de ella en 1762, 1802 y 1809; pero siempre la han devuelto á Francia.

En esta isla nació María Rosa Josefina Tascher de la Pagérie, que vió la luz primera en San Pedro de la Martinica el 24 de Junio de 1763. Fué emperatriz de los franceses mediante su matrimonio con Napoleón I.. El primer marido de Joselina, Alejandro Beauharnais, hijo del marqués de Beauharnais, Gobernador general de las Antillas, había nacido también en esta colonia en 1759.

Asimismo nacieron en la citada isla Thibault de Chauvalon, correspondiente de la Academia de Ciencias y autor de un *Viaje á la Martinica,* lleno de observaciones interesantes; Moreau de Saint-Mery, hábil administrador, Presidente de la Academia parisiense de los electores de 1789, miembro de la Asamblea Constituyente y autor de gran número de obras útiles acerca de las colonias americanas; Barras, sobrino del famoso director oficial de Marina, que se distinguió á bordo de la flota de marina de M. de Grasse; el mulato Belgrade, hombre de inteligencia y de valor, que estuvo encargado del gobierno de la colonia después de la partida del general Rochambeau, y que dió pruebas de habilidad, de valor y de firmeza en tan difícil puesto; el jefe de brigada Magloire Pelage, hombre de color, que estuvo también provisionalmente colocado á la cabeza de Guadalupe, y M. D'Avrigny, miembro de la Academia Francesa y autor de la tragedia *Juana de Arco.*

Finalmente, para concluir con lo que respecta á las islas de Barlovento, debo mencionar á Nevis, Antigua, Granada y Granadillas, que corresponden á Inglaterra.

Las Pequeñas Antillas de Sotavento son:

Margarita, situada á los 66°,47' de longitud Oeste y 11°,3' de latitud Norte.

Esta isla forma parte del departamento del Orinoco, en la república de Venezuela y se halla separada del continente por medio de un canal de cuatro leguas y tres cuartos de ancho. Tiene 12 000 habitantes y su capital es la Asunción.

Está muy bien fortificada, pues todas las alturas y puntos por donde el enemigo puede hacer una tentativa, se hallan coronados de fuertes y reductos.

Su suelo produce maíz, algodón y caña de azúcar, y sus habitantes se dedican á la pesca de perlas, antiguamente

muy abundantes, tortugas y pescado, y á la fabricación de hamacas de buen tejido, y de excelentes medias de algodón.

Esta isla fué descubierta por Cristobal Colón en 1498. Los españoles fundaron en ella muchos establecimientos; pero los holandeses los arruinaron en 1662. En la guerra de la independencia se han dado en la isla Margarita muchos combates.

Tabago, isla perteneciente á Inglaterra, situada á los 68°,4′ de longitud Oeste, y 11°,15′ de latitud Norte, que tiene 47 kilómetros de largo y 16 de ancho, con 16.000 almas, y por capital á Scarboroug.

Menos calurosa que las demás Antillas, y menor la violencia de los huracanes, disfrutan de una vegetación asombrosa y de un suelo muy fértil en tabaco (cuya planta descubrióse en esta isla el año 1560, y que ha tomado su nombre), azúcar, ananas, bananos, y especialmente cocos, de cuyo fruto, y del ron sobre todo, tiene un comercio muy activo.

Tabago fué descubierta por Cristobal Colón en 1498, llegó á ser colonia holandesa en 1632 y perteneció desde 1666 al 1781, alternativamente, á los ingleses y holandeses; desde 1781 á 1792 á los franceses, hasta que después quedó definitivamente como colonia inglesa.

Junto á la costa Este de esta isla se halla la pequeña Tabago.

La isla de la Trinidad es la principal de las Antillas inglesas, situada á los 63°,9′, 64°,12′ de longitud Oeste, y 10°,51′ de latitud Norte, en frente de la embocadura del Orinoco. Tiene 75 kilómetros de largo por 28 de ancho, 50.000 habitantes y por capital á Spanishtown.

Su suelo es muy fértil, su vegetación como la de América y de la India, y disfruta de una posición muy ventajosa para el comercio con Tierra Firme.

Fué descubierta por Colón en 1498, ocupada por los españoles en 1532, por los ingleses en 1595, por los franceses en 1676 y después abandonada hasta que la ocuparon de nuevo los ingleses en 1793, en cuyo poder permanece al presente.

La famosa isla de Curaçao está situada entre los 70, ° 50, de longitud Oeste y 12, ° de latitud Norte.

Tiene 85 kilómetros de largo y 22 de ancho, con 20.000 al-

mas. Sus ciudades ó pueblos principales son: Willemstadt y Curaçao. Al norte se ven muchas rocas áridas y escarpadas, y algunas llanuras fertiles. Se cultiva el maiz, la nuez moscada y la caña de azúcar y se fabrica un licor que tiene el nombre de Curaçao.

La isla de Curaçao forma con las islas inmediatas (Aruba ú Orubas, que tiene una mina de oro, Bonaire y Aves), un gobierno, que lleva el nombre de gobierno de Curaçao. Pertenece á los holandeses, pues aunque los ingleses se apoderaron de ella en 1798 y 1806, les fué devuelta en 1818.

Finalmente, la isla de Cubagua, que pertenece á Colombia, está situada á los 66 ° 35′ de longitud Oeste, 10 ° 42′ de latitud Norte entre la isla de Margarita y la costa de Cumaná. Tiene 2 leguas y media de circunferencia, y está sin cultivo. Fué descubierta por Cristobal Colón y se pescaba en otro tiempo en sus costas perlas que tuvieron fama.

CAPITULO II

Formación geológica de las Antillas-Atlántida.

Las antillas son así llamadas por haberlas nombrado de esta suerte Pedro Mártir de Angleria, quien dice en el libro I de su primera Década "que Colón, después del descubrimiento de Cuba, creyó haber encontrado la isla de Ophir, donde iban á buscar el oro los buques de Salomón y que considerando la descripción de los cosmógrafos, parece que esta isla y las que demoran vecinas son las islas de Antilia" mencionadas por Aristóteles como descubiertas por los cartagineses.

Indudablemente las Antillas, así como todas las americanas, son altas montañas que se han separado de la Tierra Firme, sumergiéndose en tierra baja por alguna violenta revolución de los mares ó terremotos, como en el cap. I de la parte primera hablo con extensión.

Cuba y Puerto Rico, así como las demás Antillas, no son sino desprendimientos del continente; desprendimientos no acaecidos, sin duda, sino cuando la Atlántida, que unía la America á los demás continentes húbose sumergido, allá en los principios de la edad cuaternaria, á consecuencia de un gran movimiento subterráneo.

Entonces nació la isla Atlántida, de que habla Platón en dos de sus célebres diálogos, el *Timeo* y el *Critinos* y que

más tarde desapareció también, dando lugar á las islas Canarias, Azores, Madera y Cabo Verde.

La pasada existencia de la Atlántida está confirmada por los trabajos de Tournefort, Buffon, Bory de Saint-Vincent-Reclus y Mr. de Blezy.

Otro sabio geólogo, finalmente, Mr Heer, en sus investigaciones acerca de la flora de las islas del Atlántico, ha encontrado un carácter de mucha probabilidad á la existencia, de un gran continente entre Europa y América.

CAPÍTULO III

Caribes que habitaron las Pequeñas Antillas.

Caribes se llamaban los indios que habitaban en las Pequeñas Antillasal tiempo de ser descubiertas por los españoles.

Pero no era este pueblo autóctono de dichas islas, no; los caribes, procedentes de la Florida, invadieron, algunos siglos antes de que Colón llegase á aquel continente, las Pequeñas Antillas y Costa deTierra Firme desde elCabo de Vela hasta la embocadura del Surinam. Procedían, á mi entender—á l menos las analogías de raza y de caracteres fisiognómicos con los guaraníes lo demuestran—de aquellas tribus del Sur de América que allá en épocas separadas de la nuestra por centenares de siglos, se extendieron por el Centro y Norte de ella; tribus que mucho más tarde viéronse obligadas á huir de aquellos parajes, expulsadas por los pueblos camíticos y asiáticos que, como en anteriores capítulos he dicho, penetraron en América por el entonces itsmo de Behering, en los últimos tiempos de la edad neolítica.

Poblaron primero, á no dudarlo, las Pequeñas Antillas, pues en las Grandes debieron encontrar resistencia por parte de sus moradores, y una vez en ellas pasaron á la Tierra Firme. En las islas mencionadas encontraron unos pueblos de raza maya análoga ó al menos muy parecida á los que ocupaban á Cuba, Haití, Jamaica y Puerto Rico; venciéronles,

apoderándose de sus mujeres, y por eso afirman muchos antiguos historiadores de Indias que las mujeres de los caribes hablaban un idioma diferente al de los hombres, puesto que ellas eran de diversa raza y tratarían de infundir á sus hijas, más susceptibles del cariño de las madres que los varones, amor á la lengua de sus padres y abuelos.

Los caribes, cuyos descendientes viven aún al Este de Caracas, en tribus sometidas á jefes electivos, eran altos, valientes, activos y muy diestros. Tal vez las luchas que en los bosques de la Florida y del Norte de América tuvieron que sostener con los pueblos braquicéfalos y dolicocéfalos, que invadieron sus territorios durante tantos y tantos años, determinaron la intrepidez y ferocidad de su carácter, ferocidad que llegaba hasta devorar á sus prisioneros de guerra, é intrepidez originadora de aquella bravura de aquel individualismo ardoroso que informó sus instituciones, usos y costumbres.

Merced á este individualismo practicaban libremente la poligamia; por virtud á él y solamente por él, no tenían gobierno, aunque vivían tranquilos y muy unidos entre sí, siempre que de defender su raza de los ataques de otra se tratase; aborrecían la distinción de clases entre los hombres, y no podían comprender cómo los españoles obedecían las órdenes de sus jefes, ni cómo sujeta un hombre más flaco á otro más fuerte, ni cómo uno solo podía mandar á muchos, por más que sus mujeres, como sexo débil, estaban sometidas á ellos como verdaderas esclavas.

Cada familia componía una pequeña República, separada en cierto modo del resto de la nación, formando una aldea que llamaban *carbet*, en cuyo centro estaba la casa del jefe ó patriarca, el cual vivía con sus mujeres é hijos pequeños, y en su circunferencia se veían las de sus descendientes é hijos casados.

El individualismo, informador de su caracter, determinó asimismo lo rudimentario de su religión y la diversidad de dialectos que en el caribe existen.

Los caribes creían confusamente en dos seres: el uno bienhechor, de quien pensaban les venían los bienes, y el otro, maléfico, al que atribuían todas las desgracias. A am-

bos espíritus tributaban algunas supersticiones absurdas, aunque con suma frialdad é indiferencia, porque para ellos no existía la razón eminentemente social que da nacimiento á los cultos, los cuales no se derivan de otra cosa sino del consorcio entre la timidez que con la ignorancia se desarrolla y la necesidad de templar la natural ferocidad del hombre, ya para hacerlo sociable, ya para que no sean temibles sus protestas contra la esclavitud y la opresión.

La lengua caribe divídese en tres grandes grupos: los *caribes*, propiamente dichos por ellos mismos, llamados *karina*, *kalina* ó *kalinago*, cuyas principales tribus son los *galibis* de la Guyana francesa y los *tuapokas* y *kunaguaras* en el bajo Orinoco; los *yaois* en la isla de la Trinidad y en las costas enfrente de Venezuela y los *guachiras* ó *guaiquerias* que habitan en la isla de Santa Margarita y alrededor de Cumana, que son las tribus menos bárbaras.

Además, los *avarigotes*, *purugotos* y *acherigotes* hablan también caribe, y son conocidos sesenta y ocho dialectos de este idioma, según manifiesta el conde de la Viñaza en su *Bibliografía españolade lenguas indígenas de América*.

¿Qué indica esto? Pues que la independencia de carácter y feroz individualismo de los pueblos caribes llevároнles á vivir aislados unos de otros, y esta circunstancia hizo, á no dudarlo, que su idioma se dividiese y subdiviese en tantos dialectos; no hay que dejar de tener en cuenta que el aislamiento hace olvidar las voces anteriormente usadas y nacer otras á medida que surgen nuevas necesidades, y el hombre se ve obligado, para satisfacerlas, á crear palabras que le faciliten la realización de las exigencias de sus costumbres ó de sus órganos.

Estudiando las costumbres y usos de los pueblos caribes, vemos que este mismo individualismo, cuyas manifestaciones hemos visto ya, determinó en ellos una carencia casi total de ciencia, porque viviendo casi aislados, ¿para qué necesitaban saber, si esta perfección del arte no consiste sino en saber hacer, y no había de conducirles á nada de lo que la vida social en sí entraña. la perfección de la condición humana y la satisfacción del espíritu?

Sin embargo, los caribes tuvieron conocimientos, y cono-

cimientos nada vulgares, que indican el gran desarrollo en sus facultades intelectuales, en aquellas materias cuyo cultivo no menoscababa en lo más mínimo su individualismo, antes al contrario, lo avivaba y alentaba más y más. Eran muy diestros en la fabricación de venenos, como queda ya dicho en la primera parte, al hablar de los caribes de Tierra Firme, y conocían un sinnúmero de hierbas para curarse de sus enfermedades, hierbas algunas de las cuales enumero en elmismo capítulo.

Todo lo expuesto prueba que los pueblos que al individualismo rinden un exagerado culto, tienen por fuerza que ser feroces é ignorantes; cualidades que no conducen á otra cosa sino á la degeneración y extinción de las razas

CAPÍTULO IV

Islas é islotes adyacentes á Cuba y Puerto Rico.

No sólo son las grandes islas de Cuba y Puerto Rico las que aún la vieja España posee en el mar de las Antillas; posee también algunas islas pequeñas que, aunque apartándose algo del objeto de esta obra, creo interesante y útil dar aquí de ellas una ligera idea.

Incluyendo los cayos, que se encuentran dentro de los puertos, cuéntanse adyacentes á la isla de Cuba, en su costa meridional, una isla, seis islotes, 26 cayos mayores y 697 menores, y en la parte septentrional, cinco islas, siete islotes, 37 grandes cayos y 522 cayuelos, que hacen un total general de 1.300.

La isla más importante, grande, poblada y rica de las adyacentes á las costas de Cuba, es la de Pinos, que se encuentra situada á los 21° 27′ 15″ y los 2° 58′ 17″ de latitud boreal, y los 76° 11′ 11″ y 76° 52′ 6″ de longitud occidental de Cádiz, hacia la parte occidental y más profunda del gran arco que describe la costa meridional de Cuba, desde el Cabo Cruz hasta el de Corrientes.

Su menor distancia, desde la punta de los Barcos, extremo NO. de la isla de Pinos, á la de Carraguao, inmediata á la boca del río de los Palacios, en la de Cuba, es de 10 leguas, y su figura puede asimilarse á un polígono irregular de cinco lados, uno de los cuales mira exactamente hacia el Norte.

En cuanto á la superficie de esta isla, según el cita do Lanier es de 117 leguas y media, ó 614 millas y tres cuartos cuadradas, de las cuales absorbe 74 leguas su parte Norte y 43 y media la del Sur.

La isla de Pinos es por lo general llana, y sus montes son poco elevados. Alturas y llanos se hallan ocupados por extensos pinares y bosques de otros árboles. La parte oriental es la más fértil, cubierta toda ella de frondosos bosques, en que abundan maderas preciosas y de construcción, y muy apto su terreno para el cultivo del tabaco, que es tan apreciado como el cubano, conocido con el nombre de Vuelta de Abajo.

En todo el feraz territorio de la isla de Pinos sólo se cultivan, según dice Pezuela en su *Crónica de las Antillas*, 117 caballerías de tierra, repartidas en 29 haciendas, para la cría y ceba de ganados, un potrero, 43 sitios de labor y otros tantos predios, donde se cosecha arroz, frijoles, patatas, maíz, mijo, plátanos, yuca, tabaco y forraje. También hay muchos colmenares y fábricas de ladrillos y de cal.

Las principales alturas de esta isla son: las sierras de la Cañada, Caballos, Casas, Leiva, Daguilla, San José y el Columpio, y los ríos que riegan su territorio, el Nuevas, el de la sierra de Casas y el Santa Fe, que son navegables; en todos ellos hay muchos peces, y sus orillas se hallan cubiertas de frondosos árboles, siendo sus aguas delgadas y muy saludables.

Las costas de Pinos, en general, son bajas, pantanosas, cubiertas de mangles, con intervalos de piedra y playas de arena y de corta extensión, y con algunas salinas naturales, que no se benefician por lo anegadizo de los terrenos en que se encuentran.

Abundan en las aguas que bañan sus costas los caimanes, cocodrilos y manatíes, y los careys, y otras especies de tortugas.

La temperatura de la isla de Pinos es fresca y deliciosa; y tan saludable, que es el mejor punto de convalecencia para enfermos considerados en otras partes como incurables.

Los principales pueblos son Santa Fe y Nueva Gerona, y en lo militar, eclesiástico, administrativo y marítimo, de-

pende la isla de Pinos de la jurisdicción de la Habana, y para la administración de justicia, del partido judicial de Bejucal. Su población se compone de unas 3.000 almas.

Es natural que por su proximidad á Cuba, y sus excelentes condiciones climatológicas, la isla de Pinos estuviese habitada en lo antiguo, antes de que Colón conociese aquellos mares; pero positivamente nada en concreto se sabe. El célebre marino inglés Drake reconoció la isla de Pinos en 1596, pero sin tomar posesión de ella; y aunque en los censos que de la isla de Cuba se formaron en 1774, 1792 y 1817, ni siquiera se menciona á Pinos, muchas referencias oficiales acreditan que contaba ya, á mediados del siglo XVIII, con alguna población y ganado, que había chozas en dos ó tres de sus playas principales, y que algunos criminales burlaban en ella el rigor de las leyes que les perseguían, tanto en Cuba como en el vecino continente.

Los capitanes generales de Cuba, conde de Ricla, marqués de la Torre, conde de Santa Clara y general Vives se interesaron por la colonización de esta isla, y como resultado de las gestiones de tan ilustres patricios, singularmente del último, que comisionó al doctor Labadie, para que la reconociese científicamente, se estableció en Pinos una colonia por real orden de 1.º de Agosto de 1828, ocupando aún el gobierno general el mencionado D. Francisco Dionisio Vives, y D. Clemente Delgado y España formó el primer plano topográfico de la población de la Reina Amalia sobre terrenos cedidos al Estado por el regidor de la Habana, D. Andrés de Acosta. Aunque el nuevo pueblo se llamó en su proyecto de la Reina Amalia, en obsequio de la tercera esposa de Fernando VII, que falleció en 1829, se le dió definitivamente el nombre de Nueva Gerona, como recuerdo de la heroica defensa de la plaza catalana, á la cual asistió, conduciéndose valientemente, el general Vives.

Sigue en importancia á la de Pinos, en la costa meridional de Cuba, la pequeña isla llamada Cayo Largo, que tiene una legua de Norte á Sur y cinco de Este á Oeste, siendo el Cayo mayor y más oriental de los que forman el bajo de los Jardines y Jardinillos. Está cubierto de árboles, y su parte Sur es una playa de arena, que está bordeada por un arreci-

fe que sigue sin interrupción por espacio de cuatro leguas, hasta el canal del Rosario.

De todas las islas que aparecen en el mar septentrional de Cuba, la más cercana á su costa es la de Turiguanó, que se halla separada del partido de Morón por dos estrechos canales. Tiene 13 millas y media de largo y 12 de ancho, y hacia su centro se encuentran varias lagunitas muy profundas, que se cree comunican entre sí. Mucha parte de sus terrenos son anegadizos y de mangles, y en su extremo occidental se forman varias salinas.

A media milla al Norte de la anterior se encuentra Cayo Coco, con 29 millas cuadradas de superficie, y separado del extremo occidental de Cayo Romano por un canal que sólo sirve para buques que tengan menos de 4 pies de calado. La parte septentrional de Cayo Coco presenta varios arenales y el puerto de su nombre, formado por el Cayo de la Jaula y un pequeño arrecife que une á ambos cayos, y su parte meridional está cubierto de manglares.

Cayo Romano es la mayor de las islas adyacentes á la de Cuba, después de la de Pinos, y tiene 17 leguas de Noroeste á Sureste, y más de una y media de ancho, con una superficie de 170 millas cuadradas. Aunque su terreno es llano, distínguense en esta isla las montañas del Ají y de Juan de Baez, cubiertas de bosques que producen excelentes maderas. En Cayo Romano hay caballos silvestres y viven un centenar de individuos dedicados á la salazón de cecina, tan estimada en toda Cuba, con el nombre de Tasajo de Cayo Romano. Su costa austral es más anegadiza que la boreal, y hay en ella muchos bajos y salinas, que cuando el año es seco, dan grandes utilidades, proveyendo á las haciendas de la jurisdicción de Puerto Príncipe, á la cual pertenece este cayo, y al distrito marítimo de la Guanaja.

La isla de la Guajaba se encuentra entre la parte más oriental de Cayo Romano, del que la separa el canal de su nombre y la costa occidental de la Península del Sabinal. Tiene más de 10 millas de largo y legua y media de ancho. Hay en ella tres haciendas de cría y ceba de ganados, y muchas salinas explotadas, con algunas rancherías de pescadores.

Cayo Fragoso, situado á una legua del canal viejo de Bahama, tiene 22 millas de largo por 3 de anchura. Está dividido en dos aggostos canalizos, llamados las bocas de Antón, por los que no puede pasar ningún buque. Este cayo es anegadizo y cubierto de manglares, pues sólo se levanta en el centro un montecillo llamado alto de Antón. Lo frecuentan algunos pescadores, y muy cerca de él aparecen los peligrosos bajos de Almedinas.

Entre las islas adyacentes de la de Puerto Rico, la más notable es la de Vieques, situada á los 18°,10' de latitud boreal y los 59°,6' de longitud occidental de Cádiz. Dista de la costa oriental de Puerto Rico tres leguas, diez al Noroeste de la de Santa Cruz, seis al Sudoeste de la de Santhomas y tres al Norte de la Culebra. Tiene nueve de largo y dos de ancho, y una cadena de montañas la divide en toda su longitud. Los terrenos son de excelente calidad; es muy abundante en pastos y produce caña de azúcar, café, algodón, frutos, legumbres, ñame cimarrón, y en sus montañas crecen numerosos árboles de pimienta malagueta. Las tierras bajas son las de mejor calidad, y las altas están cubiertas de bosques de maderas preciosas y de construcción. Críanse muchos canarios, tórtolas, perdices, cotorras, flamencos, patos y otras aves acuáticas. Se pescan un gran número de tortugas y careys y abundan los caracoles y cangrejos, que son de un tamaño enorme. Su principal riqueza consiste en la exportación de maderas por los puertos de Mulas y punta de Arenas al Norte; Ferrer, Mosquito y Ensenada Honda al Sur, y por la punta Oriental al Este.

Frente al puerto de Ponce, en la costa meridional de Puerto Rico, con la que está casi unida por un arrecife, se halla la isla montuosa de la Caja de Muertos, con un buen fondeadero en su costa Oeste. Abundan en sus terrenos la piedra caliza, los mariscos y tortugas, y hay establecidas en ella algunas rancherías de pescadores.

A tres millas al Este Sueste de lad isla anterior se ven dos cayos llamados de Berbería, y á poco más de un cable de la isla, con la que está unido por un arrecife, otro cayuelo.

La isla de la Mona, al Oeste de Cabo Rojo, es llana y de formación volcánica, y tiene dos leguas de largo y una de

ancho. Está habitada por algunos pescadores de carey; se crían muchas cabras, cerdos y toros cimarrones, creciendo arbustos y algunos árboles bastante corpulentos. En las costas del Noroeste y Sur de la isla de la Mona se encuentran numerosas cavernas que se extienden en todas direcciones, y algunas de ellas contienen tantas cristalizaciones que impiden su exploración.

El islote del Monito, á poco más de dos millas al Norte Noroeste del cabo Barrionuevo, es un peñón de menos altura que la Mona, de figura semicircular, de un diámetro de dos cables, de costa limpia, cortada á pico é inabordable, excepto en un pequeño recodo que hay en su parte occidental, donde fondean algunas embarcaciones para cargar guano. El Monito es un islote muy árido y siempre está lleno de una infinidad de pájaros que producen el renombrado guano de su nombre.

A once millas de la punta de San Francisco está situada la pequeña isla del Desecheo, de una milla de extensión, con algunos montes muy altos, cubiertos de árboles frondosos, muy escarpada por la parte del Sudeste, de suave pendiente al Norte y sin ningún fondeadero.

Además de estas islas, en la parte meridional de Puerto Rico se encuentran el Cayo Real, las dos islas Gatas, situadas cerca de Punta Carcuero, el Guanabo, la Mata, las tres islas Ratones, el Morillo, la Puerca y las islas Caribes, que son ocho con tres islotes.

En la parte oriental, al Norte de Vieques, se hallan los cayos Batatas y Algodones y las islas Cabras, Cabritas, Puerca, Medio Mundo y Piñeiro. En la playa de Fajardo, las de Ramos, Obispo, Zancados, Palominos é Hicacos, que está rodeada de los arrecifes de la cordillera.

Por último, cerca de San Juan de Puerto Rico encuéntrase la isla Cabra, rodeada de tres islotes.

CAPÍTULO V

Descripción geográfica é Historia Natural de la isla de Cuba.

La isla de Cuba es la mayor y la más occidental del archipiélago de las Antillas: se halla situada en la zona tórrida y muy próxima al trópico de Cáncer, al lado occidental del Océano Atlántico y hacia el centro del continente americano. Extiéndese entre los 19°,49′ y 23°,13′ de latitud septentrional y los 67°,51′8″ y 78°,40′22″ de longitud occidental de Cádiz.

Sus extremidades más salientes son: por el Este, el cabo llamado geográficamente Punta de Maisí; por el Norte, los cabos de Hicacos y de Lucrecia; por el Sur, la punta del Inglés, inmediata al cabo Cruz, y al Oeste el de San Antonio.

Confina la isla de Cuba al Norte con los canales de la Florida, de Ocampo y Viejo de Bahama, y con las islas que comprende en esa dirección el archipiélago de las Lucayas ó Bahama, compuesto de Este á Oeste por las Inaguas, Acklin, Crovekeds, Larga, Eusuna y el grupo de la Providencia. Por el Este confina con el estrecho ó paso de los Vientos, que la separa del estrecho occidental de Haití ó Santo Domingo y de las dos Inaguas. Al Sur con las islas de Pinos, el Caimán y de Jamaica; y por el Suroeste con el estrecho de Yucatán, que con el cabo Catoche, que es el que más sobresale al Noroeste de esta peninsula, y el de San Antonio, en la extremidad occidental de Cuba, forman la entrada meri-

dional del Golfo Mejicano, con el que también limita la grande Antilla por su Oeste y Noroeste.

Cuba se halla separada de la Florida por 32 leguas; de Santo Domingo, 15; de Jamaica, 25, y de la península del Yucatán, 38 leguas.

Descubierta la isla de Cuba, fué bautizada con los siguientes nombres: Alfa y Omega, ó sea principio y fin, segun Pedro Mártir de Angleria; Juana, Fernandina, de Santiago, San Salvador é isla del Ave María, según Arrate en su *Llave del Nuevo Mundo*, llamándose hoy al fin, como entre los indígenas, Cuba, pues por el sustantivo *Cubanacan* denotaban los indios el centro de la isla, y *nacan*, en lengua cibuney, indica lo *mejor*. Y, en efecto, lo más notable de su parte física se encuentra en el Centro y en el Oriente, no siendo de extrañar el nombre de *Tierra mejor*, que es, en suma, lo que en la lengua de los cibuneyes, antiguos habitantes de la isla, significa *Cubanacan*.

El clima cubano es en general cálido y húmedo, como en todas las regiones intertropicales; pero en algunas de sus comarcas se disfruta una temperatura tan dulce y tan agradable como la de Andalucía. A dos azotes se encuentra expuesta la bella tierra de Cuba, á causa de su situación geográfica y de la naturaleza de su clima: á los huracanes y á los terremotos. Del origen de éstos ya he hablado en otros capítulos. Los huracanes son ocasionados por el aire que el calor enrarece y hace más ligero, produciéndose grandes masas de este aire enrarecido, que al circular en la atmósfera con enorme impetuosidad, arrancan árboles seculares, derriban edificios, arrojan sobre sus orillas los buques anclados en los puertos, torrentes de agua convierten en lagos las localidades más cercanas á la costa y exterminan y destruyen todo cuanto á su paso encuentran, como por desgracia se ha visto en Cuba con los huracanes de 5 de Octubre de 1844, 10 de Octubre de 1846, el de 1865 y 7 de Octubre de 1870, que descargaron la furia en la zona más rica de la isla, entre el meridiano de Pinar del Río, el de Sagua la Grande y Cienfuegos, comprendiendo todos los radios de Matanzas, la Habana y Cárdenas.

El territorio de Cuba, aunque generalmente bajo, es bas-

tante accidentado, contando muchas ondulaciones y grupos montañosos, que no describo aquí por no separarme mucho del objeto primordial de esta obra, cuyas montañas dan nacimiento á más de 100 ríos que, como los de Sagua la Grande, Sagua la Chica, Sagua de Tanamo, Toar, Saramaguacan, Mayarí de la Palma, Jaibonico del Norte, de las Cruces, Almendares, Canimar y Yumurí son los más notables que desembocan por la costa del Norte; y entre los más dignos de mención que desaguan por la costa meridional, se encuentran el Couto, el más largo y caudaloso de todos los de la isla, Saza, Agabama ó Manati, Jatibonico del Sur, Yateras, Cuyaguatije, Najaza ó Santa Cruz, San Pedro ó Santa Clara, Hatiguanico, Jobabo, Damuji, Arimao, Palacio, San Diego y Güines.

Contienen las montañas cubanas muchas cuevas ó cavernas llenas de preciosidades naturales, que sirvieron de asilo á los habitantes prehistóricos de la isla de Cuba, como lo demuestra el haberse encontrado en muchas de ellas objetos preciosísimos para el arqueólogo, ó restos humanos de utilidad suma á la antropología.

Las más hermosas cavernas del valle del Yumurí son la de Bellamar, la mayor y más admirable que fué descubierta en Abril de 1861 en una finca de D. Manuel Parga; la de Yumurí y las del Muerto y de la Caldera. En el territorio de Pinar del Río hay también otras muchas, siendo las más notables las del Indio, Santos, Acostas, Domingo, Isabel María, Resolladero y Montiel, en la cual se encuentran osamentas humanas de un tamaño colosal. En la jurisdicción de Güines están la de Cotilla y la de Maraguan, así llamada porque sirvió de palacio, antes del descubrimiento de la isla, á un cacique de este nombre. Otras cavernas existen en las jurisdicciones de Guanabacoa, Trinidad, Puerto Príncipe y Sagua la Grande, siendo la más notable de todas ellas, desde el punto de vista arqueológico, la que se halla cerca de la Punta de Maisí, en la que se encuentran obras de barro, osarios y otras reliquias de los primitivos indígenas de Cuba.

La isla de Cuba se divide en seis provincias, que son: Habana, Matanzas, Pinar del Río, Puerto Príncipe, Santa Clara y Santiago de Cuba.

La provincia de la Habana se halla situada en la parte más estrecha de la isla de Cuba, en el antiguo departamento occidental, y sus límites son, por el Norte, el Golfo Mejicano, desde la boca del río Baracoa hasta la del río Canasi; por el Este, la provincia de Matanzas; por el Sur con el mar de las Antillas (golfo de Batabanó) desde la boca del río Caimito hasta la ensenada de Majana; y por el Oeste, la provincia de Pinar del Río.

La superficie de esta provincia, sin incluir á la isla de Pinos y á otras que les son adyacentes, es de 3.323 kilómetros cuadrados, con una población de 451.928 almas, que habitan en seis ciudades, tres villas, 25 pueblos y más de 170 entre barrios y caseríos.

La provincia que nos ocupa se divide en nueve partidos judiciales, que cuentan 37 ayuntamientos, á saber: tres en la Habana (Oeste, Centro y Este), y los de Marianao y Guanabacoa al Norte; Yaruco al Este; Güines al Sur; Bejucal, al que pertenece la isla de Pinos, al Centro y San Antonio de los Baños al Oeste.

La capital es San Cristobal de la Habana, que lo es también del Gobierno general de la isla de Cuba y sirve de residencia, además de á su obispado, á todos los centros administrativos de la isla, tanto civiles como militares, marítimos, judiciales y económicos que presiden á los del resto de ella. Esta ciudad, fundada en 1519 por Diego de Velázquez, el cruel verdugo del heroico cacique Hatuey, cuenta en la actualidad 200.448 habitantes y dista 6.700 kilómetros de Madrid, 190 de Pinar del Río, 93 de Matanzas, 330 de Santa Clara, 640 de Puerto Príncipe y 966 de Santiago de Cuba. Entre los edificios de San Cristobal de la Habana. una de las mejores poblaciones del mundo, descuella la catedral, antes convento de jesuítas, donde reposan, desde 1796, las cenizas del inmortal Cristobal Colón.

La provincia de Matanzas hállase situada en el antiguo departamento occidental de la isla, en una de las zonas más ricas y productivas de Cuba, y sus límites son: por el N. el Canal de la Florida, desde el río Canasí hasta la punta de Umoa, que se halla frente al cayo del Inglés; por el E., con la provincia de Santa Clara; por el S., con esta misma pro-

vincia y parte de la ensenada de la Broa, en el golfo de Batabanó; y por el O. con la provincia de la Habana.

Su superficie, sin contar los cayos que rodean á su costa septentrional, es de 9.685 kilómetros cuadrados, con una población de 253.610 almas, que habitan en dos ciudades, tres villas, 25 pueblos y 133 entre barrios y caseríos.

Se divide esta provincia en 23 ayuntamientos y cinco partidos judiciales, que son: los del Distrito Norte y Distrito Sur, de San Carlos de Matanzas, el de Cárdenas, el de Alfonso XII y el de Colón.

Su capital es San Carlos de Matanzas, ciudad de 50.000 almas, fundada en 1693 por el gobernador D. Severiano de Manzaneda, la tercera población de la isla, por más que la afea mucho, echando una mancha sobre tan bellísima capital la gran estatua que en el paseo de Santa Cristina han erigido al monstruoso Fernando VII, una de las mayores vergüenzas de nuestra historia. San Carlos de Matanzas hállase unido á San Cristobal de la Habana, por dos ferrocarriles, que la tienen en constante comunicación con las provincias de la Habana, Matanzas, Santa Clara y parte de la de Pinar del Río.

La provincia de Pinar del Río, conocida vulgarmente por Vuelta Abajo, ocupa la parte más occidental de Cuba, hallándose situada entre el mar de las Antillas y el Golfo de Méjico, siendo sus límites al Norte, con el golfo ya citado; al Este, con la provincia de la Habana; por el Sur, con el mar de las Antillas, y por el Oeste, con el estrecho de Yucatán.

Su superficie es de 7.435 kilómetros cuadrados, con una población de 224.048 habitantes, que se albergan en una ciudad, tres villas, 22 pueblos, dos aldeas y más de 150 entre barrios y caseríos.

Se divide esta provincia en 25 ayuntamientos y cuatro partidos judiciales, Pinar del Río, Guane, San Cristobal y Guanajay.

Su capital es Pinar del Río, ciudad de 6.500 habitantes, fundada hacia el año 1571 por D. Melchor de Rojas. Todo su tráfico comercial lo realiza Pinar del Río, por el pequeño puerto de la Coloma, situado á una distancia de 25 kilómetros.

La provincia de Puerto Príncipe comprende la zona de la isla que se conoce generalmente con el nombre de Camagüey, y que formó parte del antiguo departamento central, y sus límites son: al Norte, el canal Viejo de Bahama, desde el río Jatibonico del Norte, hasta el puerto de Nuevas Grandes; por el Este, la provincia de Santiago de Cuba; por el Sur, el mar de las Antillas, desde la desembocadura del río Jobabo, hasta la del Jatibonico del Sur, y por el Oeste, la provincia de Santa Clara.

La superficie de Puerto Príncipe, sin contar los campos que la rodean, es de 17.520 kilómetros cuadrados, y 67.185 habitantes que moran en dos ciudades, una villa, dos pueblos y 68 entre aldeas, barrios y caseríos.

Se divide esta provincia en dos partidos judiciales, Puerto Príncipe y Morón, con cinco ayuntamientos.

Su capital es Puerto Príncipe, con 40.600 habitantes, fundada por Vázquez en 1515, cerca del puerto que Colón llamó del Príncipe, hoy Nuevitas, y trasladada al año siguiente donde hoy se halla, que era un pueblo indio, conocido por el Camagüey, dándole el nombre de Santa María del Puerto del Príncipe. Esta ciudad se comunica con la Habana y resto de la isla por el puerto de Nuevitas, á la cual la une un ferrocarril de 73 kilómetros de longitud.

La provincia de Santa Clara, de las más ricas de Cuba por su suelo y sus producciones, se halla situada en el centro de la isla, y se compone del antiguo territorio denominado de las cinco villas, siendo sus límites, por el Norte, con el mar (canal viejo de Bahama) desde la punta de Umoa Machado, hasta la boca del río Jatibonico del Norte; por el Este, con la provincia del Puerto Príncipe; por el Sur, con el mar de las Antillas, desde el río Jatibonico del Sur, hasta la boca del río Hatiguanico ó Gonzalo, que desagua en la ensenada de la Broa, y por el Oeste con la provincia de Matanzas.

La superficie de esta provincia es de 14.150 kilómetros y su población de 351.265 almas, que habitan en cinco ciudades, dos villas, nueve aldeas y 163 entre barrios y caseríos.

Se divide en seis partidos judiciales, Santa Clara al Centro, Sagua la Grande y Remedios, al Norte; y Sancti Espíritus y Cienfuegos, al Sur, con 29 ayuntamientos.

Su capital es Santa Clara, ciudad fundada en 1683 con 14.500 habitantes, que se halla en comunicación diaria por ferro-carril, con Cienfuegos, Sagua la Grande, Remedios, Matanzas, Cárdenas, Habana y otros varios puntos.

Finalmente, la provincia de Santiago de Cuba, que ocupa el territorio que antes componía el departamento Oriental, al extremo Este de su isla, y confina, por el Norte, con el canal viejo de Bahama, desde el puerto de Nuevas Grandes hasta el cabo de Maisí; por el Este, con el estrecho ó paso de Maisí, que la separa de la isla Haití; por el Sur, con el estrecho de Colón y mar de las Antillas, desde el cabo de Maisí, hasta la desembocadura del río Jababo, y por el Oeste, con la provincia de Puerto Príncipe.

La superficie de Santiago de Cuba, que es la provincia mayor de la isla, es de 26.723 kilómetros cuadrados, y su población de 267.511 habitantes, repartidos en seis ciudades, cuatro villas, cuatro pueblos y 194 barrios y caseríos.

Divídese en siete partidos judiciales, á saber: dos en la capital (Distrito Norte y Distrito Sur), Holguín, Guantánamo, Bayamo, Baracoa y Manzanillo, con 14 ayuntamientos.

Su capital es Santiago de Cuba, ciudad metropolitana, capital de la provincia de su nombre y antiguo departamento Oriental, con 40.000 habitantes. Fué fundada en 1514 por el conquistador D. Diego de Velázquez, y se halla situada sobre el contorno oriental del magnífico puerto de su nombre, el segundo de la isla por su movimiento comercial, puesto que por él se extraen licores, aguardientes, pieles, cacaos, café, tabacos, guayabas, plátanos y otras frutas, maderas y forrajes, y se importan géneros, paños y telas nacionales y extranjeras, artefactos y útiles de primera necesidad.

La isla de Cuba, durante todo el período terciario y aun el cuaternario, formó parte del continente americano, del que la separó el cataclismo que en el capítulo II hemos visto fraccionó la primitiva Atlántida, dando nacimiento á aquella famosa isla así denominada, de que tanto nos hablan las crónicas egipcias y los autores griegos. Queda demostrado este hecho con la presencia de varios colmillos, un trozo de quijada con dos molares y un fémur de hipopótamo, que aunque

de localidad indeterminada la mayor parte de ellos. consta de una manera evidente que proceden todos de la isla, así como el hallazgo de algunas muelas de *Equus,* en el ingenio de la Majagua, partido de la Unión, de una impresión debida á la garra de un perezoso de gran tamaño en la cueva de San Antonio al Suroeste de la Habana, y la existencia de otros restos de mamíferos en una caverna del partido de Taguayaban, al Suroeste de San Juan de los Remedios.

¿Cómo se explica, de no admitir la unión de Cuba en otro tiempo al Continente americano, la existencia de estos fósiles de mamíferos en la isla, mamíferos que son propios del susodicho continente?

Es una prueba más ésta. del origen que á Cuba, como á las demás Antillas, les asignaba en el capítulo II. Las Antillas no son otra cosa sino fragmentos de una parte del continente americano, que un gran cataclismo separó del resto de él.

De la zoología de Cuba he de ocuparme con mayor extensión, dividiéndola, para su mejor estudio, en seis grupos: de los mamíferos, el de las aves, el de los peces, el de los reptiles, el de los insectos y el de los zoofitos.

Entre los mamíferos, se ven en Cuba la jutia, roedor muy parecido al conejo y que en muchos puntos rurales sirve de alimento, y el almiquí ó taçuache, especie de tejón, insectívoro que habita en las cavernas y en los huecos de los árboles. Los demás mamíferos que en la isla se encuentran, excepto el curiel, especie de conejo al que los indígenas llamaban *cosi* y unas veinte especies de murciélagos, son procedentes de Europa, que allí han tomado carta de naturaleza.

En ornitología, ya es otra cosa, distinguiéndose sus aves por la variedad y gallardía de sus colores, como se observa en el tocororo (*Trogon Temnurus)*, el carpintero real (*Picus principalis*); la cotorra (*Psitacus incocephalus)*, el periquito (*conurus guyanensis*), el colibrí (*orthohichis colubris*) y en el Ricordi, zumbete ó rezumbador, de quien dice Rodriguez Ferrer que, más que un sér alado. es un capricho ó joya de la naturaleza, por la elegancia de sus formas, la miniatura de su conjunto, y sobre todo por el fuerte tornasol de su pluma y la variante variedad de sus metáli-

cos colores, pues cuando los rayos del sol hieren su cuello y sus alas, chispea en su cuerpo la púrpura con la mezcla de un verde de oro muy subido.

Asimismo hay en la Grande Antilla en que me ocupo, gallináceas en gran número, notables por el exquisito gusto de sus carnes, chochas becasinas, patos silvestres, flamencos y otras infinitas zancudas y palmípedas, que ofrecen abundante materia al cazador. Abundan asimismo individuos de los órdenes rapaces y paserinos.

En cuanto á los peces de Cuba, dice de ellos el notable naturalísta cubano Sr. Poey: "Vencen generalmente los peces de la isla en resplandecientes libreas á los del Mediterráneo y del Atlantico boreal... Para apreciar convenientemente los bellos efectos de los rayos solares en el mar de las Antillas, es menester verlos en el seno del mar, cuando el tegumento del pez, dotado de la plenitud de la vida, los recibe no lejos de la superficie, quebrados por el vasto prisma que lo rodea y los envía descompuestos y reflejados á nuestra vista, entretenida por las evoluciones del animal, y deslumbrada por los resplandores que despide. Allí parece el oro y la plata fundirse y mezclarse con el índigo, el carmín y la gutiámbar, para realzarlo con su brillo metálico."

Abundan en Cuba casi todas las clases de pescados peculiares á las aguas cálidas, tanto en sus mares como en sus ríos, contándose más de 700 especies, algunas de las cuales adquieren una enfermedad llamada ciguatera, que envenena al que los come y, por lo tanto, su venta se halla rigurosamente prohibida.

Frecuenta mucho las costas cubanas, causando grandes daños á los que se bañan, el voraz pez llamado tiburón.

Como reptiles, se encuentran en Cuba el cocodrilo y el caimán, así como muchos ofidios de todas clases, que ni son venenosos ni atacan jamás al hombre, aun cuando se baten con el toro y el cocodrilo. La tortuga se presenta en los litorales cubanos con extraordinaria abundancia, y la llamada *jicotea* suministra un alimento más delicado y tan sano, aunque menos nutritivo, que la carne de ternera.

Entre los insectos abundan las hormigas, que causan grandes estragos en los campos, el comején, neuróptero que

corroe y destruye maderas y papeles, el mosquito y la polilla, y sobre todo la nigua, especie de pulga que, introduciéndose en las uñas de los dedos de los pies, ocasiona horribles dolores.

Indudablemente la isla de Cuba puede considerarse como uno de los países clásicos de los zoófitos, especialmente de los litofitos. En las peñas de las costas cubanas abundan las asterias ó estrellas de mar, los erizos y otros equinodermos, y en sus aguas infinitos pólipos como las ortigas de mar, las esponjas, corales y madréporas.

Hasta 322 especies y 260 variedades de moluscos señala el ilustre naturalista cubano D. Felipe Poey, y en las obras de éste y de D. Ramon de Lasagra pueden estudiarse científicamente las producciones conchiológicas terrestres y marítimas de la isla de Cuba.

No terminaré lo que con la zoología especial de la isla se relaciona, sin hablar de una especie de cerdo marino, llamado *manati*, que habita en las orillas de los ríos más solitarios, y cuya carne se conserva perfectamente salada y es casi tan alimenticia como la de algunos cuadrúpedos terrestres.

Exuberantísima es la vegetación cubana, hasta el punto que, como dice un autor moderno, en Cuba sucede lo contrario de otros países; las flores no se inclinan al suelo, se elevan y vuelan como las aves, como doradas moscas de jardines aéreos.

No existe en el mundo un país que, relativamente á su extensión, posea mayor variedad de árboles bellos y útiles y de plantas beneficiosas, desde el punto de vista del ornato, de la medicina y de la industria.

En maderas preciosas cuenta la flora cubana con la caoba, tan abundante y tan superior, que constituye uno de los artículos más importantes de exportación; *cidrila odorata* de Linneo, ó cedro de la Habana, con cuya madera se hacen las cajas para tabacos; el ácana, llamada por su solidez el hierro de los vegetales, y cien otras.

Respecto á frutas y raíces, las hay de un peso enorme y de incomparable tamaño.

De los cereales, el más importante es el maíz; produce dos y tres cosechas al año.

La caña de azúcar, el café y el tabaco de Cuba, no tienen rival en el mundo.

No menos rico es el suelo cubano en minerales. Recien descubierta Cuba, sacábase oro de las arenas de los ríos y de las minas que trabajaban los indios, y Pedro Mártir de Angleria asegura que Cuba era más rica en oro que Santo Domingo.

Cerca de Santa Clara se encuentra plata mezclada con cobre.

Este último mineral abunda mucho en la isla, explotándose en la actualidad muchas minas en el territorio de Santiago de Cuba.

En Pinar del Río, Bahía Honda, Jaruco, Santa Clara, Holguín, Santiago de Cuba y Baracoa se halla hierro en gran cantidad.

Cerca de Remedios, en la hacienda llamada del Cupey, se ha encontrado otras veces, y aún se encuentra, azogue.

En Santiago de Cuba se halla el plumbago mezclado con hierro y aun el manganeso.

En Holguín existe antimonio combinado con plomo.

En varios lugares se encuentran amianto, ocre, yeso y piedra de afilar, y en Consolación del Sur, Mantua, Matanzas y otros puntos hay minas de carbón de piedra, en las que también abunda una sustancia llamada chapapote y asfalto solidificado (betún).

En varias partes de la isla se encuentra mármol, siendo el más apreciado el de Pinos, y en Guanabacoa, en las lomas de Trinidad, existe una montaña de imán, que también abunda en una gran cantera cerca del Caney.

Tal es la historia natural y la geografía de ese paraíso de América que se llama isla de Cuba.

CAPÍTULO VI

Breve reseña histórica de la isla de Cuba.

Todos los pueblos antiguos conservaban su historia y sus tradiciones por las liras de sus trovadores en romances y canciones rudas.

Los cibuneyes representaban en sus *areitos*, especie de fiestas, sus tradiciones y creencias religiosas por medio de signos comprensibles sólo á los iniciados en sus misterios, los sucesos históricos de la nación, sus futuros propósitos, sus cazas y su manera de combatir en la guerra.

Los *areitos* consistían en una mezcla de baile y de canto, muchas veces sin instrumento alguno; otras acompañados de unos pitos de madera con sus tamboriles, que eran sus únicos instrumentos de música, cuyos tamboriles sonaban tanto, que se oían á poco menos de una legua.

Reunidos todos, formando coro, dice Guiteras en el capítulo VI de su *Historia de la Isla de Cuba*, comenzaban á bailar á la vez al compás de los cantares, asidas las manos de uno en otro ó cogidos de los brazos, repitiendo todos lo que cantaba ó gritaba el que llevaba la voz, ó bien repetían primero los hombres y después las mujeres. Algunas veces se mudaban los que dirigían el *areito* y los que de nuevo entraban, y solían cambiar el tono, el compás y el aire de la danza. Mientras duraba el canto y baile andaban otros indios

de ambos sexos dando de beber á los rendidos en la fiesta que apuraban las jicaras de vino sin parar de bailar, pues cuando alguno caia embriagado lo apartaban de la rueda sin detenerse los demás, continuando el *areito* hasta que casi todos quedaban tendidos en el suelo.

Es de sentir que los españoles que conquistaron la isla de Cuba no se fijasen en los *areitos*, pues entonces tendríamos más antecedentes que hoy tenemos de los cibuneyes, pueblo interesante y más civilizado que ningún otro de las Antillas, por ser más suaves sus cánticos y repetir una misma sentencia en la composición de las coplas, transponiendo las palabras, en lo cual daban una prueba de sutil y agudo ingenio.

Ya se ha dicho que Colón arribó á la isla de Guanahaní ó San Salvador el 12 de Octubre de 1492; habiendo tenido noticia de la existencia de la gran isla de Cuba por los indios lucayos, hízose á la vela con dirección á ella, acompañado de algunos de aquellos que les sirvieran de intérpretes para con los cubanos.

Al anochecer del día 27 del susodicho Octubre, arribaba á la isla citada, la más grande de aquellos mares, la tierra más bella del universo.

Con un indio cubano y otro lucayo, Colón, entendiendo que Cuba era el comienzo de un continente, asiento del imperio del gran Khan, despachó á Rodrigo de Jerez y Luis de Torres, con encargo de saludar al Soberano en nombre de los reyes católicos Fernando é Isabel. Visitaron los comisionados al cacique de Camagüey y abandonó el almirante la isla, no sin haber antes visitado y admirado el paisaje de Baracoa.

En sus sucesivos viajes reconoció el gran genovés las costas de la isla de Cuba, y en 1508, por mandato de los reyes Católicos, Nicolás de Ovando envió á Cuba una expedición al mando del capitán Sebastián de Ocampo, que conoció primero que nadie el puerto que hoy se llama Habana y le nombró de las Carenas.

Poco después, nombrado virrey de las Indias D. Diego Colón, hijo del almirante, merced á su enlace con doña María de Toledo, emparentada con la familia real y teniendo en cuenta la instrucción que le fué comunicada para el gobier-

no de aquellos países, fechada en Valladolid á 3 de Mayo de 1509, en la que se le encargaba, entre otras muchas cosas, enviase á explorar la isla de Cuba "porque tenemos alguna sospecha que en la isla de Cuba hai oro, debeis procurar, lo más presto que pudieredes, de saber lo cierto, y en sabiendo alguna particularidad cerca de ello hacednoslo saber„ envió al hidalgo de Cuéllar, Diego Velázquez, que ya se había distinguido como hombre de armas en Haití, quien partió de Salvatierra en Noviembre de 1511 y entró á poco en el puerto de las Palmas en la provincia de Maisi, la más oriental de Cuba.

En esta expedición iba como sacerdote de ella el P. Fray Bartolomé de las Casas, quien convencido del caracter dulce de los cibuneyes, que, como dice un autor moderno, sólo podían animar la energía de las almas tiernas y generosas y desarrollar sentimientos de amor y benevolencia, concibió aquel plan de emancipación de los indios frente al carácter absorbente de los conquistadores, que tanto le inmortaliza, elevándole al mismo nivel de Colón en la historia de América.

A los cibuneyes, pues, cábeles la gloria de haber hecho germinar en el pecho de Las Casas sus nobles y generosos sentimientos, de haber convertido á aquel hombre en el apóstol de las libertades de los indios, en el germen, por decirlo así, de todas las protestas, de donde habían de salir después esplendorosas las libertades de América.

Las depredaciones y crueldades de los españoles en Haití hicieron emigrar á muchos haitianos á la isla de Cuba, antes de la expedición de Velázquez, y entre ellos tuvo que abandonar su país el cacique de Guahaba, llamado Hatuey' hombre valeroso é inteligente, seguido de su familia y muchos vasallos, y en Maisí estableció su nuevo imperio, atrayéndose con dulzura la voluntad de los naturales.

Conocedor Hatuey de que los españoles proyectaban pasar á la isla de Cuba, tenía siempre á sus vasallos ocupados en ejercicios militares, en acopiar armas, en llenar de granos y comestibles algunas de las cavernas del interior de la isla y en averiguar lo que pasaba en Haití por medio de espías que diariamente atravesaban el canal.

Así que supo el embarco de Velázquez en Salvatierra, dice Herrera, en su *Historia de las Indias*, que reunió á sus súbditos en la playa y á la vista de los navíos españoles les habló de este modo:

"Helos allí, los que creímos venidos del cielo á librarnos de la ponzoña del caribe y de la muerte, más perversos y crueles que el caribe mismo. Abusando de nuestra simplicidad y prevalidos de la fuerza, pretenden tener derecho á nuestra tierra y á nuestra libertad, porque un hombre á quien ellos llaman Papa ha dado la posesión á otro hombre muy poderoso que llaman su Rey y Señor. Dícennos que estos tiranos adoran á un Dios de paz y de igualdad y nos usurpan nuestra tierra y nos hacen sus esclavos; háblannos del alma inmortal y de los premios y castigos eternos y nos roban nuestras cosechas, seducen nuestras mujeres, violan nuestras hijas. Incapaces de probar sus fuerzas con nuestro valor, se cubren cobardes con esas armaduras de hierro que no pueden romper nuestras macanas; dudosos aún de su vontaja, usan del rayo que nos hiere desde adonde no puede alcanzar la punta de nuestras flechas y montados en esas fieras, las manejan cual si fuesen guaminiquinajes, más para huir de nuestra saña que para correr á probar la pujanza de nuestro brazo. Pero ellos son pocos y nosotros muchos; ellos combaten en tierra extraña, y nosotros en la nuestra propia; ellos invocan un Dios sediento de sangre y oro, y nosotros tenemos de nuestra parte un Dios justo y sabio Los caciques vecinos vendrán en nuestro auxilio, las breñas cortarán el vuelo á sus caballos, el tronco de la seiba será su escudo, contra el rayo escondido y nuestros Cemis harán trizas sus coronas.„

Y sacando una cestilla de palmas que contenía algunas alhajas y granos de oro: "El Dios sabio y justo que adoran ese Papa y ese Rey, y todos ellos (prosiguió), no es otro que el oro vil que se esconde en las entrañas de nuestra tierra; éste es su Señor, á éste sirven, tras éste solamente andan: vedle aquí. Para aplacar su ira y que les mande no nos causen mal alguno, venid todos y hagámosle areitos.„

Después que hubieron todos bailado y cantado sus coplas, hasta quedar rendidos de cansancio, levantóse de nue-

vo Hatuey y les dijo: "Ahora conviene que arrojemos á lo nondo del río á ese Dios por quien tanto daño nos hacen los cristianos; porque en ninguna parte que lo guardemos, aunque fuese en nuestras entrañas, no estaríamos seguros de que esos caribes no nos lo sacasen con la vida; así no sabrán en dónde está y dejarán tranquila nuestra tierra.„

Y en seguida arrojó Hatuey al río el oro y la cestilla, y haciendo llevar al interior las mujeres y los niños, se entró con sus guerreros por las espesuras del bosque, decidido á hacer una heróica resistencia.

Atacó Hatuey á Francisco de Morales, segundo de Velázquez, que mandaba un puñado de valientes castellanos, y por espacio de dos meses defendióse el cacique haitiano con una entereza y con una táctica militar que muchos de nuestros generales envidiarían, causando el asombro de los castellanos, que estaban muy ajenos de encontrar tal resistencia en una raza que ellos despreciaban como esclavos.

Cayó Hatuey en poder de Velázquez, que sin miramiento alguno sentencióle á morir en una hoguera. El padre Las Casas, que presenció en Baracoa el suplicio del heróico cacique, se expresa en estos términos describiendo la ejecución: "Atado al palo, decíale un religioso de San Francisco, santo varón que allí estaba, algunas cosas de Dios y de nuestra fe, el cual nunca las había jamás oído, lo que podía bastar aquel poquito tiempo que los verdugos le daban; y que si quería creer aquello que le decía, que iría al cielo, donde había gloria y eterno descanso, y si no que había de ir al infierno á padecer perpetuos tormentos y penas. Él, pensando un poco, preguntó al religioso si iban cristianos al al cielo. El religioso le respondió que si; pero que iban los que eran buenos. Dijo luego el cacique. sin más pensar, que no quería ir allá, sino al infierno; por no estar donde estuviesen y no ver tan cruel gente.„

De este modo murió el cacique Hatuey, quemándose con él las libertades cibuneyas y, como dice Guiteras, el carácter moral que resalta en aquella guerra es el del cacique enunciado, que luchando contra elementos incontrastables, pero luchando al fin, prefiere una heroica muerte á sobrevivir á la esclavitud y ruina de la patria.

Hatuey, pues, es el primer mártir de las libertades cubanas.

A su muerte pacificóse la isla y los españoles pudieron entregarse á su tarea de destruir la raza cibuneye, reemplazándola con negros africanos, á pesar de los esfuerzos del venerable Las Casas.

CAPÍTULO VII

Primitivos habitantes de Cuba.—Los ciboneyes.

La existencia del hombre terciario, del hombre fósil contemporáneo del *Elephas primigenius,* del *Ursus spelaeus* y de otras extinguidas especies, y fabricante de las armas de piedra, es un hecho universalmente admitido desde el hallazgo de la famosa mandíbula de Moulin Quignou y de los cráneos de Neanderthal, de Enguis, de Cro-Magnon y de tantos otros de que se ha hablado en los Congresos de arqueología prehistórica celebrados en París, Copenhague, etc.

Pero si estas razones poderosas no abonasen la existencia del hombre terciario, ahí está la mandíbula fósil encontrada en 1847 en el Caney de los muertos en Puerto Príncipe (isla de Cuba), por el ilustrado naturalista D. Miguel Rodríguez Ferrer, mandíbula que sin duda perteneció á uno de los numerosos cadáveres que en 1834 y 1836 encontró en el susodicho Caney de los muertos, el cubano Suárez, y que hoy se halla, por donación del Sr. Ferrer el año 1850, en las colecciones paleontológicas del Gabinete de Historia Natural de Madrid.

Dicha mandíbula ofrece una fosilización completa, é indudablemente es humana porque está á un tiempo compuesta de un solo hueso, de ángulo muy abierto, casi redondo y de eminencia anterior triangular, más adelantada que los dien-

tes, confirmándolo también los cuatro incisivos y el molar tuberculoso, y es antiquísima, pues el estado fósil de la mandíbula supone mayores años que los que pueden asignarse á las épocas cuaternarias.

Además, y esto es una razón en pro del origen terciario de la mandíbula cubana, la analogía de ésta con los cráneos encontrados en las cavernas del Brasil, y que la ciencia los conceptúa como procedentes de los tiempos terciarios, puesto que los enunciados cráneos, sobre ser estrechos, tienen los molares muy prominentes, como aparece en la mandíbula expresada.

Esto indica, á no dudarlo, que en Cuba habitaron tribus ó naciones en la época terciaria, procedentes del Sur América. Desaparecieron ó extinguiéronse estas razas, y después de muchos siglos ya, cuando lo que hoy se llama Cuba era isla, estaba separada del continente americano, habitáronla otras naciones venidas del Norte, como lo denotan los *cercados térreos* hallados en la sierra de Maya y en el sitio denominado *Pueblo Viejo* el año 1848 por el Sr. Rodríguez Ferrer, cuyos trabajos de exploración tanta luz han hecho en la prehistoria cubana. Como estos *cercados térreos* son muy parecidos á los infinitos que se encuentran desde las fuentes de Allegani hacia el Oeste, á lo largo de la costa meridional del lago Erie y al través de los Estados de Michigán y Wiscousin, hasta el de Yowa y el territorio de Nebraska, hay que deducir que el país cubano estuvo en un tiempo habitado por razas análogas á los pueblos precolombinos, en lo que hoy conocemos bajo el nombre de Estados Unidos de la América del Norte.

Luego con estos antecedentes se puede afirmar que por Cuba pasaron pueblos y civilizaciones muy diferentes de la civilización de los cibuneyes, que era la nación que Colón encontró al descubrir aquella isla el año 1492.

Pero los cibuneyes ¿de dónde procedían? ¿Eran descendientes de esos pueblos que ya hemos visto habitar á Cuba desde la edad terciaria, ó venían de invasiones posteriores?

Parece hoy estar fuera de duda que los cibuneyes eran de origen maya, de esa raza que, procedente del Norte, pobló la América Central, y desde allí dirigióse á las Antillas.

Esta raza maya mezclóse en Cuba con la que entonces la habitaba, descendiente de los apalaches de la Florida, pueblo que en época aún desconocida para la Historia, invadió las costas cubanas, y de esta fusión derivóse la nación cibuney, cuyos individuos, dice Guiteras, no presentaban en sus formas la robusta musculatura de las tribus del Norte, ni en la expresión del rostro asomaban los instintos de sangre que hacían horribles á los isleños caribes, ni tenían en el aire y movimientos el aspecto marcial de los haitianos.

Los cibuneyes eran de regular estatura, de frente ancha en demasía, de color aceitunado como el de los guanches de las Canarias, de cabellos gruesos, negros y tendidos, cortados por lo común sobre las orejas, usándolos algunos largos hasta la espalda y atados con un cordón alrededor de la cabeza en forma de trenza.

Tales eran los cibuneyes, de cuyas costumbres y civilización he de ocuparme en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VIII

Civilización cibuney.

CIVILIZACION, en mi concepto, no es otra cosa que aquellas producciones de la inteligencia y del trabajo, aplicadas á la comodidad, al goce y al bienestar de la familia humana, sin detrimento de los iguales derechos que la Naturaleza concede á todos y á cada uno de los demás hombres. Así, pues, la civilización de un pueblo es tanto más perfecta, cuanto mayor suma de derechos, y en condiciones más igualitarias, permite obtener á los individuos del mismo pueblo, nación ó Estado.

El ideal, por lo tanto, es rodear al individuo de la libertad más amplia, de la facultad de hacer cuanto le plazca y sus necesidades orgánicas le pidan, sin menoscabo alguno de este mismo derecho, igual é idéntico para los demás hombres. De este principio de derecho natural nacen y se derivan las instituciones que existen en los pueblos cultos, y por eso una buena civilización reclama, que los hombres tengan conocimiento exacto de cuanto les rodea, á fin de que su trabajo sea más fructífero y eficaz y de que pueda defenderse de los ataques que la opresión ó la tiranía asesten contra sus derechos, contra la precisión que tiene de obtener, mediante el fruto de su esfuerzo personal, aquellos elementos que les sean necesarios para satisfacer sus necesidades orgánicas; que necesidades orgánicas son, lo mismo la manu-

tención del cuerpo, que la satisfacción de las exigencias del espíritu, de admirar y tributar adoración á lo bello y á lo grande, puesto que el espíritu no es más que un estado dinámico de la materia.

¿Pero es que este ideal de una civilización perfecta existía en los pueblos americanos antes del descubrimiento de aquel hermoso y admirable continente?

No; no existía tal perfección; pero ya hemos visto que había pueblos que separándose de ese estado infantil, característico en los albores de la civilización en las sociedades humanas, pugnaban unos por alcanzar una cultura más ó menos desarrollada, y habían llegado ya otros como los aztecas y peruanos en primer término, y los chibchas y araucanos en más inferior escala, á un grado de civilización, para muchas naciones de Europa de la época del descubrimiento, completamente desconocido.

Pues bien: á los cibuneyes, ó indios cubanos, puede clasificárseles entre los pueblos que pugnaban, que trabajaban, aunque de una manera lenta, por desarrollar su civilización, como un ligero estudio de ella, lo ha de demostrar.

El gobierno, las instituciones políticas y sociales son, en mi concepto, el espejo donde se refleja la índole y el estado de civilización de los pueblos; la unidad en la variedad es la gran ley que sirve de base y asiento á la Naturaleza, puesto que varias son las manifestaciones, siendo uno su objeto primordial: la vida, su conservación y su continuidad. Y del mismo modo en las sociedades de hombres, manda y determina su propia naturaleza que uno sea su objeto vivir el mayor tiempo y lo mejor que se pueda, y variedad infinita de organismos los que hayan de disfrutar de tales goces y comodidades.

Pero la gran ley de la unidad en la variedad, para que llene su objeto y se cumpla en todas sus partes, tiene que ir acompañada de tres principios: la libertad con la autonomía de grupos é individualidades, la igualdad de condiciones sin excepción alguna, y la solidaridad más absoluta de los miembros del todo colectivo. Por eso decía que en las instituciones políticas y sociales de los pueblos se refleja su cultura y su civilización, y ahora tengo que añadir que ésta y aquélla

están siempre en razón directa de la libertad y de la democracia que aquéllos disfruten.

En la forma de gobierno de los cibuneyes tenemos la primera prueba de que no eran ni muy salvajes ni muy cultos.

Sus instituciones políticas, si bien estaban vaciadas en el absolutismo, no entrañaban del todo la tiranía, pues si es verdad que los caciques ó soberanos regían á los vasallos según su propio criterio, nunca dejaba de inspirarse éste en los principios de la ley natural, ni de permitir que nadie, fuese quien fuese, hiciera daño á sus semejantes.

Los estados soberanos de la isla á la llegada de Colón, eran los de Sabaneque, Cayaguayo, Maniabón, Bani, Barajagua, Sagua y Baracoa, en la costa del Norte; en la del Sur, Hanamana, Jagua, Guamujaya, Magón, Ornafai, Guaimaros, Cueiba, Guacanajabo, Macaca, Boyuca, Bayatiquiri y Maisí; abrazaban ambas costas los de Guanajanes, Guaniguanico, Marién, Habana y Camagüey, y se encontraban en el interior los de Macarijes, Cubanacan, Bayamo, Maiyé y Guaimaya.

Todos estos estados hallábanse regidos por caciques ó soberanos absolutos y hereditarios, y tan absolutos, que sus órdenes las daban á los consejeros inmediatos á ellos, transmitiéndolas éstos para su cumplimiento, pues se tenía como impropio de la dignidad soberana que el cacique hablase con sus vasallos en los actos de ceremonia.

La soberanía era hereditaria, como ya se ha dicho, y observaban una regla simple, pero sagaz, para perpetuar la verdad de la descendencia; cuando el cacique moría sin dejar sucesión, pasaba la autoridad soberana á los hijos de las hermanas, y no á los de los hermanos, pues decían que los hijos de los hermanos podían muy bien no tener parentesco alguno con el tío, y los de las hermanas forzosamente habían de ser sus sobrinos.

Demócratas por temperamento los cibuneyes, vivían entre sí como si fuesen una sola familia, y no hacían esclavos á los prisioneros de guerra ni los sacrificaban yendo á la guerra sólo cuando su independencia y libertad peligraban.

Sus armas favoritas eran el arco y la flecha, unas lanzas hechas de cañas secas al sol, en cuyo punto más grueso fijaban un ástil de madera en forma de punta y unas espadas de

madera muy dura, llamadas macanas. Iban á la guerra sin más adornos que sus tintes rojos y negros y sus penachos de pluma, y casi siempre combatían de día, aunque algunas veces lo hacían de noche, para lo cual, el que hacía de guía, colocábase en la cabeza un cucuyo ó gusano de luz, que en Cuba tanto abundan, á fin de alumbrar á sus compañeros de armas.

Estos cucuyos usábanlos también en su cacerías nocturnas, ó cuando querían ser vistos á largas distancias, así como para el alumbrado de las casas.

Éstas, rodeadas de jardines, hallábanse colocadas de una manera irregular; pero aunque no formaban calles, siempre el grupo de todas ellas dejaba en el centro una gran plaza para recreo y comodidad de los vecinos, en cuya plaza efectuábanse los *areitos,* de que ya se ha hablado, así como los ejercicios militares y el *batey*, ó juego de pelota, de los que se hablará después.

Estos pueblos, formados de 200 ó 300 casas, diferenciábanse de las aldeas de los labradores, compuestas por lo común de 20 edificios, muy inmediatas y puestas en comunicación unas con otras mediante sendas ó veredas muy angostas; pues según dice el ilustre historiador Herrera, en Cuba nunca se vieron caminos abiertos.

Ya he dicho que las casas estaban rodeadas de huertos y amenos jardines, y eran de dos clases: las que habitaban los caciques y las que servían de morada al elemento popular.

Las casas de los caciques ó caneyes estaban hechas á dos aguas con portales delante, que á la vez servían de zaguán y recibimiento, y las de la clase popular, ó buhíos, tenían una forma parecida á las tiendas de campaña, siendo ambas de madera, pero con los precisos compartimentos para una vida de relativa comodidad.

Muchos adornaban sus casas con mantas de algodón, cubriendo el suelo con pencas de palma, y usando como asientos taburetes bajos de respaldo llamados duhos, hechos de ébano negro y reluciente como el azabache, si bien los más pobres, ó se sentaban en cuclillas, ó lo hacían en troncos de árboles que para el efecto conservaban en sus viviendas. Dormían en unos catres llamados hamacas, hechos de un te-

jido de algodón á manera de red, con hilos en sus extremos, de henequén ó de cabuya, para colgarlos en los altos del buhío.

Para ejercitar las fuerzas y adiestrarse en las armas hacían ejercicios militares y jugaban al *batey* ó juego de pelota.

En la plaza del pueblo combatían siempre dos escuadrones armados de arcos y flechas, empezando por una simple escaramuza y concluyendo después por una verdadera batalla, en la que nunca dejaba de haber heridos y aun muertos. Estos combates continuaban hasta que el cacique los mandaba cesar.

En las plazas había una especie de circo rodeado de asientos de piedra para el pueblo, y en el cual, y en un lugar separado, se ponían taburetes de maderas preciosas, labrados primorosamente con muchas labores de relieve y en talladura, donde se sentaban el cacique, sus mujeres y los personajes de su corte.

El *batey* lo jugaban por partidos, formados de 20 personas cada uno, marcando los términos con estacas y tirando una línea por medio para partir el campo. Su destreza en el manejo de la pelota llegaba á lo increíble, y las condiciones del juego eran lanzar la pelota más allá de la línea divisoria de ambos partidos, no hacerla pasar de los términos marcados con las estacas, y rechazarla de una parte á otra antes que cesasen los botes.

Las pelotas eran de una pasta negra de raíces de árboles y hierbas mezcladas con zumos y otras substancias, que ponían á cocer, redondeándolas antes de enfriarse y dándoles el tamaño que querían.

En sus casamientos, los isleños cubanos tenían una singular costumbre, especial entre ellos: cuando un indio iba á contraer matrimonio usaban de su esposa, antes que él, todos los de su clase que se encontraban en la fiesta, y sabido es que los cibuneyes no conocían más que tres: los caciques, los nobles y los plebeyos. Y después de esto, salía la novia de su aposento, dando grandes voces y significando que era mujer valerosa y capaz de todo.

Los behiques ó sacerdotes, que eran á la vez médicos,

conocían buen número de hierbas, con las que curaban á los enfermos, aunque no dejaban de emplear ciertas supersticiones, que muchas veces no pasaban sin ser castigados por los parientes del enfermo, sobre todo si éste se moría á manos del behique.

CAPÍTULO IX

Civilización cibuney.—Religión, Agricultura é Industria.

El estudio de la historia, y singularmente el de esa rama importantísima de ella, me refiero á la Prehistoria, nos demuestra que la civilización de los pueblos superiores ha tenido influencia más ó menos directa en la de las razas más inferiores, aun en aquellas que la situación geográfica del país en que habitan parece sustraerlas al contacto de las otras.

Este contacto, esta mezcla más ó menos directa de todas las razas, queda comprobada, estudiando los usos, las costumbres de ellas, lo mismo de las que viven en las heladas regiones de los polos, las que pueblan los cálidos y ardorosos países comprendidos en la zona tórrida, que las que moran en las comarcas más ó menos frías de las zonas templadas.

Pero sobre todo las costumbres, usos, y más que nada las religiones de los pueblos antiguos de América, nos enseñan que invasiones procedentes de Asia, Europa y aun Africa, modificaron mucho la primitiva é imperfecta civilización de aquellas generaciones descendientes del hombre terciario, que en compañía de las fieras y en continua lucha con ellas, habitaban en las vírgenes selvas del continente americano.

La religión de los cibuneyes nos da claras muestras de

su gran parecido con los cultos de otros pueblos, sin excluir al mismo catolicismo.

Creían en la existencia de tres personas creadoras del cielo, de la tierra y de toda la naturaleza, á las cuales asignaban infinitos mediadores entre los tres dioses y los hombres, á quienes llamaban *Cemis*. A éstos adorábanlos en templos, donde se veían imágenes labradas de relieve en piedra ó madera, y muchas en barro ó algodón. En estos templos veíase también una tabla pequeña, de forma redonda y bien labrada, sobre la cual colocaban unos polvos que los behiques ponían, en presencia del pueblo, en la cabeza de los ídolos, con gran solemnidad y aparato.

Independientemente de esta adoración tenían en sus casas aquellos *cemis* de su particular devoción, del mismo modo que los católicos tienen en sus hogares imágenes bajo la adoración de la Virgen ó de los Santos.

Como los católicos, también los cibuneyes celebraban procesiones públicas, en las que llevaban en andas los *cemis* de la particular devoción del pueblo en que aquellas tenían lugar.

Además, en cada reino ó cacicazgo efectuábanse procesiones generales, con ocasión de sus fiestas más solemnes, para lo cual el día señalado por el cacique acudían á la residencia de éste, de todas las partes del reino, los hombres y mujeres casados, pertrechados con sus mejores adornos, así como las jovenes, que iban enteramente desnudas. El cacique ó la persona inmediata en autoridad, marchaba á la cabeza de todos, sonando un tamboril, hasta que llegaban al templo donde se hallaban las imágenes de los cemis; entonces sentábase á la puerta el cacique, sin cesar de batir el tambor, hasta que concluía de entrar la procesión, hecho lo cual las mujeres que llevaban canastillos de cazabe se acercaban cantando, á los cemis, depositándolos á sus pies: recogíalos el behique y los repartía á los padres de familia, quienes los conservaban con el mayor cuidado durante un año, atribuyéndoles la virtud de preservarles de toda adversa fortuna, ni más ni menos que los sacerdotes católicos, al bendecir pan y agua y las palmas y ramas de oliva el Domingo de Ramos, palmas y ramas de oliva que los fieles conservan con especial devoción.

Una vez distribuído el cazabe, los behiques cantaban y bailaban en unión del pueblo, concluyendo la fiesta con una invocación á los cemis para que velasen por la paz del Estado y protegiesen á los ciudadanos en todas las ocasiones.

Los cibuneyes, que creían en la inmortalidad del alma, también tenían su tradición, como casi todos los pueblos, acerca del diluvio universal, que en mi concepto no es otra cosa sino aquellas lluvias incesantes y revoluciones geológicas atmosféricas que en la edad cuaternaria contribuyeron al enfriamiento de la Tierra; revoluciones en las cuales desapareció ó más bien se modificó la antigua Atlántida.

De este espantoso cataclismo nació la tradición del diluvio universal, tradición creada y transmitida por aquellos hombres que sobrevivieron á la catástrofe, y explotada más tarde por los fundadores de los cultos religiosos, tantos y tan variados como pueblos y razas desfilan ante la Historia.

Los cubanos decían que sabiendo un viejo que iba á venir el diluvio, hizo una gran nao y se metió en ella con su familia y muchos animales, enviando al cabo de algún tiempo un cuervo, el cual no volvió, sin duda por comer de los cuerpos muertos; mas después envió una paloma, que volvió con una rama de un árbol en el pico, y entonces el anciano salió de la nao é hizo vino de las parras monteses, cayendo en la embriaguez; añadían los cibuneyes que de los dos hijos que el anciano tenía, el uno mofóse de su padre, y de él descendían todos los indios, que no tenían sayos ni capas, y del otro, colmado de bendiciones por el anciano, los castellanos que arribaron á su isla, conducidos por Colón, puesto que andaban vestidos y tenían caballos. Esta tradición, como se ve, tiene marcada semejanza con la fábula de Noe y de su arca, fábula que no sólo es propia del Antiguo Testamento de los hebreos, sino que existía en la mayor parte de las teogonias de los pueblos asiáticos. ¿Qué más argumento que éste para señalar el origen asiático de muchas naciones de indios americanos? ¿Qué mayor prueba que ésta queremos para demostrar la unidad de los cultos, el hecho de que todas las religiones son modificaciones más ó menos ingenio-

sas de las fábulas forjadas por los hombres superiores de las primitivas generaciones, con el fin de dominar más fácilmente á los espíritus sencillos, templados en la superstición, hija predilecta de la ignorancia?

Signo de civilización y cultura de un pueblo es también el estado de su agricultura é industria. Las luces de su inteligencia hicieron ver al hombre que de la tierra podía obtener gran cantidad de vegetales y semillas susceptibles para su alimento, y desde entonces aplicóse á la ciencia de cultivar la tierra para hacerla producir plantas en la mayor cantidad posible y de la mejor calidad que se pudiese.

Pero los productos del suelo había necesidad de modificarlos para el consumo, y de aquí nació la industria.

Una y otra, la agricultura y la industria, dan al hombre de ciencia que investiga el estado de civilización de un pueblo, datos suficientes y fidedignos para poder apreciar el grado de ella. La industria y la agricultura necesitan para su perfección del auxilio de algunas ciencias, ó, mejor dicho, de todas las que bajo la denominación de exactas, físicas y naturales se conocen; así pues, al adelanto industrial y agrícola de una nación tienen que seguir forzosamente los progresos de aquéllas.

Por lo tanto, del ligero estudio que he de hacer de la agricultura é industria de los cibuneyes ha de reforzarse la opinión que acerca de la civilización precolombina en Cuba tengo; de que ésta se hallaba habitada por una raza que había salido de la niñez para entrar en la adolescencia, en lo que á la edad moral é intelectual de la familia humana respecta.

Los campos cubanos eran los más ricos y mejor cultivados de las Antillas. Consistían sus principales cosechas en boniatos, papas ó patatas, aji, que les servía de pimienta, maíz y yuca, de que hacían pan, y algodón, que hilaban y tejían para sus mantas, faldellines, redes y hamacas. Estos productos almacenábanlos para permutarlos por otros necesarios para su vida, bien en la isla de Cuba, ora en las demás islas del mar de las Antillas.

Para hacer sus siembras escogían sitios poblados de árboles y hierbas, arrancando unos y otras, y sirviéndose de

sus leñas y brozas, reducidas á cenizas, como abonos para beneficiar sus sembrados. Hecho esto, y preparado así el terreno, aguardaban la lluvia, y entonces comenzaban las operaciones de la siembra, para lo cual con *coas* ó azadas, abrían un hoyo en el terreno y en él echaban la simiente, tapándolo después con el pie. Sus labores consistían en no dejar crecer hierbas alrededor de la planta en cultivo, pues conceptuábanlas perjudiciales al crecimiento y desarrollo de ellas.

Para la siembra de la yuca, ajis y boniatos, usaban otro sistema que con los granos, pues hacían varios montones de tierra en líneas tiradas á cordel de unos dos pies de altura cada uno, dejándoles una meseta en la parte superior donde fijaban 6, 10 ó más sarmientos, á una cuarta de profundidad, y plantaban unas cañas con el fin de que dichos sarmientos, al crecer en ellas se enredasen.

Fuera del pan que del grano del maíz y de la raíz de la yuca hacían, así como la chicha, especie de vino también extraído del grano de maíz, su principal industria consistía en la caza y en la pesca. Para la primera empleaban arcos y flechas, y para la segunda unas redes de algodón perfectamente tejidas y unas canoas, hechas de árboles, algunas de ellas capaces para contener 40 ó 50 hombres. Para la construcción de estas canoas empleaban unas hachas de piedra con las cuales ahuecaban el tronco del árbol, quemando las maderas á medida que las iban cortando. Estas barquillas movíanse por medio de unos palos llamados najes ó remos, en cuyo manejo eran sumamente diestros los cibuneyes.

Esto es cuanto los antiguos historiadores de Indias nos legaron de aquel sencillo y bondadoso pueblo, extinguido por el inmoderado afán de los conquistadores españoles, de procurarse oro y riquezas aun á costa de la vida y de la libertad de los desgraciados indios, que después de todo eran hijos de la Naturaleza, tenían un mismo origen que aquellos valientes y heroicos, aunque muchas veces feroces guerreros.

CAPÍTULO X

Descripción geográfica, historia natural, y reseña histórica de la isla de Puerto Rico.

La isla de Puerto Rico, que tiene la forma de un trapecio y aun casi la de un rectángulo, se halla comprendida entre los 17°,54′ y 18°,28′ de latitud Norte; y entre los 59°,16′ y 60°,56′ de longitud occidental del meridiano de San Fernando, siendo su superficie de unos 10.000 kilómetros cuadrados, y su población de 755.000 almas.

Las alturas más notables son las sierras de los Corozas, del Loquillo y de Cayey, que juntamente con otras de menor importancia, dan nacimiento á los ríos Pitajalla, Mameyes, Espíritu Santo, Grande de Loiza, Ríopiedras, Bayamón, Plata, Cibuco, Manatí, Grande de Arrecibo, Camuy y Guajataca que desémbocan en la costa Norte de la isla; el Culebrinas, el Añasco, el Mayagüez y Guanajibo, que desaguan en la costa occidental; el Susúa, Yanco, Guayanilla, Macana, Tallaboa, Cañas, Portugués, Bucaná, Inaboá, Jacaguas, Laurel, Descalabrado, Coamo, Salinas, Guamani, Chico y Jacana, en la costa Sur, así como en la Oriental vierten sus aguas el Maunabo, el Guayanés, Humacao, Naguabo, el Santiago y el Fajardo.

Además riegan la isla unos 1.300 arroyos, que, juntamente con los ríos, forman, entre otras, las lagunas de Guánica, Manatí, Arecibo, Aguadilla y Cabo Rojo.

El clima de Puerto Rico es cálido y húmedo, y por esto, sin duda, se dan en aquel país, con bastante frecuencia, los huracanes y los terremotos, y los primeros en la época en que se verifican los cambios de los vientos regulares, entre Julio y Octubre, señalándose por sus desastrosos efectos los del 10 de Octubre de 1780 y 13 de Septiembre de 1876. En cuanto á los temblores de tierra, aunque esta isla se encuentra fuera de la corriente seísmica que, según muchos geólogos, se extiende por debajo del Océano, desde el antiguo continente al nuevo, su proximidad á la región volcánica de San Vicente, Santa Lucía y Guadalupe hace que la Historia consigne en sus páginas los ocurridos en Abril de 1786, en 1843 y en Noviembre de 1867, cuyos movimientos duraron hasta Marzo de 1868, siendo los más notables el 18 de Noviembre, que duró más de un minuto é hizo sonar las campanas de las iglesias; el de 1.° de Diciembre, que arruinó gran número de edificios, y el del 17 de Marzo, que fué menor que los anteriores.

La isla de Puerto Rico tiene 70 pueblos, agrupados en siete departamentos con capitales del mismo nombre, que son Baya món, al Norte, con trece poblaciones y 119.823 habitantes; Arecibo, al Norte, con ocho pueblos y 112.089 moradores. Aguadilla, al Noroeste, con siete pueblos y 85.286 almas; Mayagüez, al Sudoeste, con ocho poblaciones y 116.637 habitantes; Ponce, al Sur, con once pueblos y 150.942 almas; Guayama, al Sudeste, con 90.679 habitantes y once pueblos, y, por último, Humacao, al Nordeste, con diez poblaciones y 79.557 moradores, al cual corresponde la isla de Vieques, de que en otro lugar se ha hablado, y cuenta con 4.890 habitantes.

La capital de la isla es San Juan de Puerto Rico, con 23.942 almas.

Respecto á la historia natural de Puerto Rico, abunda ésta en oro, carbonato y sulfuro de cobre, óxido de hierro magnético, plomo, manganeso y bismuto, y en la isla de la Mona existen depósitos importantes de fosforita.

Más de quinientas especies arbóreas pueblan los montes de la isla, y en su terreno abundan las familias de plantas conocidas como propias de los climas tropicales, siendo la base de su riqueza agrícola la caña de azúcar, el café y el tabaco.

La fauna portorriqueña es menos rica que la cubana, pero sin embargo cuenta con buen número de insectos, crustáceos, mamíferos, peces, reptiles, aves y zoófitos.

Descubierta la isla que nos ocupa el 16 de Noviembre de 1493 por Cristobal Colón, en su segundo viaje, fué poblada por Juàn Ponce de León en 1508, y desde entonces acá, además del célebre doctor Chanca y el historiador D. Juan Bautista Muñoz, se han ocupado de Puerto Rico, en 1582, el presbítero Juan Ponce de León y el bachiller Antonio de Santa Clara; en 1629, que se hicieron por orden del Gobierno algunos trabajos geódesicos; en 1791, que el geógrafo D. Tomás López hizo el *Mapa topográfico de la Isla de San Juan de Puerto Rico y la de Vieques, con la división de partidos,* elogiado por M. André Pierre Ledru, en su *Voyage aux îles de Teneriffe, Trinité, Saint Thomas, Sainte Croix et Porto Rico,* obra escrita en 1810, y, por último, en 1831, en que el piloto de la Real Armada, D. Antonio Cordero, dibujó su notable carta sobre Puerto Rico.

Esta isla, llamada por sus naturales Borínquen, denominóla Colón San Juan Bautista, y habitábanla á su llegada multitud de indios, cuyo origen era el mismo que los de Cuba y Santo Domingo, divididos en cacicazgos, los cuales dependían de un cacique denominado Agueynaba, que tenía su residencia, según manifiesta Oviedo, en la parte que llaman Aguada.

Muerto el susodicho cacique, que había recibido perfectamente á los españoles en 1510, sucedióle su hermano, nombrado también Agueynaba, quien, puesto de acuerdo con los otros caciques de la isla, Broyoan, Guarionex y Aimamon, mataron al capitán D. Cristobal de Sotomayor, á D. Diego, su sobrino, y á unos cien españoles más, ayudándoles en esta sublevación los caribes, á quienes Agueynaba llamó en su socorro. Masá poco, el gobernador Ponce de León, ayudado de los capitanes Luis de Añasco, Diego de Salazar, Miguel del Toro y Juan Gil, venciólos en la batalla de Coayuco, en la que murieron cerca de 200 indios y cayeron muchos prisioneros. A esta batalla siguió la en que Salazar derrotó al cacique Mabodamaca, con 30 españoles, causándole 150 bajas, y la escaramuza que costó la vida á Agueynaba, muerto de

un balazo por el arcabucero Juan de León, con lo cual quedó pacificada por lo pronto la isla el mismo año de 1511, aunque, según Herrera, fué molestada durante muchos años por los caribes de las islas de Baolovento y todavía en 1512 andaban alborotados los indios; en 1515 insurreccionáronse los caciques de Humacao y Daguao, pero se sometieron á poco, y años después el cacique Loquillo aún se mantenía rebelde al abrigo de la sierra que lleva su nombre.

La servidumbre á que fué sometida la raza borinqueña, juntamente con la horrible epidemia de viruelas de que se vió atacada, determinaron su extinción, hasta el punto de que cuando se publicaron las célebres leyes del emperador Carlos V declarándolos libres, apenas existían ya algunas familias indígenas. No cesó por esto en la isla la esclavitud, pues la raza negra africana estuvo sumida en la abyección y en la servidumbre, hasta que por efecto de la gloriosa campaña que en pró de los sacrosantos derechos individuales hicieron los demócratas españoles, entre ellos Orense, Pi y Margall, Castelar, Sixto Cámara, Labra, Castro, Chao y otros muchos, decretóse la ley de 22 de Marzo de 1873, por la que Puerto Rico participa hoy de los mismos derechos civiles y políticos que la Península, aboliéndose la vergonzosa esclavitud africana.

Desde la derrota de los indios borinqueños por Ponce de León, los caribes primero y más tarde los bomanicos y filibusteros, arrasaron las principales poblaciones de la isla, que empezó á engrandecerse merced á los trabajos de su primer intendente D. Alejandro Ramírez, y de las gestiones de su diputado en las Constituyentes de 1812, D. Ramón Power.

CAPÍTULO XI

Usos y costumbres de los antiguos habitantes de Puerto Rico.

Es un hecho perfectamente confirmado por la ciencia que las facultades intelectuales nacen y se derivan de los órganos físicos, por virtud á un trabajo meramente químico que en ellos se efectúa, y que consiste en adicionar ó disminuir en los productos que de la sangre dimanan, esos primordiales elementos de la vida, el oxígeno, el ázoe, el carbono y el hidrógeno.

Ahora bien: ¿es que todas, absolutamente todas las partes del organismo animal funcionan de una manera anormal, y no metódica, como la Naturaleza misma prescribe en su sabio código? Pues los productos que del funcionamiento de ellas se deriven, tienen por fuerza que ser deficientes, y por eso vemos que un órgano que no es fuerte y vigoroso, produce secreciones, fuerzas no suficientes para reparar los desgastes y las pérdidas que agentes exteriores hicieron perder á los susodichos organismos.

La inacción de estos órganos es, sin duda, una de las causas que conducen más directamente á tan desastrosos efectos.

¿Cómo queremos, pues, que un animal cualquiera, un hombre, por ejemplo, traduzca en obras, al exterior, todo el dinamismo, todo el esfuerzo orgánico que en su interior pueda producirse, si en éste no existe estímulo alguno que contri-

buya á realizar tal hecho? ¿Cómo queremos que el agua se evaporice, si no la ponemos en contacto con el fuego? ¿Que la mole se mueva, si no vencemos con anterioridad, con una fuerza mayor, la que la mantiene inmóvil?

Una sociedad de hombres en que por efecto del clima, bajo cuya influencia esté sujeta, ó por otras causas, tenga la ociosidad, la pereza por norma, sus costumbres, sus usos, sus facultades morales, en una palabra, adolecerán de defectos, de vicios que le impidan caminar en pos de la civilización y del progreso.

Esto mismo sucedía á los indios de Borinquen anteriores al descubrimiento, cuya forma exterior, dice Abbad y Lasierra (1), manifestaba algún vicio en la constitución de su cuerpo, pues la corta cantidad y poca sustancia de los alimentos que usaban, la facilidad que tenían de adquirirlos sin trabajo, el calor excesivo del clima y la falta de cuadrúpedos para ejercitarse en la caza, los constituía flojos, indolentes, enemigos de toda fatiga, y de una aversión extremada á todo trabajo.

Sin embargo, los indios de Puerto Rico tenían una civilización que, si bien no estaba muy adelantada, no por eso deja de ofrecer interés para el pensador que del estudio del pasado se promete mejoras para el porvenir.

Su gobierno, á pesar del carácter absoluto de que se hallaba influído, no dejaba de funcionar al amparo de esas trabas, de esas restricciones del poder, base y fundamento de la democracia, y cuyo menor ó mayor desarrollo deben depender siempre de la más ó menos cantidad de cultura que tengan los gobernados.

Los borinqueños tenían concepto de la justicia: sus leyes descansaban en el código natural, que prescribe á todos los que viven en una sociedad en que sus necesidades están satisfechas, no atentar á lo que con el trabajo haya sido adquirido. Por eso castigaban con energía el hurto, delito que miraban con horror; y así, al que se apoderaba de lo ajeno, aun cuando fuese de poca entidad, lo empalaban vivo, dejándolo abandonado en el campo, hasta que moría.

(1) Cap. IV, pág. 27 de la *Historia geográfica, civil y política de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico.*

Tenían caciques que imponían las cargas y destinaban sus súbditos á la caza, pesca y ocupaciones que se les antojaba, y caciques que se transmitían el poder de padres á hijos varones; y si éstos faltaban, no heredaba el hijo mayor del hermano del cacique, sino el de la hermana mayor.

Para dar mayor fuerza á los mandatos del cacique, se anunciaban como dimanados de un oráculo ó de un *Cemí*, á quien hacían hablar lo que querían por medio de sus agoreros ó médicos, que ejercían las funciones de ministros del ídolo, y llamábanlos Buhitis.

Los borinqueños andaban desnudos, pero se pintaban el cuerpo de diversos colores, no tanto para adornarse, sino también porque con los aceites y barnices que se untaban preservábanse del calor y de los insectos que tanto molestan en los países cálidos. Asimismo se adornaban la cabeza con plumas de delicadísimos colores; se ponían en las mejillas planchuelas de oro, colgaban en las orejas, narices y otras partes del cuerpo, caracolillos. conchas, piedras ú otros dijes, sin olvidar jamás el retrato de su cemi. Los caciques usaban por insignia y distintivo de su dignidad una plancha de oro, colgada al pecho, del tamaño de una patena.

Por lo demás, los borinqueños, aunque menos adelantados que los cibuneyes de Cuba, tenían costumbres muy parecidas á éstos, lo que demuestra la comunidad de origen de ambas razas.

La religión de los indios borinqueños también era casi análoga á la de los de Cuba; pero á pesar de esto creo de interés describir algunos ídolos encontrados en diversos puntos de la isla.

Todos estos ídolos, aunque varían en el tamaño y en la clase de piedra en que están labrados, pues unas son cuarzosas y otras calizas, ofrecen, por lo general la misma disposición y figura de dos partes distintas y separadas, pero perfectamente adaptables entre sí cada una: la primera es un anillo elipsoidal, en cuya superficie externa aparece tallada la cola de una serpiente, y la segunda una pieza maciza, cuya base, por donde se adapta al anillo, es plana y de figura elipsoidal, y cuya parte superior termina en forma de cono, habiendo hacia un extremo del eje mayor de la

base varias molduras caprichosas, y en el extremo opuesto una cara humana.

Unidas ambas partes, representa el todo una serpiente enroscada con figura de hombre. Estos ídolos se asemejan mucho á los de Egipto y Asiria, siendo de notar que en uno de ellos se encuentra tallada una hermosa nariz de tipo griego.

Esto, en mi concepto, viene á reforzar la opinión, por mi expresada varias veces en el curso de esta obra, de que los indios americanos se derivan de un pueblo cuyo asiento primitivo estuvo en Africa, y quién sabe si en la antigua Atlántida; pueblo progenitor de las razas camíticas, ibérica y etrusca, cuyas razas tuvieron después influencia en la civilización griega.

¿Cómo, de lo contrario, explicarse el marcado parecido entre las teogonías y obras de arte entre borinqueños, asirios egipcios y griegos?

También se ha encontrado no hace muchos años, en una hacienda del departamento de Ponce, uno de los Cemis que los borinqueños acostumbraban llevar colgados al cuello. El idolito es una piedra cuarzosa, cenicienta, salpicada de vetas negras, simétricamente labrada y que representa una figura humana en cuclillas. de 94 milímetros de altura, 35 de ancho y 30 de profundidad, cuyo peso es de unos 200 gramos.

Los aborígenes de la isla de Haití son tantas las analogías que tienen con los de Cuba y Puerto Rico, que me creo excusado aquí de decir nada sobre ellos.

PARTE TERCERA

CAPÍTULO PRIMERO

Porvenir de las Antillas españolas.

La situación geográfica, la mancomunidad de intereses, la identidad de razas, de usos y costumbres y la tradición histórica, son las circunstancias que presiden á la formación de las naciones.

Por lo tanto, los países separados unos de otros por grandes distancias ó habitados por razas diferentes, es en vano empeñarse en agruparlos bajo una misma bandera: jamás habrá entre ellos una unión verdad; podrán comprender una misma nacionalidad, merced á un alto fin de civilización y de cultura; pero cuando este fin haya desaparecido, cuando aquel país ó pueblo ha llegado á su mayor edad, entonces es contrario á las mismas leyes naturales obstinarse en mantenerle uncido al yugo de aquella nacionalidad.

Pero entretanto no llega á ese período en que pueda vivir independiente, sin tutela de ningún género, es altamente civilizador y patriótico no romper los lazos que unan á aquella tierra con la metrópoli.

En estos principios, pues, se basa la existencia del partido autonomista antillano, que diferenciándose radicalmente del incondicional que aspira á la desigualdad, y del separatista, que pretende una prematura independencia, se propone pre-

parar con lentitud la mayoría de edad de las colonias, poniéndolas en disposición de que puedan ejercitar todos los derechos inherentes á un pueblo libre y disponerse paulatinamente para gobernarse á sí mismas.

Por eso, los autonomistas antillanos piden la creación de una Cámara en cada una de las dos islas que España posee en el mar de las Antillas, Cámara por sufragio universal formada, y en la cual se impusiesen, con arreglo á las necesidades del país, los tributos é impuestos, si bien contribuyendo con una cantidad dada á los gastos generales de la nación, para lo que estarían en las Cortes los representantes de las islas, que á la par de evitar el derroche y el despilfarro, velarían por la identidad absoluta de derechos entre las provincias ultramarinas y las peninsulares.

Este grado de autonomía podría irse poco á poco desarrollando hasta llegar á equipararse al que en la actualidad disfruta la Australia, que puede decirse forma una confederación de Repúblicas, colocadas siempre bajo el amparo y protección exterior de Inglaterra.

En mi concepto, éste es el único medio que existe para hacer frente á las pretensiones anexionistas y separatistas; no hay que olvidar que nuestras antiguas colonias americanas, si bien regidas por unas leyes esencialmente liberales y autonomistas, las leyes de Indias, los representantes de la metrópoli contradecían con sus actos el espíritu y hasta la letra de aquéllas, y dieron justos motivos á la separación é independencia de las actuales Repúblicas latinas de América; separación é independencia que, dicho sea sin rodeos, fué prematura, y por eso no se hallan más adelantadas aquellas interesantes y nobles naciones.

¿Qué conseguirían hoy Cuba y Puerto Rico con separarse? Crear ambiciones que, no contenidas ni reguladas por un buen gobierno, pues ni unos ni otros isleños han dejado nunca hasta ahora de estar bajo un régimen esencialmente tutelar, darían lugar á disturbios y disensiones que perturbarían hondamente á los noveles Estados.

¿Qué irían ganando con la anexión á una potencia determinada, por ejemplo, á los Estados Unidos del Norte América? Caer en una servidumbre verdaderamente abyecta y

vergonzosa, porque no acostumbradas á la nueva administración, necesariamente distinta de la que anteriormente habían tenido, permanecerían durante largo tiempo sin libertad y sin autonomía, y pagando forzosamente los desembolsos enormes que para normalizar su administración tendrían que hacerse.

A los intereses de España y de sus provincias ultramarinas de las Antillas conviene la realización del programa autonomista antillano.

¿Se opone alguien al desarrollo de este ideal? Pues entonces es darle alas á la anexión y al separatismo, contrarios á la prosperidad y bienestar de una y otra Antilla, y ¿por qué no decirlo? atentatorios á la honra y aun á la integridad nacional.

CAPÍTULO II

Confederación ibero-americana.

A consecuencia de las grandes iniquidades de la reacción que los Austrias y Borbones entronizaron en la nación española, hace más de medio siglo que los pueblos de raza ibérica hállanse separados en 17 nacionalidades que el gran movimiento de igualdad y de derecho que desde el siglo pasado viene desarrollándose en la humanidad tiende á unirlas, tiende á hacer de ellas una sola y brillante nación, pues los iberos tienen aún que escribir páginas gloriosas en la historia del progreso humano.

¿Cómo se ha de unir á pueblos que la tiranía y la opresión desunieron? Pues por medio de la democracia, que en su Código inmortal prescribe la absoluta autonomía interior de todos aquellos organismos colectivos que forman ese grande y glorioso todo que se llama Iberia, cuyos dominios bañan dos Océanos y se hallan poblados por unos noventa millones de habitantes.

Pero esta autonomía de los mencionados organismos no se opone en nada, antes al contrario, facilita en grado sumo la perfecta unión de todos ellos en aquello que con el exterior se relacione, en aquello que al esplendor y grandeza de la familia ibera tienda.

Por eso los hijos de la democracia, los que estamos amamantados con el generoso espíritu de la revolución del 89,

somos los únicos llamados á realizar ideal tan sublime, á subsanar, en una palabra, los errores y las culpas de los Gobiernos pasados, á echar las raíces de la gran confederación ibero-americana, formada por todos los pueblos de allende y aquende el Océano, que cubrían y amparaban las gloriosas banderas de Aragón y de Navarra, de Portugal y de Castilla.

Esta idea grandiosa se ha enseñoreado ya de todos los cerebros de Iberia; sólo falta que un prestigio se ponga al frente de la opinión, recoja en un programa tan generosas aspiraciones, defienda y trabaje por todo lo que signifique estrechar las relaciones de los pueblos ibéricos, tanto en el orden comercial como en el intelectual, haga que del estado de derecho de cada uno de ellos surja uno que sirva de lazo de unión y de concordia, de engrandecimiento y de gloria para la gran raza de los iberos.

Urge, pues, que se forme un gran partido ibérico, que á los pocos días de creado contaría con millares de adeptos,

Y es menester que al frente de él se ponga, como hemos dicho, un prestigio, pero no un prestigio formado al calor de la reacción, sino uno forjado en el yunque de los inmortales principios de libertad y de igualdad de la especie humana.

FIN

INDICE

Páginas.

PRÓLOGO V

La ciencia en las antiguas civilizaciones americanas.—Introducción 1

Parte primera.

CAPÍTULO PRIMERO.—Del origen y antigüedad del continente americano. 11

— II.—Formación de los organismos en América 17

— III.—Aparición del hombre en América 21

— IV.—La prehistoria y las razas americanas 27

— V.—Invasiones asiáticas y camíticas en América, y razas que de ellas procedieron 31

— VI.—Lenguas americanas 43

— VII.—Origen y primer estado de la ciencia en América 47

— VIII.—Civilización de los indios de los territorios que componen actualmente los Estados Unidos de la América del Norte 59

— IX.—Civilización tolteca 63

— X.—Otras naciones del Anahuac 67

— XI.—Monarquía chichimeca ó de Acolhuacán 69

— XII.—Nezahualcoyotl y Nezahualpilli, reyes de Acolhuacán .. 71

— XIII.—Reyes de Méjico y de Tlatelolco 75

— XIV.—Civilización azteca 81

— XV.—Los quichés de Guatemala y los pueblos precolombinos de la América Central 85

— XVI.—Pueblos anteriores á la conquista, en Colombia ó Nueva Granada 91

— XVII.—Civilización chibcha ó musica 99

— XVIII.—Pueblos precolombinos de la Guayana 105

— XIX.—Pueblos precolombinos de Venezuela y del Ecuador .. 109

— XX.—Indios brasileños 113

— XXI.—Indios del Paraguay, del Uruguay y de la Argentina .. 117

— XXII.—Indios de Chile.—Peguenches 121

— XXIII.—Civilización chilena 125

— XXIV.—El archipiélago de Chiloe y sus aborígenes 127

Páginas.

Capítulo XXV.—Civilización araucana 131
— XXVI.—Aborígenes peruanos.—Su civilización..... 135
— XXVII.—La civilización cuaternaria del Perú..... 141
— XXVIII.—Incas del Perú.—Su gobierno y civilización..... 145
— XXIX.—Indios precolombinos de la Tierra Magallánica y de la isla del Fuego..... 151
— XXX.—La Exposición Histórico-Americana..... 153

Parte segunda.

Capítulo primero.—Islas Antillas..... 157
— II.—Formación geológica de las Antillas.—Atlántida..... 171
— III.—Caribes que habitaron las Pequeñas Antillas..... 173
— IV.—Islas é islotes adyacentes á Cuba y Puerto Rico..... 177
— V.—Descripción geográfica é Historia Natural de la isla de Cuba..... 181
— VI.—Breve reseña histórica de la isla de Cuba..... 195
— VII.—Primitivos habitantes de Cuba.—Los cibuneyes..... 201
— VIII.—Civilización cibuney..... 205
— IX.—Civilización cibuney.—Religión, agricultura é industria. 211
— X.—Descripción geográfica, Historia Natural y reseña histórica de la isla de Puerto Rico..... 217
— XI.—Usos y costumbres de los antiguos habitantes de Puerto Rico..... 221

Parte tercera.

Capítulo primero.—Porvenir de las Antillas españolas..... 225
— II.—Confederación ibero-americana..... 229